This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

VE RI TAS

Harvard College Library

FROM

Victor M. Cutter

BIBLIOTECA NACIONAL ECONÓMICA.

Fred. A. F. Simons.
Curaçao Oct. 25th 15.

FRAY GERUNDIO

OBRAS ESCOGIDAS.

MADRID:
IMP. DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ECONÓMICA.
Misericordia, 2, bajo.

1874

Span 5784.4.35

HARVARD COLLEGE
Feb. 5, 1931
LIBRARY

DON MODESTO LAFUENTE
(FRAY GERUNDIO.)

Nació D. Modesto Lafuente y Zamalloa, el dia 1.° de mayo de 1806 en el lugar de Ravanal de los Caballeros, y se educó en Cervera de Pisuerga, donde su señor padre era médico de nota, y donde aprendió las primeras letras y la lengua latina con singular despejo, y dando esperanzas de lucir mucho á medida que en razon adquiriera natural y progresivo desarrollo.

En el Seminario Conciliar de Leon, completó de una manera brillante sus estudios, y en el mismo se dedicó con notable aprovechamiento á la enseñanza pública. Así lo certificó el virtuosísimo é ilustre obispo de Astorga D. Félix Torres Amat.

El año 1837, abandonó la vida de la enseñanza para entrar en la vida de la administracion, y en 2 de Setiembre fué nombrado oficial primero del gobierno político de Leon, con el sueldo de nueve mil reales. Ningun elogio podríamos hacer de LAFUENTE más exacto y cumplido, que la siguiente nota que de sus servicios formó su inteligente jefe D. Miguel Antonio Camacho. Dice así: «La conducta moral de este »empleado es irreprensible; la política digna de imi»tacion. Es decidido por la justa causa de la libertad, »Constitucion de 1837 é Isabel II constitucional. La

»opinion pública de esta provincia y sus limítrofes, »le mira como un génio. Redacta hace siete meses »con aceptacion general un periódico bajo el título »de *Fray Gerundio*, en estilo festivo, crítico y satí»rico, en el que tiene consignados sus principios ya »enunciados; defiende la legalidad, ataca los abusos, »proclama las economías, sostiene las reformas y le»vanta á menudo su voz para que se termine la guer»ra civil. Su capacidad es general: en todos los ramos »tiene conocimientos poco comunes: aun siendo el »primer destino administrativo que ejerce, los des»plega con tal rapidez, que promete ser un gran jefe »político. Justificado, celoso en el cumplimiento de »sus deberes, asistente con asiduidad á las horas or»dinarias y extraordinarias de oficina, con un fondo »de probidad excelente, es digno de mi confianza, y »puede serlo de la del Gobierno de S. M.»

Tal es el texto de la certificacion á que nos referimos, y que hemos copiado íntegra, porque es el retrato más verdadero que de las cualidades de LAFUENTE pudiera hacerse. Sólo debemos consignar que en cuantos destinos ocupó durante su vida, realizó por completo las predicciones de su antiguo jefe; y un privilegiado talento unido á una laboriosidad sin límites y á una honradez sin tacha, son los más bellos timbres del ilustre historiador.

Con algunas *capilladas* escogidas de su periódico *Fray Gerundio*, (escogidas por su oportunidad actual y no por su valor literario, pues en este concepto todas son buenas), empezamos las obras de autores modernos, prometidas en el prospecto de nuestra

BIBLIOTECA. Creemos que nuestros suscritores agradecerán hayamos dado la primacía á un autor que ha dado brillo á la literatura española y cuyo nombre es conocido de cuantos hablan la lengua castellana.

En Abril de 1838, la Diputacion de Cáceres le nombraba secretario de aquella corporacion, atendiendo á su mérito y recomendables circunstancias, destino del que no llegó á tomar posesion por el mal estado de su salud. Feliz enfermedad, que redundó en bien de la literatura y de las letras, pues habiendo venido á Madrid á reponerse, reanudó sus interrumpidas tareas periodísticas, dando á luz de nuevo su predilecto *Fray Gerundio*, acerca del que poco hay que añadir al atinadísimo juicio del jefe político D. Miguel Antonio Camacho; pues sintetizóle á maravilla con expresar que defendia la legalidad y las economías, y atacaba los abusos con grande anhelo por reformas, y que á menudo clamaba por la terminacion de la guerra civil. Siempre hizo gala de buen sentido; sin blasonar de independencia ruda, ridiculizó igualmente el espíritu de innovar á tontas y á locas: sus capilladas están salpicadísimas de chistes que recaen alternadamente sobre progresistas y moderados.

Hoy, por desgracia, no solo hay que defender la legalidad, sino que hay que buscarla: hoy hay que hacer economías; hoy hay que corregir grandes abusos y emprender importantes reformas; hoy, por último, aflige á nuestra patria el cruel azote de la guerra civil: por eso las capilladas de *Fray Gerundio* son perfectamente aplicables á la actual situacion; por eso

las damos la preferencia entre todas las obras de LAFUENTE que hubiésemos podido escoger.

Con el título de *Teatro social del siglo XIX* publicó nuestro fecundo escritor en 1846 hasta veintinueve *funciones:* poco hay en ellas de política militante, y mucho de costumbres y estudios sociales.

Otra obra debemos á la castiza pluma del eminente escritor, que bastaria por sí sola para haberle dado gran nombre: nos referimos á los *Viajes de Fray Gerundio.* Con su estilo galano, con su chispeante crítica, recorre la España, Francia, Bélgica y orillas del Rhin, y juzga los pueblos, los hechos y los hombres con esa imparcialidad propia de los grandes ingenios, y con esa rectitud en que podia adivinarse al ilustre historiador.

El *Viaje aereostático de Fray Gerundio y Tirabeque*, publicado en 1847, revela los conocimientos científicos que tenia y que tan cultamente aprovechaba, y la *Revista europea*, que redactó con exquisito cuidado, le valió tambien merecido renombre.

La defensa que el erudito D. Alberto Lista hizo de los ataques que escritores extranjeros prodigaran á la *Historia* del Padre Mariana, hizo grande eco en la patriótica alma de LAFUENTE. Así el conocido vulgarmente por Fray Gerundio, concibió que seria grande y nobilísima empresa la de escribir una *Historia general de España;* pesó muy despacio todas las dificultades, las que le sirvieron de estímulo y no de freno. Si hay decision para empezar y perseverancia para seguir, á remate se llega de lo más arduo. Tenia gran número de conocimientos propios: su recreo ma-

yor era el estudio, y gracias á su laboriosidad podia con holgura poner manos á la obra magna. Aplicóse á enriquecer su librería; comenzó á frecuentar las salas de las Bibliotecas Nacional y de la Academia de la Historia, y visitó por sí mismo los Archivos españoles, logrando al fin en 1850 publicar el primer tomo de su *Historia*, cuyo discurso preliminar es un monumento literario de primer órden, que honra á su autor y á la nacion que tiene la dicha de contarle entre sus preclaros hijos.

No es este lugar á propósito para hacer el elogio de la *Historia general de España*. Es obra tan conocida, que su título basta para llenar todo lo que nosotros pudiéramos decir. Con ligeros intervalos fueron publicándose los tomos sucesivos hasta completar los treinta que tiene la obra, y aun cuando la política, los trabajos administrativos y las tareas parlamentarias absorbieron mucho tiempo á LAFUENTE, siempre consagró las horas disponibles á su *Historia*. Con ella terminó sus trabajos literarios, y por cierto que fué digno remate de sus obras anteriores. Abrigaba el pensamieuto de haber escrito despues de terminada la historia una obra crítico-satírica, que hubiera llamado *Los personajes de mi Historia*, y aun algo dejó trazado respecto á Wamba, Felipe II y Cárlos V.

Al lado de los triunfos literarios, creemos que son vana hojarasca los puestos administrativos; pero para hacer completos estos apuntes, diremos dos palabras sobre los que logró *Fray Gerundio*.

Lanzado á la vida política, los electores de Leon le enviaron como su representante á las Córtes Cons-

tituyentes de 1854, donde hizo brillantísimo papel; pronunciando discursos bellísimos como individuo de la comision al discutirse la base segunda para la Constitucion de la monarquía española, defendiendo con toda la energía de su alma y con toda la fé de un corazon verdaderamente cristiano, los sacrosantos derechos de la religion católica. Fué varias veces diputado y encargado de redactar la contestacion al discurso de la Corona en diversas legislaturas; y al ocurrir la muerte del eminente Martinez de la Rosa, que á la sazon era Presidente de las Córtes, Lafuente era primer Vicepresidente; pronunciando, con tan triste motivo, un discuro modelo entre los de su género.

Fué sucesivamente Consejero de Instruccion pública, director de la Escuela diplomática, indivíduo de la Academia de la Historia y de la de Ciencias morales y políticas, caballero gran cruz de Isabel la Católica, consejero de Estado, indivíduo del consejo de Sanidad, y miembro correspondiente de diferentes sociedades científicas nacionales y extranjeras.

El continuado trabajo y los disgustos de la política, á la cual le llevaban las circunstancias, pero que rechazaba su noble carácter, minaron de un modo profundo su salud; y en 1865 empezó á quebrantarse de una manera visible, agravándose muchísimo desde mediados de 1866, muriendo cristiana y devotamente el dia 25 de Octubre de dicho año; habiéndole administrado los santos Sacramentos su íntimo amigo el obispo de Guadix, que por casualidad se hallaba en Madrid de paso.

Tales son á grandes rasgos los hechos principales

de la vida político-literaria de nuestro ilustre historiador. En este tomo, consagrado á sus obras, daremos, como dejamos dicho, una parte de las principales capilladas de su *Fray Gerundio*, y al final pondremos algunos artículos sueltos, puramente literarios, para que nuestros suscritores puedan apreciar la variada imaginacion de tan ilustre autor.

Si este primer ensayo de las obras de LAFUENTE es favorablemente acogido por el público, no será este el único tomo que à ellas consagremos; y mientras tanto, sirvan estas pobres líneas de cariñosa ofrenda, dedicada á la memoria de *D. Modesto Lafuente*, el digno historiador de nuestra querida España.

COLECCION DE CAPILLADAS.

CAPILLADAS DE LEON

(1.° DE ABRIL DE 1837 A FIN DE MARZO DE 1838)

INTRODUCCION

¿Por qué entre tantos como ahora bullen
periódicos, folletos, papeluchos,
de chiste y gracia y de noticias llenos,
no ha de haber en España algun *Gerundio*?
¿Por qué no le ha de haber? yo me decia.
¿Por qué no ha de salir? pues salga, futro...
y héte aquí ya á *Gerundio* en la palestra,
(debí en rigor llamarle *Fray Gerundio*,
mas el *Fray* en el verso no cabia,
y quitándole el *Fray* vino más justo)
que con un desenfado así... frailesco
ha de decir verdades como puños;
si amargan, no hay remedio, hay que aguantarlas.
Y así nadie con él va á estar seguro,
ni rey ni roque; y si á atufarse llega,
el mismo Satanás sufrirá el pujo.
Mas si quisieses indagar curioso
cuál es su profesion y el color suyo
¡qué chasco has de llevar! porque unas veces
del color doméstico ha de hacer uso;

otras se vestirá de franciscano,
y otras de blanco y otras de negruzco,
conforme se le ponga en la mollera,
conforme á su magin se asome el gusto,
que hábitos hay de sobra en los rincones
de clases, formas y colores muchos.
Verásle ya á sus mismos concolegas
lindas zurras cascar; pero de algunos
ser padrino tambien, que ailes entre ellos
finos como el coral, como el carbunclo;
y tambien clamará porque les paguen
esos cinco realetes, como es justo.
El mismo temple con las otras clases
ha de guardar; y como buen *Gerundio*,
al lucero del alba que se ofrezca
gerundiará tambien, si alumbra oscuro.
El sabrá vindicar de malas lenguas
los párrocos juiciosos, y aun algunos
eclesiásticos que al rebaño atienden
sin meterse en gobiernos ni dibujos,
y á la paz y obediencia al pueblo exortan.
Empero guerra eterna al zamacuco
indigno clerizonte le declara
que anda con la faccion por esos mundos
armado de tizona y chafarote,
hecho un perdona-vidas furibundo,
Ó de jesuitas la música haciendo
la guerra encienden á lo somormujo,
y atizan la discordia, y comprometen
á cuatro inocentes y sin mundo.
Habránle de ayudar en sus misiones

el padre *Platiquillas* y fray *Curro*,
y el reverendo maestro *Circumloquio*,
padre Cerviguillio el más robusto,
si bien las gruesas hollas del convento,
no deja de estrañar, y un lego tuno,
un lego marrullero tambien tiene,
pues funcion sin tarasca no está en uso:
que ocurrencias tendrá de mil demonios.
Sucríbete, oh lector, yo te conjuro;
serás amigo mio eternamente,
y, ¿en qué mejor podrás gastar un duro?

TERESA, VETE Á LA M.....

Como Santa Teresa tenia tanta confianza con Dios, máxime en aquellos momentos de éxtasis ó arrobamiento en que se ponia á conversar con él mano á mano, cuéntase que un dia que le cogió de buen humor, y como suele decirse, para hacer gracias, no quiso la Santa perder la ocasion de pedirle algunas para los españoles.—Señor, no permitais que falte la fé católica en los dominios de España.—Concedido, Teresa.—Haced porque no cunda en ella el espíritu del cisma y heregía, que ha arruinado á otros pueblos.—Concedido, Teresa.—Fertilizad, Señor, sus campos, y fecundad su suelo, para que tengan abundantes y pingües cosechas.—Concedido, Teresa. —Proteged la suerte de sus armas contra los enemigos de mi patria cuando la persigan con injustas

guerras.—Concedido, Teresa.—Proveedla de ingenios idóneos para las ciencias, y dotadles de sabiduría.—Concedido, Teresa.—Dadla, Señor, un gobierno moderado y justo.....—Concedido, Teresa.—Haced, Dios mio, que los españoles tengan union, cordura y docilidad para dejarse gobernar, y que se fijen de una vez en la forma de gobierno que les parezca mas justo y equitativo, sin dividirse en bandos y partidos....—TERESA VETE A LA M..... que ya me tienen *persuadido* en este punto, y me canso de lidiar con ellos sin adelantar un paso..... En esto volvió la Santa de su éxtasis, y así se quedó la cosa.

ET PROBO.—Á VERLO VAMOS.

¿Hasta cuando, oh estólidos incolas del occidental y peninsular ibérico suelo, ha de pulular dentro de la médula de vuestros cerebélos el estulto y truculento afan de escindiros en diversamo las pagnas, que de consuno y por opuestas vias la fomigera infanda lid intestina, la cancerosa plaga civil, que las patricinas entrañas con misera corrosion devora, con arsenicoso aliño soplan y encienden, y súbita mas que paulatinamente á la recíproca ruinosa consunacion os precipitan y empantillan? ¿Aun no ha lucido bastante en los candelabros de vuestros caprichos la fatídica tea de la discordia, que la fumigante pira de los cruentos sacrificios con sulfúricas ráfagas enardece y aviva? ¿*Quousque tandem*, hasta cuando, oh hispanos, habrá de durar vuestra estulticia? Los invidos ojos de las

limítrofes naciones, que desde la más vetusta edad émulas de vuestros prósperos eventos han sido, dentro sus órbitas regocijadamente bullen con ignoble y maligno bullimiento, al ver cuán neciamente la honda huesa con los azadones de vuestros encontrados sistemas estais cavando á vuestra, digna de mejor suerte, patria *(transpositio vocatur hic loquendi modus)*.

No le causa á mi corta y minútula compresion la más liviana extrañeza que en dos jigantescos y formidables bandos se hubiese *rajado* la hispánica opinion é ibera gente: el uno, que el nigricante nebuloso pendon que la carlina estúpida banda ha tremolado, cecuciente y fascinado siga; y el otro, que la rutilante flámula y lucífera enseña de la gloriosa augusta libertad ondée y enarbole. Porque, ¿cómo una homogénea pasta, cómo un diapason unísono, cómo una poética rítmica consonancia pudieran formar la luz y las tinieblas? ¿Cómo amalgamar á Cristo con Belial? Bien que tan heterogénea coalicion no entrára en el probabilismo de las posibilidades ó verosimilitudes.

Empero que las secuaces del mirífico *Labarum*, del fúlgido estandarte que el lema de la legitimidad, de la justicia, de la libertad y de las luces en cada una de las ondas y pliegues inscrito lleva: que los que sus faces en preconizacion de tan sacros nombres enronquecen, en tan discordes opinativas claves se hiendan y dividan, que cual Mostólicos órganos con destemplada disonancia cada cual en distinta cuerda el eco de su opinion emita y clamerée, y que de intolerante superbia arrastrado, dominado del virus del amor

propio, se descerraje y descoyunte cada quisque contra todo el que en su sentir no abunde, hasta el punto de gozarse muy más de la ruina y vencimiento de los suyos, que de poner término y apetecido fin á la sanguinosa furibunda lucha que el sicofanta beligerante bando carlino con obstinada terquedad sustenta, traspalándole de este modo la nevada senda por dó á la áspera montañosa cúpula del ominoso triunfo trepar ansía... ¡Este es, vive Alá, lo que en mi intelectual infecundo cerebro no puede entrar sin singular admiracion y espasmódica extrañeza!!

¿Pues no conoceis, oh míseros y alucinados liberales, que vuestras mismas multíplices divergencias, el vomi-eruptante volcan por dó la lava urente del inquisistorial fuego á borbotones brota, á vuestros mismos piés con insana indiscrecion estais abriendo? *Fray Gerundio*, con bronca y estertórea voz os interpela é impreca: «*¿Quousque tandem*, hasta cuándo, oh dilectos compatricios mios, hasta cuándo habrá de durar vuestra estulticia? El corazon de este vuestro capillífero consócio, en imperceptibles glóbulos diluido, en microscópicos fragmentos deshecho, el quilo del dolor en derredor difunde, á la corpórea masa la hiel de la amargura comunica, el tabescente humor por arterias y venas filtrarse siente, y víctima le haceis de la eléctrica sensacion con que le hieren las erizadas divagaciones de vuestros sistemáticos é intolerantes pareceres. Concentrad, concentrad á un foco las esparsas ramificaciones de vuestras variantes sentencias, cual al fascículo cerebral concurren las fibras y lineamentos todos de la humana organizacion

corpórea, y solo de este modo podreis robusteceros, y el vigor adquirir de una sólida inexpugnable consistencia, para repeler ilesos los bruscos ataques de la retrógrada horda parricida, que embates os asesta asíduos, y trucidaros anhela infatigable. *¿A ver quién es más Gerundio que yo?*

LOS HISTORIADORES.

Hay hombres historiados y hombres historiadores: de estos últimos les tenemos en las Córtes, tan legítimos, que parecen hechos de encargo. O no han de tomar la palabra, ó nos han de espetar *velis nolis* la historia de la Constitucion del año 12, con todos sus apéndices, notas y adicciones, y aun la suele preceder un prólogo *galeato*, tamaño como se pudiera escribir para una obra de 20 tomos en fólio. Se trata de ley de imprentas: allá te va la historia del descubrimiento, progresos y efectos del arte tipográfica, y cuidado no nos encajen las vidas, hechos y hazañas de todos los impresores del mundo desde que hubo letras de molde hasta ahora. Se trata de Cámara de Senadores... Pues no sé cómo han dejado hueso sano al Senado de Atenas, y al de Roma, y al de Venecia, y aun al mismo Concilio de Jerusalen, que tambien se puede llamar Senado si se quiere. Señores diputados, menos pinturas y más razones de conveniencia, *hic et nunc*, es lo que se quiere, y nada más. Y si no, oigan Vds. lo que me decia á mí en una ocasion mi tio el familiar, cuando era alcalde en Fregenal del Palo:

«Yo soy ogaño alcalde de Frenegal; junto mañana Concejo pa saber si se han de guardar ó no los plaos. Escomienzo por decir que esto de Concejos es cosa muy añeja, porque los Gabilonios, los Presas, los Calderos y los Mamaculos los usaban allá dende el tiempo que hablaban los animales. Paso dimpues á desprayarme sobre las diversas usanzas que habia para esto de enjuntarse el Concejo, y digo por ejempro: que en unas partes andaba el Menistro de Justicia de puerta en puerta tocando con el cencerro; que en otras era encumbencia del porquerizo ir sonando por las calles el mesmo cuerpo con que juntaba los cerdos; que acullá tocaba al munitor pregonar al Concejo por las calles; que acá se enseñaba dende niño á rebuznar (con perdon de quien me escucha) un Burro con tales y tales señas, y que este Burro, estando ya bien endustriado, y en teniendo, como dicen, uso de razon, se le entregaban al fiel de fechos con la carga y obrigacion de que los dias de Concejo habia de ir rebuznando por todo el puebro, para que viniese á noticia de todos los vecinos, y dilguno pudiese alegar incusa ni inorancia. De aquí me meto á espricar la importancia de los Concejos, y la grande honra que han tenido siempre, no solo en Uropa, sino tambien en toda España. Digo por fin y postre que todos los Concejos, si se ofrece hacer informacion de nobreza y hidalguía, han de venir á probar su arcúrnia de los Concejos, y así como estos son sobre las Audencias, pues vemos que de las sentencias de estas se apela á aquellos, ansina tamién, si estuviera el mundo como dibia de estar, se hubia de

ellos á la indecision de los Concejos. Y concruyo con preguntar *si en vertú de todo esto se han de guardar los plaos?* Dime, Gerundio, así Dios te haga bien, ¿vendria todo esto al caso pa la enresolucion de aquel punto?»

¿Qué les parece á Vds. que contestaria yo á mi tio el alcalde, señores diputados historiadores?

COPLAS QUE SE CANTAN SOLAS

Y SE PUEDEN BAILAR ACOMPAÑADAS.

Los años se pasan,
gobiernos mudamos,
dinero gastamos,
la guerra está en pié.
Nos dan esperanzas,
nos hacen promesas,
mas no, ni por esas
la cosa va bien.
Allá en Villalon
por no trabajar,
andaba la gaita
por todo el lugar.
Tocar y bailar
bailar y tocar,
por no trabajar.
Si faltan virtudes,
si falta pureza

será una simpleza
pensar ser feliz.
Los pícaros medran
el bueno se estanca.
y así no se arranca
el mal de raiz.
Lunes y martes
y miércoles tres,
jueves y viernes
y sábado seis.
Cansar y moler,
limpiar y cojer,
y echarlo á perder.
Decretos que van,
decretos que vienen,
y así se entretienen
y tienen razon.
Qne al fin los facciosos
que están molestando,
se irán acabando,
que eternos no son.
Todas las monjas
se van á acostar,
la madre abadesa
se queda á cerrar.
Cantar y rezar,
sufrir, y callar,
y el hambre aguantar.
Periódicos salen,
verdades predican,
mas se multiplican

los males por luz.
Si son algo fuertes
sus justas plegarias,
les huele á Canarias,
como esta que es cruz.
Todos los cojos
van á santa Ana,
allá voy yo
con mi pata galana.
No se amilana
por ir á santa Ana.
mi pata galana.

UN GÉNIO.

Todos convienen en que nos hace falta un *génio*, un hombre estraordinario, que poniéndose al frente de los negocios, nos saque del pantano en que nos hallamos metidos, gracias á nuestras buenas cabezas. Que se necesita un Napoleon, nn Hércules, un Atlante; pero este hombre, este jigante, este titan no se encuentra. ¿Hay quien levante el dedo? Salga algun guapeton, si le hay, que además de agradecérselo, se le dará lo que sea de razon. A público remate se saca la plaza: ¿hay licitadores? ¿sí, ó no? Que se remata; á la una; á las dos; ¿no hay ningun atrevido que esté á mal con su suerte?—Aquí está Fr. Gerundio á falta de otro: si acomoda, manos á la obra. Pero antes espreciso ver si hay algun atrevido que esté á mal con su

suerte? si le hay, me retiro.—Ya lo oyen Vds., señores, ¿hay quien le diga algo á Fr. Gerundio? Todo el mundo calla. La cosa está hecha; en Fr. Gerundio queda rematado.—Ya tenemos á Vd., Fr. Gerundio, al frente de este cotarro; á ver lo que da de sí esa mollera; esta es la ocasion de lucirse; Vd. corte y raje, que el caso es salir del atolladero; vamos, váyase Vd. esplicando, que tenemos gana de saber por dónde halla salida el entendimiento de su Paternidad.

Paso, señores, que no ha de ser puñalada de pícaro. La cosa no es moco de pabo, y el hombre necesita echar sus cuentecillas; ahí es nada lo del ojo, tomarse un Fr. Gerundio la empresa de deshacer la multitud de entuertos que nos han hecho los hombres de Mayo, y los de Agosto, y los de Setiembre, y los de todos los meses del año. En buena te has metido, Fr. Gerundio... pero ¡¡¡alto!!! que me ha empezado á bullir dentro de la capilla una idea muy original... ya está en el cerebro... ya está en la pluma... pues al papel con ella *Deum dedére*.

Cuéntase que un célebre músico de Atenas, para enseñar la música á sus discípulos, juntaba con todo cuidado y estudio las voces más desentonadas, más ásperas, más carraspeñas, más becerriles y más descompasadas de toda la república. Hacíales cantar en presencia de sus escolares, encargando mucho á éstos que osbservasen cuidadosamente el chirrion desapacible de las unas, el taladrante chillido de las otras, el insufrible desentono de éstas, y los intolerables galopeos, brincos córcobos y corbetas de las otras. Vuelto despues á sus discípulos, les decia con

mucho cariño y apacibilidad: *Hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen éstos, cantareis divinamente.*

Supongo que habrás entendido lo que quiero decir, oh lector agudo, lector sútil, lector lezna, oh lector aguja; pero si acaso tu entendimiento fuese de estos que hay hechos á cal y canto, y tu imaginacion fuese como una pared de adobes, que de todo se encuentra en el mundo, bendito sea Dios, me esplicaré más clara, explícita y terminantemente.

Figúrate tú que nuestros gobernantes son los músicos ó cantores, y que sus sistemas, caprichos y providencias son las voces. Pues bien, por rudo y sordo que seas, no te habrá costado trabajo observar que hasta ahora cada uno ha entonado por diferente cuerda; que si el uno ha adoptado el modo Dório, el otro ha preferido el modo Lidio, el otro el Misti-Lidio, el otro el Frigio, el otro el Sub-Frigio, y el de más allá el Eolio (esto es esplicándome á la antigua); ó que el uno ha tomado la clave de *do*, el otro la de *sí*, el otro la de *fa*, el otro la de *re menor*, y el de más allá la de *mí mayor*. La armonía que ha venido á resultar de tan desacordadas y desapacibles voces, no hay tímpano que la sufra y aguante. Con que digo yo así: Cantando Fr. Gerundio al revés de como han cantado todos estos, por fuerza lo habia de hacer *divinamente*.

UNA NARIZ.

«Si la nariz de Cleopatra hubiera sido algo más pequeña, el mundo no hubiera ardido en guerras civiles.» Lo dijo nada menos que el célebre Pascal, y á fé á fé que apenas lo leï, no me pareció *romo* el pensamiento, y al pensador le gradué de hombre de largo olfato. Al principio no dejó de sorprenderme el ingenioso dicho, porque decia yo: ¿qué conexion puede tener una nariz femenina con las guerras civiles? Es posible que la nariz de una mujer sea de tanta cuenta en el mundo que la diferencia de una ó dos líneas de magnitud haya de ser la bandera de paz ó de guerra universal, la caja de los males de los pueblos, ó el para-rayos de las tempestades políticas?

No obstante, la admirable corpulencia de mi nariz de á fólio, confieso que soy mal perdiguero en punto á olfatear pensamientos, significaciones y consecuencias, y en vano me la estiraba, esprimia y manoseaba en ademan de quien discurre, sin poder adivinar el sentido de la enfática sentencia del sábio de Puerto-Real, hasta que me ocurrió mirarla por el lado de moralidad, y entonces más loco que el Acates de Virgilio al descubir la deseada Italia, no pude menos de exclamar: *albricias, ya pareció el peine*! ¡Ya se vé, dije yo entonces con aire de satisfaccion si la nariz de Cleopatra hubiera sido más roma ¿quién le ha dicho á ella que hubiera hecho tantas cosquillas al bueno de Marco Antonio? Pero la señora no debia ser de estas que espantan; el mancebo no era tampoco de piedra, hízole gracia el palmito; no escrupulizó

á fuer de buen militar en decirle su atrevido pensamiento; ella por su parte no lo escupia (si no es cierto, que no valga; respeto la buena fama y opinion de cada uno, pero la historia lo cuenta y descargo mi conciencia con apelar á Tito Livio, Salustio, y otros así, que son los que la cuelgan el dije). El negocio, pues, tuvo el paradero que tienen todos los de su calaña, porque los hombres y las mujeres siempre fueron del mismo barro que son ahora, y no hay quo cansarse. que el intríngulis de todas estas cosas está en la masa misma de que somos formados, y pleito concluido. Digo que el negocio paró en perder los estrivos el Triunviro, y no pensar más que en en Dulcinea, dándosele tres bledos por la guerra, y por la República, y por Roma, y por todas las cosas de este mundo. Despues ¿qué habia de suceder? Los otros lapidarios de César y Pompeyo que andaban al acecho, y que le vieron tan enredado que más no podia ser, válense de la ocasion, y en aquella célebre batalla llamada de Actium le dieron una zurra de que no se volvió á levantar jamás. El resultado fué que Octavio se vino á hacer el amo del cotarro, y desde entonces se fijó la suerte de la República, que fué quedar esclava la que habia sido señora por más de siete siglos. ¡Oh efectos portentosos de una pasion! ¡Oh fatalidad! ¡Oh Cleopatrina nariz! ¡Qué diferente hubiera sido acaso la suerte de Roma si un poco más *roma* hubieras tú sido!!

La natural tendencia que me domina (á mi, Fray Gerundio) á buscar términos de comparacion en todas las cosas, y á poner algo de mi casa, me llevó

por la historia adelante y por la historia atrás en busca de narices como las de Cleopatra, y al instante se me acordaron unas que debieron ser tan parecidas á las suyas como un huevo á otro huevo. Porque si Elena hubiera tenido la nariz más chata, ó más remangada ó por ejemplo, una nube en un ojo, ó un diente careado, ó cosa tal, creo yo que ni Páris hubiera hecho la calaverada de robarla, ni los Tirios se hubieran ensangrentado contra los Troyanos, ni el altivo Aquiles hubiera causado aquellos enojos que tan caros le hubieron de costar al ejército coligado, ni hubiera sido arrastrado el infeliz Hector, ni hubiera gemido Priamo, ni Troya hubiera ardido, ni Eneas hubiera huido de la quema, ni hubiera andado perdido por los mares, ni hubiera arribado á Latium, ni se hubiera domiciliado en Italia, ni hubiera sido el padre de los romanos, ni Virgilio se hubiera acordado de cantarle, ni la España hubiera sido provincia romana, ni hubiera habido Cónsules, ni Pretores, ni Triunviros, ni Césares, ni Lepidos, ni Marco Antonios, ni acaso Cleopatras, ni Pascal hubiera murmurado de sus narices (vaya! si tiene razon Lepnitz en defender su concatenacion de causas y efectos. Es una friolera lo que vamos ensartando, y no hemos hecho más que principiar!), ni Roma hubiera sido imperio, ni el mundo hubiera sufrido las crueldades de Tiberio y de Neron, ni la Iglesia las persecuciones de Valerio y Diocleciano, y todo lo que la historia cuenta y no acaba de tantos emperadores buenos, malos y medianos, ni por último, el imperio hubiese sido presa de los bárbaros del Norte, ni nosotros hubiéramos sido

Godos, y luego Moriscos, gracias al lindo de D. Rodrigo que tan á su sabor quiso refocilarse con la hermosa Caba... y aquí tropiezo de manos á boca con otras narices de cuenta, que si hubiesen sido un poco menos *acabadas*, acaso le hubieran quitado á don Rodrigo la gana de *folgar*: y entonces claro es que el conde D. Julian no hubiera tenido por qué agriarse, ni hubiera tomado la indiscreta venganza de llamar gente extraña para castigar el desaguisado, ni hubiera habido moros en la costa; ni noticia siquiera hubiéramos tenido del moro Muza, ni de los Abencerrajes, ni de Almanzor, y otros Morones, y Morazos, y Moraimas y Morisquetas que hubo en aquellos tiempos: ni los asturianos tendrian tanto que contar de D. Pelayo y de Covadonga, ni hubieran reinado los Ramiros y los Ordoños y los Alfonsos y los Fernandos, ni tamqoco Isabel la Católica, que pudo ser la primera Isabel segun la cuenta que sacan ahora, porque una y una son dos, ni hubiera habido Felipes ni Cárlos, ni cuartos ni quintos, ni hubiéramos estado á dos dedos de ser franceses cuando el cuarto hacia que reinaba, ni hubiera privado Godoy... á propósito: allá va una idea que nació ahora mismo, y no me puedo contener sin vaciarla: las narices masculinas deben tener la misma virtud que las femeninas, y causar los mismos efectos y maravillosas consecuencias, porque digo yo así, y me parece que no digo mal; si la nariz de D. Manolito, esto es de S. A. el príncipe de la Paz, hubiera sido roma escachada, ó bien abundosa y redundante como á la que á su Divina Majestad le plugo colocar en medio del rostro

de Fr. Gerundio, ó como la del mismo Cárlos I ¿quién sabe si el susodicho D. Manuel hubiera privado tan íntimamente con la Reina nuestra señora la madre del Rey nuestro señor el Sr. D. Fernando VII (Q. D. G.?) Puede ser que no; y en ese caso, que de posible nadie le apea, porque tengo entendido que los ojos de la señora no se enamoraban de legañas; ni el valido tuviera como tuvo que envolverse en la estera allá en Aranjuez, ni quizá hubiera habido abdicacion, ni proclamacion, ni guerra, ni Córtes; Dios sabe lo que habria: ¿y qué habria ahora? Para adivinarlo estamos; conque no podemos definir lo que hay de presente, si es que hay algo, ni quién lo hace, si es que cada uno no deshace todo lo que puede, y sabríamos el porvenir hipotético solo por conjeturas y adivinaciones. A lo menos, por mi parte confieso mi ignorancia, que no soy nigromante, ni agorero, ni ministro-profeta, ni gitano, para leer á nadie la buena ventura; y creo que en esto de nigromancia política allá nos vamos todos, porque en el calendario político, que me emplumen si no veo disparatar tanto como en el almanaque astronómico, que cuando da buen tiempo hace unas borrascas que ni perros paran en las calles, y cuando anuncia lluvias y vientos, entonces es cuando se cae un bochorno que aplana y derrite los sesos. Bien que de un modo se presenta la atmósfera desde el observatorio de Madrid, de otro desde París, de otro desde Pamplona, y de otro desde el observatorio de Fr. Gerundio, segun el cual el tiempo alterna siempre entre vario y revuelto, y creo que es el único que acierta.

Pero volviendo á nuestras narices de la cara, si queremos ejemplos de lo que influye una nariz femenina en los más grandes acaecimientos humanos, en la historia sagrada, en la eclesiastica, en la profana, en la fábula y mitología, los hallamos á escoger como racimos en viña. Si fea hubiera sido la de Judith, á buen seguro que no hubiera estado tan franca para ella la alcoba de Holofernes, y que la cabeza de aquel guapo no hubiera sido el *Labarum* de libertad para los judios. La Inglaterra seria hoy tan ranciamente católica como nosotros, si la nariz de Ana Bolena hubiera sido un poco menos *católica*; pero hízole gracia el Sr. Enrique VIII, y adios Papa y adios Religion y á Dios todo. No parece sino que la suerte de las naciones se halla metida en las ventanas de alguna nariz femenina y agraciada.—Entreme Vd. con la coquetilla de Venus, un preciadilla de traer todos los Dioses al retortero, y de haberse alzado con el premio de la manzana de oro: ¿qué seria de ella, la tontuela, si le hubiese nacido una berruga en la punta de la nariz? A saber: puede que hubiese sido la fregona de la Córte celestial.

Me voy prolongando demasiado, y los políticos estarán ya aguardando á ver qué aplicacion hago de este artículo á las cosas del dia; que lo huelan ellos si tienen narices de oler; y si no huelen nada, podrá consistir en que no tiene aplicacion ninguna, y si no la tiene, que no la tenga, que no todo se ha de escribir para ellos.

MOVILIZACIONES Y OTRAS COSAS.

El Comandante general de esta provincia, deseoso de activar la acordada movilizacion de 300 nacionales en ella, ha excitado el patriotismo de los ayuntamientos para que estos inviten á los jóvenes á presentarse voluntarios para hacer el espresado servicio. Mas los pueblos sin duda han entendido mal aquella invitacion; y en vez de movilizar los mozos, han dado en movilizar los Santos; de modo que á los más les han tenido en activo servicio una porcion de dias, hasta que ha llovido y les han mandado descansar sobre las armas.

Como les han sacado al campo en procesion, y los paisanos en las procesiones suelen ir tratando de sus cosas en tertulia como si estuviesen en la fragua ó en la taberna, los santos les llegaron á percibir que á peticion de un ministro se proyectaba recoger las alhajas de oro y plata de las iglesias para atender á las urgencias del Estado, cuyo importe se calculaba á ojo de buen cubero que podria ascender á 30 millones de reales convertido en moneda. Con ese motivo los santos de vuelta á sus casas han entrado en conversacion unos con otros echando sus cuentas sobre el asunto. Uno decia que tendria que quedarse sin cabeza, porque justamente hacia pocos años que se la habían hecho de plata: otro que quedaria manco y mutilado, pues la única mano que tenia á la vista era de la misma materia. A un san Antoñico pequeño

que tenia unos zapatines de plata sobredorada, le daban broma con que se iba á quedar descalzo: ¿Tanto os parece que se pierde? contestaba él: puede que no valga entre los dos treinta y siete rs. A las vírgenes que tenian corona del mismo metal, no se atrevian á decirles nada, temiendo que acaso por razon de su sexo no estuviesen obligadas á contribuir: mas otro santo que habia sido ministro de Hacienda en la tierra, y por una casualidad se habia salvado, dijo que en los casos de apuros, y de tener que usar un Estado de los últimos recursos, no habia, ni podia haber distincion de clase, sexo ni condicion, y que lo mismo era para el caso un santo aristócrata que un santo del pueblo; un santo mártir, que una santa vírgen; un cáliz ó una cruz, que una lámpara, ó que el caldero del agua bendita. De eso me alegro yo, dijo entonces otro santo ya de edad: porque con eso se evitarán muchas quimeras, palos, heridas, y aun muertes en los pueblos, porque no habrá disputas sobre si la cruz de mi lugar es *más maja* que la del tuyo; si las andas del Sacramento de *la tú* parroquia tienen menos *prata* que las de la mia; si *el vuestro* Cristo no sirve para descalzar *al nuestro*. Un san Isidro labrador, que tenia la reja del arado y las campanillas de los bueyes de plata, se consolaba con que ya el cura andaria listo, y cuidaria de ocultarlas con tiempo, como habia hecho antes con otras cosas. Una Concepcion decia que no sentiria más que el comisionado que fuese á hacer el inventario se quedase con su cadena de oro, y la pusiese despues su mujer ó su hija, ú otra persona ménos allegada. Sobre un san Roque,

que tenia un sombrerillo de plata y una calabacita de oro, se suscitó una controversia muy acalorada sobre sí, siendo extranjero, estaria ó no comprendido en la lista de contribuyentes; á lo que contestó un san Cristobalon, diciendo con tono decisivo, que la *iguala* á todos hacia iguales, y que excusaba de pensarse en exenciones. San Roque estuvo tentado á enviscarle el perro; pero se acordó de que era santo, y que no debia dejarse llevar de la ira, y formó proyecto de irse á Francia, en donde por ahora no anda ese rebusco. Al contrario, un san Ginojo bendito de plata maciza que allí habia, dijo con la mayor conformidad: «Yo aquí estoy; si me quieren llevar, que me lleven; que hagan de mí lo que quieran.» Un san Agustin que tenia en la mano una pluma de plata, dijo lo siguiente: «Yo daria de buena gana esta pluma, porque sé mejor que el que dispone estas cosas á cuánto obligan las atenciones y urgencias de una nacíon, cuando está en el caso de sacrificarse por defender una causa justa; pero sentiria que alguno la destinase para adorno de su escribanía, porque haga juego con ella.

Calló san Agustin, y le apoyó santo Tomás con otro discurso no ménos enérgico y persuasivo, y todos los santos de la parroquia exclamaron: *bien, bien; que redacte esta sesion un periodista.* ¿Y á qué periodista se lo hemos de encargar? replicó un San Fernando rey de España, que sabia desde su tiempo lo que eran periodistas. *A Fr. Gerundio, á Fr. Gerundio*, contestaron todos á una voz.

Señores, Fr. Gerundio ha desempeñado su comi-

sion lo mejor que ha podido. El Señor nos junte á todos en su santa morada. *Amen.*

FRAY GERUNDIO INVOCA Á DON QUIJOTE.

Oh vos, ilustre y valeroso ex-caballero, honra y gloria de toda la andante caballería española, y aun manchega, desde cuya desaparicion del mundo no se castigan las fechorías que una turba de descorteses bellacos está cometiendo á su voluntad y talante en este mal aventurado suelo, deje la vuestra merced por un poco la dorada silla que sin duda debeis estar ocupando allá en los cielos en premio de las mercedes que en el mundo hiciérades á tantos acuitados y desvalidos caballeros y á tantas principales y cautivas doncellas, y corred á dar cima y cabo á la más recia y ménos imaginada aventura que pudo acometer jamás caballero andante en toda la redondez de la tierra. Embrazad la lanza ó requerid la adarga, venid á pié ó á caballo, como más en mientes os viniere, que de cualquier manera parece bien la vuestra gentileza y apostura; y si yendo á pié puso temor á los leones la pujanza de vuestro brazo, bien podeis dar felice y venturosa cima á la batalla para la que demanda vuestra ayuda Fr. Gerundio, sin necesidad de que opriman vuestras posas los lomos de rocinante, ni de otra mejor cabalgadura. Venid, y dirigiros, no á la Mancha, patria de aquella vuestra inmaculada Princesa, sino á las orillas de allende el Cinca, y campos

de Cataluña. No hagais caso de la turba de menguados bellacuelos que encontrareis armados de todas armas, que no es gente digna de que con ella haya de entretenérse un caballero de la vuestra alcurnia y gallardía. Encaminaros héis en busca de un abellanado príncipe, que hallareis rodeado de villanos encantadores, por cuyas malas artes y consejos está tan mal parada nuestra España, y en vía de ser presa de algun follon hi de puta, que de ella apoderarse quiera. Deshaced los encantamientos con que los intransitables rios por en medío de enemigos ejércitos que les observan aciertan á pasar. Ni la aventura de los Disciplinantes, ni la de los cuadrilleros de la Santa Hermandad; ni la tan famosa de las manadas de carneros, ni cuantas acometió la vuestra valentía ni toda la orden Caballeresca mereció tanto ser por vos acabada, como la que el avinagrado príncipe con su vistoso séquito á la vuestra bravura ofrece. Ocho obispos, que sus ovejas por meterse á andantes caballeros malamente abandonadas dejaron, trescientos frailes con variedad de hábitos y colores vestidos, y gran número de otros sacerdotes de la evangélica mansedumbre y de sus sagradas obligaciones olvidados, y de ministros del Señor en brigantes convertidos... ¿de qué sino de una verdadera quijotada tan estraña y singular comparsa graduarse puede? ¿A quién sino al Manchego Hidalgo el habérselas con tales gentes atañe? ¿Quién sino vos que de un sólo golpe sabeis deshacer un ejército de dos cientos mil hombres como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfeñique, podeis acabar con ellos

en dos paletas, y dar gloriosa cima y finiquito á esta malhadada guerra en que esos malandrines descorazonados llevan mientes de tenernos eternamente envueltos? Bajad, pues, por un corto espacio de ese lugar que por vuestras fazañas mereciérades, y acabad pronto esa buena obra, que de otro modo no veo ya trazas que terminarse pueda, y gozad, despues de la bienaventuranza que quiera Dios se os aumente en premio de haber deshecho este entuerto y desaguisado, ó decid si no cómo pueda hacerlo á nombre vuestro este vuestro admirador.—*Fr. Gerundio de Campazas.*

LOS MESONES DE CASTILLA.

No sin razon en España escasean los establecimientos de instruccion pública, y son bien necios los padres, y no menos necios los hijos que gastan el tiempo y el caudal en cursar años y más años en una universidad, academia ó colegio; lo mismo que en ver la corte, asistir á la Asamblea legislativa, y frecuentar los museos y los círculos y reuniones de los literatos. Para Fr. Gerundio no hay un establecimiento más instructivo que un meson de Castilla. Es un liceo de conocimientos prácticos, una cátedra de costumbres, una escuela politécnica. Sale Fr. Gerundio, por ejemplo, de Leon, y á las tres leguas, en el camino real de Castilla ó Galicia, crucero de Madrid á Astúrias, encuentra un meson, al que se acerca, y apea en él su humanidad reverenda. Cualquiera pensaria encon-

trar en este único y universal parador de transeuntes algun vestigio de la monarquía absoluta española; nada de eso: en él todo es constitucional; más digo, es un meson republicano. Dos solos departamentos se hallan en él para todas las clases y gerarquías de las dos sociedades de vivientes, racional é irracional, á saber: el portal y la cuadra. Y aun á veces suelen formar todos una misma sociedad, como en el tiempo de la creacion. Así le sucedió á Fr. Gerundio dias pasados. Hé aquí el bello cuadro que presentaba su Paternidad en aquel receptáculo de viajeros.

Un poyo de tierra amarilla, amasada con paja y guijarros, era el sofá, el confidente, la poltrona sobre que se esforzaban por descansar sus reverendísimas asentaderas; pero en vano, porque no podia conseguir que ninguna punta de aquellas piedras correspondiese fielmente al sitio en que pudiese no lastimar: la parte carnosa se ofendia, pero no habia otro remedio. Me consolaba con que aquellos mismos guijarros habrian mareado millares de posas mucho más delicadas que las mias, porque aquel es el asiento destinado para el enfermo anciano, aquel para el título de Castilla y aquel mismo para la jóven de tres lustros, cuyas tiernas occidentales carnes no hubiesen probado hasta entonces sino la silla de pluma, el regazo de mamá y la mullida almohadilla del coche en que allí fué conducida. Pero cuando me acordaba que en aquel mismo asiento acabaria acaso de espulgarse algun pordiosero, el temor de que me acometiese el ejército de reserva que hubiese podido dejar, me daba, lo confieso, algun escozorcillo, y ya me parecia que sentia bullir la

muchedumbre de un ejército enemigo coligado. Mi primera diligencia fué tratar de yantar, á cuyo efecto eché mano al repuesto de la alforja, pues por este país y por estos hospedajes hay que marchar siempre á lo general de algun ejército de operaciones, suficientemente provisto de víveres; de otro modo no se dá un paso, y hay que estacionarse como ellos, aunque la patria se esté hundiendo y nos esté convidando la victoria un poco más adelante. Pedí una mesa, y me trajeron un rústico banquillo de tres piés. «Buen hombre, le dije al mesonero, yo no voy ahora á coser zapatos para necesitar esa banquilla de tres piés.»— «Tampoco es de tres piés, me dijo, sino de dos y medio no completos.» Así era la verdad: como que para colocarla fué preciso buscar la piedra más eminente del portal, y fijar sobre ella el pié cojo. Hubiera creido que el paño que la cubria era lo que llamamos un sudadero, si no hubiera advertido recientemente marcados en él con aceite, vinagre y pimiento cinco dedos de maragato, lo cual me indicó hacer aquello oficios de servilleta republicana. El jarro en que se me sirvió el vino parecia el cubo de una muralla, con sus almenas y sus brechas abiertas. La acritud del vino obligaba á arrugar la cara como con las noticias de la guerra, de modo que cualquiera que me hubiese visto el semblante despues de beber, hubiera creido que acababa de leer la *Gaceta*. Hice cargos al mesonero por la falta de un vaso, y me contestó que habia tan poca confianza en el gobierno, que no se atrevia á emprender ningun género de gastos ni surtido. En fin, me puse á comer, y acordán-

dome de que pocas horas antes, en el coliseo de Leon me habia visto tan favorecido en el brillante baile general que con motivo de la jura de la nueva Constitucion se habia dado, consideraba yo este contraste como el que forma la caida de un Ministro. Un Excelencia *in partibus* que me acompañaba, me decia: «Anoche, con el brillo de aquella reunion y en medio de aquel espléndido aparato, estaria Vd. bien lejos de pensar en esta miseria, en este vergonzoso atraso de nuestros pueblos, y aun en esta inmundicia, deshonra de Castilla y afrenta de nuestros apáticos y desidiosos capitalistas, que podian á poca costa haber establecido aquí una decente posada, que con seguridad les daria prontos y pingües rendimientos.»—«En efecto, le contesté, anoche, colocado en aquel vistoso concurso, estaba como un diputado en el salon de Córtes; no me acordaba de la miseria y atraso de los pueblos: para eso es bueno verlo y palparlo; desde un meson de Castilla se puede discurrir mejor sobre nuestras necesidades que desde un coliseo y un salon de Córtes.»

Apenas hubimos empezado á comer, cuando nos rodearon con la mayor franqueza una porcion de animalitos, y entre ellos el mesonero. Parecia aquello una historia natural: dos perros, tres gatos, diez ó doce pollos, otros tantos pavos y un cerdo (hablando bien) eran nuestros consócios. Todos querian aprovechar nuestros desperdicios; pero el cerdo solia ahuyentar bruscamente á los demás, y quedaba dueño de los despojos: para que se verifique que los resíduos de lo que han desustanciado los poderosos

vienen á ser siempre presa de la estupidez y de la osadía. Los pollos piaban por las migajitas de pan como los españoles; dirigíamos algunos pedazitos de vianda á los pavos, y se espantaban de ellos: eran alimentos desconocidos para ellos; no conocian sus verdaderos intereses; eran como los pueblos de España, y no me empeñé en reformarlos de repente. Los perros y los gatos gastaban el tiempo en ladrar y arañarse como los partidos liberales, y entretanto llegaba el estúpido cerdo, y aprovechándose de sus disensiones tragaba cuanto encontraba, y parecia decirles con su grosero gruñido: «*más estúpidos sois vosotros.*»

Concluida nuestra comida rústico-urbana pedimos al mesonero una cama para descansar un rato, á que nos contestó aquel ciudadano español que en aquel meson nunca habia habido cama, y que no era regular que él introdujera costumbres nuevas. «Reforme usted á este republicano, me dijo el amigo, y métale usted el sistema de las innovaciones en la mollera.» Al fin nos proporcionó dos sacos de paja, y sobre ellos acomodamos nuestros soñolientos y fatigados cuerpos; mas en vano fué el pretender dormir: una multitud de batallones y escuadrones de pulgas nos acometió en todas direcciones; los batallones serian, si se quiere, de pocas plazas; pero lo cierto es que dominaban todo el portal como las facciones de Navarra. Por lo mismo no quise hacer estipulaciones ni regularizar la guerra con ellas, y preferí hacer una interpelacion al mesonero, pidiéndole la razon por qué no habia destruido, ó á lo menos derrotado,

tantas facciones pulguescas como infestaban el meson con perjuicio del establecimiento y de los viajeros. A lo cual me contestó *ministerialmente:* «Que no estaba en el caso de poder hacer esas manifestaciones; que él estaba satisfecho de su buen porte como mesonero, y que las pulgas no habian progresado desde que él estaba en el meson.»—«Vámonos, le dije al compañero; hasta los mesoneros de Castilla están contagiados de ministerialismo; escusado es interpelar, porque á nada se satisface; las pulgas nos abrasan, no acabemos de ser víctimas de ellas.» Pagamos, pues, el presupuesto de gastos, ó fuese contribucion directa de *paja* y *utensilios*, y nos salimos deseando que nuestros gobernantes recibiesen con frecuencia de estas lecciones prácticas que ofrecen al hombre observador *los mesones de Castilla.*

FILÓSOFOS DE ANTAÑO Y POLÍTICOS DE OGAÑO.

Tan locos unos como otros, sin hacerles favor maldito; á trancazos solian aquellos discutir las doctrinas filosóficas, y á porrazos tratan estos las cuestiones políticas. Bien decia San Bernardo que la sabiduría del mundo es tumultuosa y guerrera; y así es que en las lides de opiniones los más doctos, que debian ser los jueces de paz, son los primeros que enarbolan la bandera de guerra; y la luz de los sábios es más fuego de pólvora que hiere ó mata, que antorcha que ilumina. Luciano ridiculizó esta conducta de los filó-

sofos de antaño, y á Fr. Gerundio le toca comentar la de los políticos de ogaño; cada uno se entiende con los de su tiempo.

Aristóteles y el Estatuto cualquiera pensará que no se parecen en nada; pero como Fr. Gerundio no es *cualquiera*, y es hombre que en todo encuentra *parecencias*, pues el dia menos pensado las halla entre el huevo y la castaña, dice que Aristóteles y el Estatuto corren parejas. Aquel y su doctrina tuvieron un prestigio que rayaba en adoracion: este y su autor *tuvieron* un partido que lindaba con la veneracion; el que contradecia á Aristóteles en su tiempo se hacia sospechoso en la fé, pasaba por impío: el que se oponia al Estatuto en su época se hacia sospechoso en la política, pasaba por anarquista. Vinieron los Cartesianos, y empezaron á echar sapos y culebras contra Aristóteles y todos los Peripatéticos; vinieron los constitucionales, y empezaron á llenar de broza al Estatuto y los Estatutistas. Los Cartesianos declamaron contra la escuela peripatética como más perjudicial á la filosofía y á la ilustracion que la ignorancia y el embrutecimiento; los constitucionales mostraron más oposicion al partido Estatutista, y dijeron que perjudicaba más á la libertad que el del absolutismo, que pelea por el príncipe rebelde.

Hé aquí un ejemplo de la ira y desprecio con que trataban los apasionados de Aristóteles á los que se desviaban de su escuela: no sé qué cosa se le antojó decir contra él al pobre Campanela, y vé aquí las lindezas que predicó de él un ciego Peripatético: «Este es el vil y despreciable Marsías; este el Pigmeo, el

Faeton, el Buho, el Murciélago, el Hablador desatinado, que se levanta contra el sapientísimo Aristóteles, esto es, contra el Apolo, el Hércules, el Edipo, el Sol, el Príncipe soberano de la filosofía.»

Vaya ahora otro ejemplo del furor con que le atacaron despues sus enemigos: «Es el hombre más ignorante, decia Emilio Parisano (médico, para servir á Vds.), y de ingenio más obtuso; el hombre más flagicioso y más ruin que jamás hubo en el mundo; ingrato á su maestro Platon; atentador á la vida de su bienhechor Alejandro. Si se registran todas las cavernas del infierno, no se hallará en ellas criatura más malvada que Aristóteles; y Judas, y el mismo Satanás *(echa por esa boca)* pueden en comparacion suya ser reputados por inocentes, etc., etc.» Conciértame estas medidas, decia Quevedo. ¿Hice yo mal en llamar locos á los filósofos de antaño? Ahora que digan francamente mis lectores si se ha pensado con menos variedad, si han mostrado menos entusiasmo unos y menos encono otros respecto del Estatuto y los Estatutistas, y juzguen si Fr. Gerundio se excede en llamar tambien locos á los políticos de ogaño.

Adelante. Los mártires que han tenido unos y otros no son menos parecidos que sus defensores y sus antagonistas. Uno que contradijo á Aristóteles fué preso por el tribunal de la Inquisicion y detenido en sus calabozos veinte y cinco años. Otro tomó sobre sí el empeño de defender en conclusiones públicas las contradictorias de cuantas proposiciones aristotélicas le propusieron los arguyentes, y además de otros reveses de fortuna que le costó la chanza, por último fué

sacrificado en la célebre matanza de la noche de San Bartolomé al furor de un partido de escuela. Los discípulos de Carpentier y de otros profesores enemigos suyos le sacaron de una cueva donde se habia escondido, y acribillándole á heridas le arrojaron por una ventana: todavía no bastó á saciar el furor de los matadores el ver saltar las entrañas de su cuerpo, sino que le arrastraron. azotándole por las calles, donde quedó el cadáver dividido en varios trozos. Mis lectores saben de sobra que á iguales precios han defendido unos y han atacado otros el Estatuto y sus consecuencias, pudiéndoselas apostar á locos los políticos de ogaño á los filósofos de antaño.

Los Peripatéticos fueron impugnados por tres partidos diferentes: Cartesianos, Gasendistas y Maignanistas. Los del Estatuto tienen contra sí á los constitucionales del año 12, á los del 37 y á los carlistas. Los Aristotélicos trataban á Descartes de loco, temerario, delirante y aun ateista. Los del Estatuto trataban á los constitucionales del 12 de locos, temerarios, delirantes y anarquistas. A Gasendo le tacharon aquellos de Epicúreo y de introductor de novedades peligrosas acerca de la religion; á los del año 37 les tachan estos tambien de novadores peligrosos y precipitados. A los Maignanistas les censuraban de gente ruda, de corta capacidad y grueso modo de entender; lo mismo que decimos de los carlistas ó absolutistas,

Resultado de aquello. Que los que se llamaban filósofos y amadores de la verdad eran los que menos la buscaban, los que más se dejaban arrastrar del fanatismo de escuela, los que en vez de ser modelos de

moderacion eran ejemplos escandalosos de arrebatamientos, y en vez de ser el tipo del juicio y la sensatez eran los más locos y más rematados.

Resultado de esto. Que los que se llaman políticos y amantes de su patria son los que más la lastiman y destruyen; los que en vez de buscar desapasionadamente la verdad y lo mejor, son los que lo sacrifican todo al espíritu de partido; los que en lugar de trabajar por la concordia y por concentrar en un foco las opiniones más divergentes, siendo liberales, se dejan arrastrar del orgullo y la presuncion, de que cada uno es el solo que acierta y todos los demás yerran; los que, lejos de dar ejemplo de moderacion, le dan de irreflexion, de acaloramiento é intolerancia.

Resultado general. Tan locos son los políticos de ogaño como los filósofos de antaño.

ROMERÍAS.

Aunque todas las Romerías se parecen en algo, todas se diferencian tambien en algo; achaque muy comun á todas las cosas humanas, si se exceptúa á Fr. Gerundio, que no se parece á nadie. La llamada de San Froilán de Leon que se celebra el dia 5 de este mes, no deja de ofrecer sus circunstancias particulares que notar. En este dia se traslada, como suele decirse, casi toda la ciudad al santuario titulado Nuestra Señora del Camino, distante una legua al mediodía de la capital. Este templo es la Meca de los

Leoneses; y no hay cosa más parecida á las carabanas de los árabes que van á visitar el sepulcro del *profeta*, que la corta peregrinacion de estos habitantes á la Vírgen del Camino, pues con dificultad habrá cosa que más imite las tiendas portátiles de aquellos musulmanes que los carros entoldados de estos cristianos. Yo apuesto á que pocas poblaciones ni mahometanas, ni católicas, ni de otra cualquier creencia pueden ofrecer el espectáculo de trescientos carros como presenta esta ciudad, llenando majestuosamente el camino ó vía sacra de su peregrinacion. Los toldos los constituyen infaliblemente las colchas de las camas, lo cual hace una visualidad semi-chinesca, y tan taraceada de remiendos de diversos colores, que á nada me parece tan comparable como al *Mosáico* del *Mundo*. Van estendidas sobre verdes ramos de chopos, que son los olivos del país, y las personas van recostadas sobre mullido de yerva; de modo que parece que se sale de casa y se camina en un prado con ruedas: peregrinacion sumamente campestre.

Dentro de cada carro va una ó dos familias, ó personas de tres ó cuatro, y de uno y otro sexo, de forma que cada carro encierra una *fusion*: son gentes del *progreso lento*: van en carros de bueyes... Esto es lo que se llama *el pueblo*. Los de *progreso rápido*, que tambien concurren muchos, corren, galopan, hacen sudar los caballos; el pienso que les dán este dia, es la espuela y el látigo; con tal que ellos *corran*, aunque los caballos *suden* y *no coman*, les dá poco cuidado. Los que acompañan á personas del bello sexo son los que guardan en su paso una justa mode-

racion, los jóvenes más fogosos y progresistas atemperan con gusto su marcha, y reprimen su deseo de avanzar: el bello sexo es el freno más represivo en medio de ser el más suave; es el único que pudiera influir en los grados de aceleracion de la marcha de Fr. Gerundio. Yo no lo ví, pero me atrevo á asegurar que habria jóven acompañante que sentiria que el camino no fuese elástico como los resortes de los tirantes, para poderle alargar tanto como la conversacion de su acompañada: y alguno habria, que astuta y disimuladamente procurase hacer su caballo más propenso á aproximarse al que conducia á la jóven peregrina, que á la alimaña que montase la adusta madre, ó la severa tia. A lo menos así era en mis tiempos: ¡válgame Dios que tiempos aquellos! No podia uno ver que le cortaran la conversacion con una muchacha; y más cuando iba á una romeria. Despues entré fraile; no sé lo que pasará por el mundo.

Muchas personas son tan amigas de ir *con el pié sentado*, que todo el camino van sentando uno y alzando otro; andar á pié llaman en esta tierra: sin embargo, no por eso dejan de llevar sus caidas: en estos tiempos por mucho que se siente el pié, desengañémonos, se dán caidas mortales, y cuando menos se piensa. No falta quien anda el camino á pié desnudo, *pedibus descalzis*, en virtud de ofrecimiento hecho á la Vírgen por algun beneficio recibido, ó milagro alcanzado de ella. Antiguamente iban muchas hermanas descalzas, hoy son muy contadas: no sé si consistirá en la tibieza de devocion á las Vírgenes que domina en estos pícaros tiempos, ó en qué podrá

consistir; lo cierto es que todo el mundo prefiere ir calzado; y en verdad que no será porque hoy se calce más barato; pues las obras de los zapateros y los sastres son como el Fr. Gerundio, que nunca baja de precio.

Ahora les gusta más á las hermanas ir y venir formando diptongos: llamo diptongos á las parejas de varon y hembra que cabalgan juntitos sobre una misma caballería; y como esto se nota lo mismo en la clase alta que en la baja de la sociedad humana, lo mismo en la clase humilde que en la noble de la sociedad cuadrúpeda, los llamo yo para diferenciarlos *diptongos de letra mayúscula*, y diptongos de *minúscula*. Pocas cosas me divierten tanto, á mi Fray Gerundio, en el camino de una romería como estos diptongos. Aunque son una sola letra, leo mucho en ellos.

Pero ya es tiempo que sepamos lo que pasa en el punto final de la peregrinacion, en el campo donde está el santuario. ¡Qué algarabia! ¡qué bullicio! ¡qué confusion! ¡qué movimiento en todas direcciones! ¡qué encuentros! ¡qué tropiezos! ¡que apretones! ¡qué roces! y ¡qué murmullo! Como el ruido de muchas aguas alborotadas, así es el que forma aquel piélago parlante; la boca que no habla es porque come; y sabe Dios si el ruido será solo de bocas y de palabras... Allí quisiera yo ver al señor Sancho y aun al señor Heros, (1) cómo se componian para llamar al órden; por mucho que repicaran la campanilla, ten-

(1) Presidentes de las Córtes.

drian que voltear la campana de Toledo, si querian llamar la atencion; y aun estoy por asegurar que habria personitas tan embebidas en alguna *cuestion personal*, que ni la campana de Toledo sentirian, ni sentirian siquiera el brusco pisoton de un maragato, ni el empellon no nada cariñoso de un arriero de los Argüellos.

Allí es donde se encuentra la verdadera libertad, la completa igualdad; ó no hay Repúblicas, ó se encuentra la más perfecta el dia de San Froilán una legua de Leon: la alegría más festiva reina en aquellos estados unidos; solo allí es donde nadie se acuerda de la guerra civil. Sin embargo, en obsequio de la verdad, confieso que ese mismo olvido y aquel mismo regocijo público son causa de que se emprendan guerras parciales, domésticas, con sus sitios y sus asaltos, cuyo resultado suele tardar algunos meses en verse. Aviso á las Gobernadoras de las plazas.

En aquel dia no hay galan cicatero, ni dama esquiva y desairante: las confiterías son una tentacion: aproximarse á ellas, y entrar en convulsion las pesetas en los bolsillos, y tocar á despedida de ellos, es todo uno. De estos obsequios unos se pierden, y otros producen; es una especie de sementera; la calidad de la tierra y el temporal que sobrevenga despues, son los que deciden de la oportunidad ó inoportunidad de la siembra. Pero el buen labrador no debe ser timido y desconfiado; el que expone poco no puede segar mucho.

Se hacen obsequios de todas clases; y las cubas de vino que allí se consumen muestran bien claro qne

en aquella Palmira cada uno rinde adoracion á la divinidad de que es más devoto ó de... *vota*: hé aquí tambien la libertad de cultos, porque tanto suspiran algunos pueblos, practicada en aquel Josafat de vivos. Mas esto suele producir despues pendencias, y estas sus hijos naturales los palos, consecuencia casi segura del furor báquico. De forma que si le preguntaran á Fr. Gerundio en una romería, por ejemplo, en esta de San Froilán, cuántos dioses hay, responderia *tres*. Y si le replicaran; ¿cómo tres Dioses, Fr. Gerundio? Contestaria; «es verdad que no son tres Dioses, sino dos Dioses y una Diosa.» ¿Y cuáles son?—Poco tiene que saber, diria: Baco, Marte y Venus. El Dios Himeneo hace allí oficios de Pretendiente; es el Cárlos de las romerías: aspíra á sacar partido, pero es bobería; no puede triunfar en rivalidad con una Diosa: lo mismo sucede acá entre los mortales.

La más desairada allí es la Vírgen á quien se dedica la festividad; es la que menos visitas recibe; ya se vé: el templo está frio; con el calor y la agitacion del camino se llega sudando, y una constipacion no ha sido el objeto de la viajata.

No faltan sin embargo hermanas *vetustas*, que concurren, unas á morder entre las encías algunas salves, y otras á entregar los morroñosos cuartos que de entre migajas de pan sacan de sus profundos bolsos de terliz, á los Capellanes de la contorna, que se las *murmuran* por un módico precio, haciendo dentro confitería de salves como hay afuera confiterías de dulces. Otras van por la curiosidad de ver el arqueton formidable, que refiere la tradicion del país trajo

á un vecino de Villamañan en una noche desde Argel acá en donde estaba cautivo, (en poder de moros por supuesto, que allí no habia de ser en poder de frailes) todo por intercesion de la Virgen. Colgada está la cadena enorme (que aún no se ha corrompido) que arrastraba el Cristiano Cautivo, fuerte de unas doscientas arrobas. Otros ocho ó diez mil milagros pintados en cuadros cubrian antes las paredes de este templo; no se sabia de qué eran; ahora están descubiertas; no se donde estarán aquellos milagros: otro milagro. En fin, milagros habrá hecho la Virgen, pero no hacen menos otros que no son vírgenes en derredor del Santuario, y aun en el camino, máxime si una luna clara no suple al dia, y estos son milagros de larga cola como los cometas.

AQUÍ Y ACULLÁ; ARRIBA Y ABAJO; POR UN LADO Y POR OTRO.

¿En qué estás pensando, Tirabeque?—Señor, estoy discurriendo cuál será el oficio más socorrido en estos tiempos, para dedicarme á él, y se me figura que ya he acertado.—Vaya, pues dime cuál es, porque si es bueno, yo tambien le tomaré.—Señor, el oficio se me habia de componer á mi mejor que á Vd.: porque á mi no me dá cuidado por echar un *taco* bien recálcado, pero en la *indignidad* de Vd. ya no pareceria bien; á pesar de que muchos señores conozco yo que los echan bien redondos, y sin embargo pasan por

señores: y del estado de Vd. tambien, tambien.....—Pero hombre, ¿Es de esencia del oficio eso? ¡Cosa bien rara!—Para el oficio que digo es de esencia, presencia y potencia; como que sin eso, con una sola mula roncera que haya, se expone uno á que no pueda el carro salir de un barranco.—Hombre, eso me huele á calesero.—Acertó Vd. señor.—¿Y calesero querias ser? Pues yo creeria que era un oficio muy poco socorrido ahora, porque apenas se atreve nadie á viajar ni á salir de su casa; lo uno por que hay poco dinero, y lo otro por temor á las facciones, que son las que andan aquí y acullá, arriba y abajo, por un lado y por otro: pero éstas no necesitan de carruajes para sus espediciones; y así creo que te saldria fallida la especulacion.—No lo crea usted: mi plan era este: poner en los sitios públicos de todas las ciudades unos anuncios que dijeran: *Empresa de trasportes: Tirabeque, conductor de empleados aquí y acullá, arriba y abajo, á un lado y á otro: lleva á donde le lleven*: Yo estoy en que segun el teje-maneje que trae el Gobierno con los empleados, no me habia de faltar nunca carga, y que ni á las mulas ni á mí nos habia de holgar la madera.—No has discurrido mal, Tirabeque; pero has de calcular tambien que te sucederia muchas veces tener que volver de vacío.—Con dificultad, señor; porque los ministros en esa parte son tan mirados, que ya tratarian ellos de que hubiese siempre algun empleado que trasladar, para que no perdiese la empresa. Y que casi siempre tienen la consideracion de decir: «véte tú donde está el otro, porque sino no puede ve-

nir el otro donde estás tú»; y esto debe ser una diversion para los ministros, porque todos lo hacen: ¡y qué útil debe ser eso!—Por supuesto: como que un empleado, despues que se entera de los negocios de una oficina, ya no tiene nada que hacer mas que irse á otra parte, y si encuentra á su sucesor en un meson del camino, enterarle de ellos mientras comen las mulas.

Pero volviendo á tu proyecto, has de tener tambien presente que muchas veces viene la órden del cese así tan seca que el empleado no tiene á donde trasladarse, y para tu empresa de trasportes es una quiebra esta de consideracion.—Desengáñese usted señor; esas órdenes son las que más utilidad me habian de dar, porque un viaje á Madrid casi á ningun cesante se le puede Vd. quitar; y puesto allí, segura tenia una carretada de ellos para alguna parte: estas son cuentas que no marran.—Efectivamente, Tirabeque; tan volublé es el Gobierno con los empleados como tú para emprender oficios. No comparo la incertidumbre de los movimientos de los empleados al incierto vuelo de las mariposas, porque el de estas es voluntario, y el de aquellos hijo de la instabilidad de los que le impulsan: le comparo más bien al de las veletas, que tienen que moverse en la direccion á que las obliga el aire que las azota; ó al de la pelota en manos del jugador, ó al de la bola de billar: esta es la comparacion más adecuada á mi modo de ver, por la circunstancia que de un tacazo resulta unas veces una *pérdida*, otras una *carambola*, y otras tambien se tiran *los palillos*, que le parecia al contra-

rio tener bien puestos, y se gana el juego, quedándose el otro con el taco en la mano y la boca abierta.

Y dime: ¿tú cuentas ya con carro y con mulas y demás chismes y utensilios para tu proyectado oficio?—Señor, en eso todavía no he pensado.—Vaya, vaya, planes de una cabeza destornillada y lega.

¿EN QUÉ PARARÁN?

Tirabeque, hombre: hombre, Tirabeque; tú me quitas la vida con tus cosas; te marchas cuando te da la gana, vuelves cuando te acomoda; ¡ay Tirabeque! tú me la pegas; tus pasos, aunque eres muy lego, no pueden ser muy *legales*: tú por allá bien entretenido, y tu amo aquí sólo toda la mañana, sin tener siquiera quien le sacára un caldo: mira cómo me he puesto por ir á sacarle yo, y á soplar la lumbre, mira; la peluca quemada, las barbas chamuscadas.... —Señor, si á todos los que andan con *soplos*, se les chamuscarán las barbas, veria Vd. cómo no habia tantos *soplones*.—Vaya déjate de muecas, que me has dado muy mal rato; y luego el puchero sin sal, y sin poder encontrar el salero, por más que le busqué.—Ah señor, el salero de Tirabeque está muy guardado; y le advierto á Vd...—Que te dejes de chanzonetas te digo: vamos, ¿de dónde vienes?—Señor, vengo de ver la *Intriguilla*.—¿Quién es la *Intriguilla*? ¿Alguna amiga tuya?—No señor, no: más amiga es de otros. La intriguilla, esa que anda ahora

por las elecciones: vengo de ver votar.—Ah; sí: creo que ha andado muy lista esa señorita por todas partes.—Es la que más ha trabajado, señor; casi casi estoy por decir que es la que hace los diputados...—Calla no blasfemes, lego irreflexivo. ¿Y qué sabes tú si no has visto lo que pasa mas que aquí en Leon?—Y he visto bastante, y me sobra; más valia no ver tanto. Y crea Vd., señor, que segun cuentan, en unas partes se ha presentado la señorita *Intriguilla* con el velo tendido, muy cubiertita, con ciertas monitas así como las beatas nuestras; pero urdiendo una tela de enredos como si fuese una araña; y en otras ha andado doña *Intrigota* con un descaro como una rabanera, deslachada, escotada y sin recatarse de nadie. —Pero sólo será un partido el que se haya valido de estas señoras para triunfar.—Señor, la verdad, unos y otros han intrigado lo que han podido, sin más diferencia que los unos lo han hecho con eso que ustedes llaman más disimulo que los otros. ¿Y valdrá mucho el ser diputado, señor?—Nada, hombre, no vale nada; pues eso es lo más gracioso.—¿Que no vale nada? Mírese Vd. bien, señor.—Como te lo digo, hombre.—Señor, algo valdrá.—No vale nada, Tirabeque.—Señor, no puede ménos que valga algo.—Cuando te digo que no... Si es cargo gratuito.—Gratito ó no gratito, cuando los señores lo pretenden con tanto ahinco, no hay quien me quite de la cabeza qué vale; y si no, ellos pensarán hacerlo valer; á mí no me digan. ¿Cuánto apostamos á que los más de ellos lo hacen valer?—¿Qué les ha de valer, bobo? Gastos y sacrificios. Unicamente la gloria...—¡Ah

señor! ¿les vale la *gloria*? ¡Oh Vírgen Santísima! ¡Quién diera á Tirabeque ser diputado! la *gloria* nada ménos. Señor... caramba, si lo sé yo antes...—Pero es la gloria mundana, bobo.—Ah, yo pensé que era la gloria del cielo: la mundana, buen provecho les haga.—Lo que me choca es que digas: *si yo lo sé antes...* ¡mentecato! ¿Quién te habia de haber dado á tí un voto?—Más de cuatro; mire Vd.; esta misma mañana estando en la sala de elecciones, se llegó á mí un paisano, y me dijo: «Quiere Vd. Que le dé el voto, señor (Mire Vd. si sería bien brute cuando á mí me llamó señor?) Si me dá Vd. para un cuartillo, le voto.» Yo le eché mal pareciendo, y le dije: «Paisano, Tirabeque es más caballero que lo que Vd. piensa: vaya Vd. mucho con Dios.» Pero él me replicó: «Señor, por eso no se enfade, que allá en el lugar estuvo otro señor en busca de votos, y convidó á los vecinos á cuartillo por cabeza: yo no estaba en el lugar entonces, y cuando me lo contaron, díjeles á los otros: «Ah, no vos dé cudiao, que al primero que tropiece, si me dá pa un cuartillo, doile el voto. Lo más, perdoné si le ofendí.»—Hombre, no seas embustero. —Señor, que muerto me caiga si no me pasó así conforme se lo cuento á Vd.—Vaya, si estamos más ilustrados de lo que yo mismo creia. Esta ley electoral es todavía poco popular, poco directa: debia votar todo el mundo sin escepcion ninguna: si subimos ya mucho; y si no que lo diga el del cuartillo.

Lo que me parece, Tirabeque, es que segun se va viendo el resultado de las elecciones en general, va saliendo gente de todos los partidos y colores.—Sí

señor; la pepitoria que Vd. ha pronosticado siempre. —No es lo peor eso, sino que quedan diputados y senadores los corifeos (los jefes, para que me entiendas) de los más opuestos é irreconciliables partidos; de modo que no sé en qué pararán estas Córtes. Dime tú, ¿en qué te parece á tí que pararán?—De eso yo no sé: ¿en qué le parece á Vd. que pararán, señor? —Pero tú dí con franqueza; á tu parecer, en qué pararán?—Señor, mejor lo discurrirá Vd. que yo: vamos, ¿en qué pararán?—¿En qué pararán, Tirabeque? —¿En qué pararán, mi amo Fr. Gerundio?

Y así nos quedamos amo y lego sin saber en qué pararán.

SOBRE LO PRIMERO QUE SALGA.

Vamos, vamos, Tirabeque, un rato hácia la feria, que tengo la cabeza como un bombo, y me vendrá bien esplayarme un poquito.—Señor, si no habrá féria.—¿Pues no la ha de haber, hombre, si la he visto yo ya de lejos?—Le parecerá á Vd. que la habrá y no la habrá, que ahora sucede mucho de eso: lo demás no puede haberla.—Pero ¿por qué?—Porque aunque parece que no hay una cosa, la hay.—¿Y qué es? vamos.—Señor, el estado de sitio, que todavia dura, y no puede haber reuniones.—Es verdad; pero ya ves que estamos como si no le hubiese. Y así estaremos hasta que al señor capitan general ó al señor ministro de la Guerra se le antoje resolver la propuesta de

levantarle, que hace más de un mes le ha hecho el comandante general de la provincia; porque á estos les sucede lo que á los alcaldes pedáneos, que prenden y no sueltan; pueden declararnos en estado de sitio, pero despues ya no pueden ellos deshacer lo que hicieron sin recurrir á la superioridad. La razon de esto no la alcanzarás tú, ni yo tampoco; lo que alcanzo, es que su resultado es desvirtuar las providencias más sérias y hacerlas para algunos hasta contemptibles.—¿Qué quiere decir contentibles, señor? —Que te dejes de preguntas, y vayamos saliendo: que tambien necesito buscar materia para alguna capillada.—¿Y sobre qué piensa Vd: gerundiar, señor? —*Sobre lo primero que salga.*—Los primeros que salimos somos nosotros, que ya estamos á la puerta de la calle.—Hombre, yo no soy ningun Jepté, ni ningun Idomeneo para cumplir con tanta materialidad los propósitos: quiero decir, sobre lo primero que se presente á la vista.—Pues entonces gerundie usted sobre la porqueria de estas calles, que bien lo merecen.—Inmundicia, Tirabeque; has de ser más pulcro. En verdad que esto de policía urbana en Leon está bien abandonado.—Policía nacional, mi amo; ha de ser Vd. más pulcrio.—¿Cómo nacional? ¿Has visto tú policía nacional? En la nacion no hay policía; no hay más que proteccion y seguridad pública. Por cierto que hay una comision encargada de formar un reglamento de policía no hace poco tiempo, y ni noticia tenemos de sus trabajos. Pero hasta ahora no hay policía nacional: ojalá la hubiera, que buena falta hace.—Señor, no se enfade, que yo lo dije, porque

como á la Milicia Urbana la llamaron despues Nacional, y ahora todo es Nacional, creo que á la policía urbana era más pulcrio llamarla Nacional tambien.

¿Y ahora cómo marchamos, señor? ¿Seguimos en línea recta, ó escribimos un angulo obtuso, ó quiere usted que formemos un arco de tres cuerdas con una parilela, ó una dragonal enfrente de esa calle que está ahí en el centro de aquella curva?

—¿De cuando acá, Tirabeque? ¿Dónde has pescado tú esos términos que acabas de ensartar tan inicuamente?—Señor, como Vd. tardaba tanto en venir á comer hoy (que yo no sé qué arreglo tienen Vds. allá para sus negocios; eso era lo bueno que habia en el convento, que todo se hacia á sus horas al toque de campana, y así habia tiempo para todo) pues como digo, viendo que Vd. tardaba tanto, me puse á leer en aquel libro que Vd. tiene sobre la mesa todo lleno por dentro de rayas y de números, y de figuras muy raras; que segun leí en la primer hoja que está debajo del forro, le pudieron escribir algunas señoras que llaman las matemáticas, que acaso serian todas hermanas, ó de la familia. Gustóme la doctrina de aquel libro, y aprendí de memoria eso que Vd. me oyó; y dije para entre mí; déjate que yo he oido decir á mi amo, que muchos para figurar que saben algo leen un libro en casa, y aquello que han leido en caliente lo encajan en la primer conversacion que tengan, venga ó no venga al caso; y así lo hice yo ahora: como que Vd. se quedaria pasmado de verme explicarme así.—Tanto que me admiro de que hayas po-

dido concertar tan desconcertados términos. Y créete, Tirabeque, que lo mismo *plus minusve* les suele suceder á los que tratan de lucirse con una erudicion á la violeta, con cuatro terminillos que prendieron con alfileres, y rabian por desembucharlos á la primera de cambio aunque peguen lo mismo que castañuelas en entierro.

Señor, ahora quite Vd. el sombrero, que pasamos frente del Cristo de la Victoria.—Esa es otra, Tirabeque. ¿Qué te parece de tener las sagradas imágenes en la calle, en una especie de portal, con la puerta abierta, siendo testigos de mil irreverencias, dicharachos y hasta obscenidades? ¡Cuánto habrá visto y oido este Cristo, hermano Pelegrin! En la calle más pública, aquí al lado de esta taberna, las fruteras sentadas á la puerta misma; mira en este momento un soldado echándola las flores que ellos acostumbran; ¡y el Cristo viendolo, Tirabeque! ¿No estaria mejor esta efigie en un templo, y no le seria más acepto aquel culto, que este culto de calle?—¿Qué quiere Vd. señor? Estamos tan ilustrados, que si se trasladase esta efigie á un templo, y se la colocase con el decoro que la corresponde, habian de decir las hermanas legas de Leon que iba la religion por tierra. La religion de calle tiene mucho partido todavía en España, señor.—Ya lo conozco, Tirabeque.

Hombre, nos hemos metido insensiblemente entre las caballerías.—Pues ande Vd. con cuidado, señor, porque el ganado mular es como los amigos, que la mayor parte salen falsos, y dan una coz cuando uno más descuidado está.—En algunas cosas no pareces

Lego, hombre. Vamos á ver el reconocimiento de un caballo que están haciendo allí.—Señor, cuando menos será alguna maula, llena de alifafes, y el mariscal le dará por sano y correcho.—¿Tambien hay de eso?—Húúúú, estoy por apostar á que hay aquí caballos que en la requisa les libró un mariscal por llenos de aristines y sobre-huesos, y ahora certifica de sanidad; y entonces no valian una onza, y ahora les hace valer tres. Pues todo lo hace con un mismo unto, señor.—Calla, calla! que eres más supicaz.....!—No hay supiscacia que valga, señor, ¿Vd. no sabe bien lo que pasa en las quintas, y eso que aquello es más delicado?—No murmures, Tirabeque.—Señor, si sale así la materia.—Pues vámonos de aquí, que yo estoy con miedo.

Ahí viene un comerciante, ó tendero, pregúntale si trae anteojos, que tengo que tomarme unos.—Oiga Vd. hermano, ¿trae Vd. anteojos para frailes?—*¿Eh, commet dites vous? ¿Lanettes pour de moines?*—Toma, y parece aleman el hombre. Anteojos de fraile, de fraile; no tratamos aquí ahora de monos; anteojos gerundianos.—*¿Gerundiens dites-vous?*—Unos anteojos para mi amo Fr. Gerundio, hombre.—*Oh! vous etes Tirabeque! oh monsieur Tirabeque! le bizarre Tirabeque!*—Bizarro ó no bizarro, con usted todavia me atrevo. Y Vd. ¿de qué me conoce á mí? pregunto yo.—*Ah! que vous etes tres conu.....*—No hay *tres con uno* que valga; que yo no soy más que un hombre, y Vd. otro.—*Vous ne me comprenes point.*—Sí lo compro, si señor, pero no á Vd.—*Toujors les memes bizarreries.*—No se dice bizarrerias,

sino bizarrías. No acaban estos alemanes ó lo que son de entrar en el español: ¿Vd. es aleman, ó inglés?—*Par Dieu! Mr. Tirabeque! je suis francais.*—Parecia que el acento era aleman, ó así de hácia tierra de Toro.—*¿Eh comment ne corriges vous pas, monsieur le Fr. Gerundie, les extravagances de votre Tirabeque?*—¿Qué quiere Vd.? Las estravagancias son las que divierten á muchos. Conque veamos qué clases de anteojos tiene Vd.—Señor, á Vd. no le sucederá lo que al otro, que fué á comprar unos anteojos, y despues de haber hecho revolver al comerciante todos los paquetes, diciendo que con ninguno leia, le preguntó el comerciante: «¿pero Vd. sabe leer? y contestó el otro: pues si yo supiera léer, escusaba de andar buscando anteojos.

CORTADURAS DEL OTRO JUEVES.

No de otra manera que el picaruelo de Cervantes cortó la primera parte de su famosa quijotesca historia, tronchando de medio á medio la horrorosa aventura del valeroso Vizcaino y del impertérrito Manchego, dejándoles con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se hendirian de arriba abajo y abririan como una granada; y en aquel punto tan dudoso é intrincado paró y quedó destroncada tan sustanciosa historia, del mismo modo y manera, yo, Fr. Gerundio de Campazas y otras

yerbas, dejé cortado en mi capillada del otro jueves el sabroso diálogo que estaba pasando entre Tirabeque y el comerciante francés, que como no he dicho en qué paró, nadie lo sabe; ni es cosa tampoco que de decirla ó no decirla penda la salud de la patria. A todo esto, ¿á que nadie se ha penetrado todavía de la moralidad que encerraba aquel diálogo? Pero no es cosa que Vds. deban fatigarse mucho en buscarla, señores, porque, la verdad sea dicha, no tenia ninguna. ¿Quieren Vds. más franqueza?

Y ahora, ¿qué haces, Fr. Gerundio? ¿Anudas el diálogo del otro jueves, ó le dejas así cortado?—Lo mismo me dá. El objeto es formar aquí en un santiamén un artículo sobre la *cortadura del otro jueves*, y tan fácil me es compaginarle de un modo como de otro. Señores, esto lo digo para hacer á Vds. ver que sobre cualquier cosa compongo yo un artículo; en lo cual, como Vds. mismos conocerán, y yo tambien, no deja de ir envuelta cierta idea de vanidad ó amor propio, que antes que Vds. critico yo en mí mismo, sin poder con todo eso desprenderme de él: ¿pues no es miseria la nuestra? Esto sí que tiene alguna moralidad. Más voy á decir á Vds. todavía: ¿querrán ustedes creer que esta misma confesion ingénua que estoy haciendo de mi flaqueza, me infla tambien su miejilla y como que me envanezco de ser más franco y naturalote que nadie? Maldito sea el pecado original, que tan miserables, flacos y pequeños nos dejó; mas líbranos de mal, amén Jesús.

Materia me daba bastante, si quisiera, el hecho mismo de recordar aquí cosas *del otro jueves*. Pero

me retrae el temor de que al momento se la aplicarian á sí mismos más de cuatro señores diputados, sospechando que lo decia por la inoportunidad con que á veces, para demostrar la utilidad de una medida que se trate de adoptar en España, nos cuentan la historia del Indostan ó el orígen de los Incas del Perú. Y por cierto que no es mi ánimo hacer semejantes aplicaciones. Por cuya razon estoy en el caso de dar otro giro al artículo.

Con no continuar el diálogo del otro jueves me ocurre ahora que doy un ejemplo de educacion moral á los padres de familia, y una leccion de política á los Príncipes y legisladores, al propio tiempo que enseño á Tirabeque á reprimir y contener sus antojos; ahora mismo me está diciendo: Señor, añude Vd. el diáguilo que tuvimos el francés aquel, y, con perdon de Vd., mi persona; y eso que no fué diáguilo aquello, que no fué más que una conversacion.—Mira, Tirabeque, le respondo; si ahora te doy gusto en eso, mañana pretendes otra cosa, y llegará un dia en que quieras tú darme la ley. Conque te advierto para cuando seas padre de familias...—Señor, ya no me dá cuidado que no añude Vd. el diáligo; añude Vd. por ahí, señor.—Digo que te prevengo, por si fueses mañana un padre de familias...—Mañana, señor, es demasiado pronto, y no me coge prevenido.—Hombre, quien dice mañana dice otro dia cualquiera: es una frase vulgar para denotar un tiempo indefinido.—¿Cuánto tiempo me dá Vd., señor?—No se trata ahora de señalarte tiempo, hombre; lo que digo es, que si, lo que Dios no quiera...—Señor, en que quiera

Dios ó no quiera no se pare Vd. Añude, añude luego eso del padre de familias.—Nada: que cuidarás siempre de no satisfacer los antojos de tus hijos, porque no hay una cosa que más disgustos acarrée á los padres y más influya en la perdicion de los hijos mismos. Los antojos y caprichos de los niños, Tirabeque, nunca se ven satisfechos; si se les complace en uno, les nace en el acto otro; es una especie de hidropesía, que si se fomenta con la imprudencia ó la debilidad, ocasiona la corrupcion moral y la perdicion de un jóven.—Deje Vd., señor, que á los mios nunca les habia de dar lo que me pidieran: si me pedian una alalmendra, habia de darles un caramelo; si se les antojaba una manzana, les habia de dar una pera de dulce.—Guapo!!—No; es que alguna vez, si me cogian de mal humor, tambien puede que les estrellara, y con la pazguatona de la madre, si se descuidaba, haria lo mismo.—Vaya, ya empiezas á desatinar.

Pues ahora voy á decirte, que si por imposible...—Señor, eso de imposible lo veriamos.—No es eso, hombre; déjame explicar. Si por imposible tú te hallases al frente de una nacion, yo te aconsejaria lo mismo respecto al pueblo. Porque el pueblo, hermano Pelegrin, es como los niños: nunca se sácia, siempre quiere más; si se les satisfacen sus primeros antojos, pleito perdido: contínuamente está pidiendo, y llega el caso que, si no se lo dan, lo toma por sí mismo. ¡Dios te libre de un pueblo mimado! Mira; todas las revoluciones romanas nacieron de haber complacido al pueblo en sus primeras pretensiones. —Pero, señor, ¿Vd. no me ha dicho otras veces que

todo debe hacerse para el pueblo, y que todo debe dirigirse al pueblo? Pues si el pueblo necesita una cosa, y no se la dan, tendrá que pedirla; y si se la niegan, deberá tomarla por su misma mano.—En eso está la ciencia del gobierno, Tirabeque, en prevenir las peticiones del pueblo, en conocer sus necesidades y anticiparse á remediarlas. Porque el mal no está en que el pueblo pida, ni en complacerle si pide con justicia, sino en la mala maña que le queda. Por ejemplo, hombre, si cuando el pueblo iba manifestando que no le satisfacia el Estatuto, le hubieran dado una Constitucion así como la del año 37, ó cosa semejante, escusábamos de haberle visto clamar por la del 12, de una manera que no puede menos de traer desgracias y consecuencias fatales; porque las revoluciones populares, Tirabeque, son como los partos, que á veces son muy felices, pero la dificultad está en las resultas. Y así, repito, no consiste en dar ni en negar, sino en dar á su tiempo lo que conviene para no verse despues en la precisa alternativa, ó de negar lo que se pide con razon, pero por medios parecidos al de aquel que pedia limosna á Gil Blas apuntándole con la carabina, ó de satisfacer antojos, lo cual suele traer tras de sí más colas que un pulpo.—¿Sabe Vd., señor, que es comida que no me desagrada á mí, como esté bien compuesta?—¡Vaya una salida!—Pues ¿á que no sabe Vd. á quién se parece el pulpo?—Déjame, que no estoy ahora para ocuparme de bagatelas.—No es tan bagatela como Vd. piensa; pues, señor, los pulpos se parecen á los carlistas, que no siendo á fuerza de golpes no ablandan, y aun así con todo son

indigestos. Oiga Vd., señor; y el pueblo tambien me parece á mí un poco apulpado; tambien necesita sus zurribandas si se quiere que tenga cierta flisibilimidad para sacar algo de él; y quede Vd. con Dios, señor, que voy á espumar el puchero.

UNA COSILLINA.

Tirabeque, ¿qué cosillina cosillina es, que en unos se puede raer con navaja, y en otros se puede descoser, y en otros se marcha por la boca, y en otros está en las excrescencias de las manos, y á otros les cuelga de los hombros, y todo el mundo dice que lo tiene, y son contados los que lo tienen donde corresponde, y á cualquier cosa que tengan lo llaman esa cosillina, aunque no se parezca nada á lo que tienen?—Señor, muchas honduras son esas para un Lego de mis talentos; y á mí me dá poco el naipe para disolver esos que llaman porblemas ó charradas, y se me compone mucho mejor comer á mi hora. Pero, en fin, nadie sabe lo que es hasta que se pone á ello. Con que dice Vd. que lo tiene quien lo tiene, y que el que lo tiene, lo tiene, y que todos lo quieren tener, y casi ninguno lo tiene; y que unos lo tienen salva la parte, otros pongo por caso aquí en esto, otros en este mismo sitio, y que á unos se les puede cortar con navaja y á otros con tijera, que á unos se les va por la boca... diga Vd., señor, ¿á mí se me va por alguna parte?—Te se van chorros de desatinos por la boca,

eso es lo que puedo decirte; si te se va más, no lo sé. —Pues, señor, á otros les cuelga de los hombros... ¿si me colgará á mí de alguna parte? Pocos lo tienen donde les corresponde... Señor, ¿lo tengo yo?—No tienes mucho; pero algo más que otros que se precian de tenerlo y lo cacarean á todas horas, podrá ser que tengas.—Cacarear... cacarear... ¿es cosa de gallinas, señor?—Algo se asemejan algunos á las gallinas, pues se les va eso que dicen que tienen por el pico, y cuando llega el caso se esconden y acurrucan en el neal ó ponedero.—Deje Vd., que ya me parece que voy cayendo.—Mira no te hagas daño.—Quiero decir que ya me parece que caigo sobre la *cosillina*. ¿Es el valor?—Vamos, otro empujoncillo más, Tirabeque: circaliando, circaliandas.—Ah, ah, ya caí...—¿Te has lastimado?—No, señor, no; pero ya caí: ¿á que es lo que llaman *patriotismo*?—Vengan esos que fueron tantos como los mandamientos, y ahora son uno más; has puesto una pica en Flandes, Tirabeque, y si aciertas á hacer la aplicacion, digo que eres el prototipo de los legos.—Señor, acertada una vez la cosillina, la aplicacion se hace *calamo corriente*. Algunos creen que el patriotismo consiste en dejarse un bigote ó una pera, y á estos se les puede afeitar el patriotismo con navaja. Otros le hacen consistir en vestir una casaca. Y á estos, cuando menos se piensa, se les descose el patriotismo. Otros le colocan en vocear, atronando por donde quiera que van, y á estos se les suele ir el patriotismo por la boca; los que dice Vd. que le traen colgando de los hombros, serán los militares, que por hacer de una charretera dos, ó de dos char-

reteras dos galones, están haciendo porque dure la guerra, y con ese patriotismo á la patria la va llevando Barrabás: eso que Vd. llama las crescencias de las manos serán las uñas, porque es un alabar á Dios el patriotismo de uñas que hay, señor; es que hay más de lo que Vd. creerá; y dice Vd. bien, que unos le tienen aquí, y otros allá, y muy pocos le tienen donde corresponde, que es en el corazon, en el desinterés, en la pureza y en el exacto cumplimiento de las leyes: ¿no es verdad, señor?—Vaya, si digo yo que eres un Lego de oro; eres un rubí, un amaranto, un topacio, un carbunclo, un diamante vestido de estameña; eres un potosí de ciencia con hábitos, un volcan de sabiduría con capilla, un monjibelo con velo de monje ó de fraile, ó de cualquier cosa, ¿qué sé yo? eres un dromedario científico universal.—Jesús, señor, y qué Gerundio tan legítimo está Vd. hoy. Y dígame Vd., y perdone: ¿el patriotismo de Vd. dónde está? Como no sea que esté en la pluma... no, pues yo no fio ya de nadie; si á Vd. le dieran un destino que le valiera dos mil pesos...—Calla esa boca, Lego impertinente; ¿á qué viene ahora tocar esas teclas? Si eres la escoria de los legos; figúrate tú que la salud de la patria exigiese de mí el sacrificio de cargar con un destino de dos mil pesos; qué, ¿seria yo hombre de patriotismo si no le aceptara?—Por supuesto, señor. ¡Ay mi amo, mi amo! La cosillina es el demonio.

FRAY GERUNDIO Y UNA TAPADA.

«Á dicha debieras tener el que yo te saludara; es bien seguro que tu amo no te manda detener á ninguna señora.—Pues no se canse Vd., que mientras no se descubra ó diga quién es, no paso recado á mi amo. Vamos, señora, que no perderá Vd. nada por descubrirse á mí; vamos, que no la hago daño; vamos, vamos, ande, descúbrase, que no la ha de pesar, á fé de lego; mire que se lo digo yo.

¿Qué es eso, Tirabeque? ¿Qué conversacion es esa? —Allá voy, señor. Estaba entendiéndome con una señora, que quiere entrar á hablar con Vd.—¿Y por qué la detienes, groserote? ¿Qué dirá una señora, que viene á favorecer á Fr. Gerundio, y de buenas á primeras se encuentra embarazada por su lego?—Poco á poco, señor; que yo, bendito sea Dios, nada he tenido que ver con ella todavía.—Malditas sean tus entendederas, hombre; embarazada quiere decir detenida.—Eso es otra cosa; pero señor, si viene tan tapada que parece una igriega ó una turca. ¿Pues no me ha dicho Vd. que las señoras turcas y las igriegas andan siempre tapadas con grandes velos...?—Te diria griegas, y no igriegas; en una igriega era en donde debias tú estar. Anda, dila que entre; muévete.—Señor, mire Vd. que están malos los tiempos para tratar con mujeres desconocidas; despues si le sucede á Vd. algo...—¡Pues no es replicon....! mira si te mueves.—No; pues yo no le dejo á Vd. solo por si acaso.

Señora, entre Vd.; venga Vd. conmigo. Ahí tiene Vd. á mi amo.—R. P. Fr. Gerundio...—Señora, beso á Vd. los piés (*Tirabeque por lo bajo*). ¡Ay mi amo, mi amo! ¡mire no le pierda tanta finura...! Señor, no se los bese hasta ver si los trae limpios.—Hágame usted el gusto de tomar asiento.

LA TAPADA.

—Vuestro ofrecimiento
acepto un momento:
mas muy poco asiento
yo suelo gastar.

—Señora, ¿ya se levanta Vd.?

—Si no me levanto,
padezco un quebranto,
pues mi solo encanto,
mi gusto, es andar.

—Señora, Vd. puede obrar aquí con entera libertad; si la está á Vd. mejor pasear, puede Vd. hacerlo: Vd. no se violente.

Tirabeque por lo bajo. Señor esta mujer ó tiene azogue, ó está loca; pregúntela algo á ver si dice quien es.

Fr. Gerundio.—Pero señora, ¿es posible que no ha de tener Vd *la dignacion* de decirme quién sea?

La tapada.—No me es posible revelar mi nombre hasta despues de marchar. Vos mismo, reverendo Padre, no podreis conocerme, por más que lo intenteis, hasta que me haya ausentado. Aunque no pertenezco á clase y categoría determinada en la sociedad,

valgo tanto, que me falta poco para ser omnipotente. —Señora, siento que una persona de tanto valer me haya cogido en esta disposicion tan poco correspondiente á una visita de esta clase; me permitirá usted al menos ponerme la peluca.

—De gastar tal ceremonia
su reverencia está salva,
porque tambien yo soy calva,
y nunca peluca usé.

Tirabeque por lo bajo.—Señor, me parece que puede estar un buen petardo la tia Calasparra ésta: vele ahi porque no se destapa; échela de aquí cuanto antes; ya será un valiente vejestorio; pero por otro lado esa viveza quey, ese bullir sin cesar, más parece de moza respongona y de mucho pelo que de vieja regañona y calva.

Fr. Ger.—Segun eso, señora, ya será Vd. de alguna edad.

—Soy muy vieja y soy muy niña,
y soy de mediana edad,
nadie de asirme es capaz,
porque siempre calva fuí.

Tirabeque por lo bajo.—Señor, no sea la muerte...! estoy por echar á correr... *Fr. Ger.*—Señora, ¿y tanto es el valimiento y poder que Vd. ejerce en el mundo, que casi raya en la omnipotencia? *La tapada.* —Baste decir á su Paternidad que puedo más que el estudio, más que el saber, más que el trabajo,

más que el favor, más que la virtud, más que el mérito; en una palabra, más que el dinero.

—Yo hago Reyes, Condes, Duques,
yo hago los grandes caudales;
yo hago Obispos, Generales,
yo hago Ministros tambien.
Y los Reyes, Duques, Condes
derribo si me acomoda;
la sociedad vuelvo toda,
si se me antoja, al revés.
Y si quiero haré Ministro
á un miserable portero,
y doy al más majadero
una borla de Doctor.

Tirabeque por lo bajo.—Es bruja; señor, así Dios me dé la gloria; ó si no es bruja, es la Intriguilla aquella del otro dia; por si acaso es bruja, hágase la señal de la Cruz, no sea tonto.

—Por mí las fajas y mitras.
togas y varas se dan,
y yo pude hacer guardian
á este Lego montilon.

Tirabeque en voz alta.—Señora, ¡y aguarda usted á decirlo ahora que no hay frailes...! ¡Ah desgraciado Tirabeque! Señora, si acaso es la Reina soberana de los cielos la que tengo delante, aquí postrado de rodillas teneis á un miserable Lego pecador arrepen-

tido, suplicándoos por las llagas de vuestro Divino Hijo, que ya que no puedo ser Guardian por no haber ahora frailes, os digneis hacerme administrador de decimales, que es destino que aunque no durará más que este año, no necesito más para pasarlo decentemente una docena de ellos. ¡Ah! ¡por qué no os buscaria yo antes.....!

—«No me encuentra quien me busca;
yo á quien quiero me aparezco;
por capricho favorezco;
me complazco en sorprender.

Tirabeque por lo bajo.—Señor, yo me vuelvo loco con estos misterios; pues si no es la Vírgen Santísima, es una coqueta de dos mil diablos. Y lo es, señor; ¿Vd. no vé que no para un momento? Tan pronto éstá de cara como se vuelve de espaldas. O por mejor decir, no se conoce dónde tiene la cara. ¿Si tendrá mágica, señor?

—Yo á los Legos é ignorantes
los coloco en alta esfera,
y por ciencia verdadera,
la ignorancia hago valer.

Tirabeque en voz alta.—Pues á mí no me ha subido Vd. mucho que digamos. A lo menos cuando estaba en el convento subia algunas veces al campanario; pero ahora ni aun eso. *La tapada.*—¡Ay Tirabeque! Compárate con otros Legos de tu hábito, y

reflexiona si debes quejarte de mí. Tú tienes que comer al arrimo de tu amo Fr. Gerundio, y gozas de fama y celebridad; ¿quiéres más? *Tirabeque.*—En cuanto á tener que comer, pase; la fama y la celebridad poco me daria, si me apurára el hambre, por vendérsela á Vd. por un plato de lentejas, como otro Esaú (chúpate ese golpe de historia, y luego dí que soy Lego).

Fr. Gerundio.—Y bien señora; ¿no he de merecer que Vd. me diga con qué objeto ha venido usted á honrar mi humilde celda?

La tapada.—Con el de que podais en vista de este ejemplo práctico decir con toda seguridad á los hombres, QUE NO SE FIEN DE MÍ, *porque cuando menos se piensa, termino mi visita y vuelvo la espalda.....*

Tirabeque.—¿Se fué ya esa señora, mi amo?—Ya lo ves.—¿Cuándo, si no he hecho más que volver la vista aquí á la alcoba?—En un abrir y cerrar de ojos ha desaparecido. ¡Ay Tirabeque! Ahora conozco quién era; era LA FORTUNA... la Fortuna...—¡Señor! ¿usted qué dice? ¿LA FORTUNA? Yo me arranco todos los pelos de rabia; bobo de mí, que pude haber cerrado la puerta con llave, y no haberla dejado salir hasta que me quedara hecho siquiera siquiera Director general de Rentas!—Bien decia ella, Tirabeque, que no se la conoce hasta que se marcha; lo mismo, lo mismo que sucede con la salud, que no se sabe lo que vale hasta que se pierde.—Y bien decia ella, mi amo, que tenia muchos Legos colocados en altos puestos.—Y bien decia ella, Tirabeque, que ni el mérito ni el saber eran generalmente premiados, sino las hechuras de

sus caprichos.—Y bien decia ella, mi amo, que de mí pudo haber hecho un Guardian, si hubiera querido.—Y bien decia ella, Tirabeque, que habia adornado muchas cabezas redondas con borlas de Doctor. —Y bien decia ella, mi amo, que daba muchas varas y muchas fajas, y muchos entorchados.—Y bien decia ella, Tirabeque, que era calva como la ocasion.— Y bien decia ella, mi amo, que el que la busca es el que menos la encuentra, y el que la merece, á quien más se niega y desaira.—Y bien decia ella, Tirabeque, que se le resistia fijarse en ningun asiento, y que vivia con la volubilidad.—Y bien decia yo, señor, que donde parecia que tenia la cara tenia el..... digo las espaldas.—Y bien digo yo, Tirabeque, que esa lengua te se va con mucha facilidad.—Señor, lo peor es que ahora se iba á mala parte. Y diga Vd. mi amo, ¿no volverá esa señora á visitarnos?—*Anceps sum: nescio.*—Señor, ¿porque pergunte, soy *necio*? Vaya, pues callo. ¡Ah pícara fortuna! Si tú me soplaras, no me llamarian necio!!

EL INFIERNO.

Ea: ya tenemos á Fr. Gerundio metido en el Infierno de golpe y porrazo; tan de golpe y porrazo, que ni siquiera le dió tiempo para poner un cánon, ó un texto, ó cosa equivalente. Sin embargo, ni me he muerto todavía, ni estoy en el centro de la tierra, que es donde le colocan las leyendas. Tampoco estoy en

ninguna casa de poco pan y muchos hijos, ni entre un matrimonio mal avenido, ni entre suegras ó madrastras; cada punto de los cuales suele decirse que es un infierno en vida. Yo, Fr. Gerundio, sin suegra, mujer, hijos ni madrastra, verdadero *solipso* por parentesco de afinidad, vengo de ver el Infierno por tener el gusto de dar una capillada infernal. Para verle apenas he necesitado salir del convento, porque casi le veo desde la ventana de la celda; pero, en fin, he tenido que moverme; y para no malgastar el tiempo, he querido hacer de una via dos mandados, ver el Infierno y oir misa (porque yo soy tan cristiano como constitucional, tan constitucional, sin mezcla de sectas falsas, como cristiano viejo sin mezcla de judío, prescindiendo ahora de la famosa cuestion del rabo). Oí misa, pues, y me quedé un rato á contemplar el Infierno de la catedral, porque en la catedral es donde se halla el infierno que yo digo.

No crean ya los lectores suspicaces que hablo por el cabildo; por ahora no trato yo de ventilar si los cabildos han pasado del cielo al purgatorio, ó de la gloria al limbo, ó si esperan ó no algun advenimiento. Hablo de otro infierno que está sobre una de las puertas de la catedral que miran al Mediodía, en un arco gótico: es de piedra, y constituye una de las curiosidades que deben llamar la atencion de nacionales y extranjeros.

En primer lugar se observa que en aquel infierno todos los diablos son gordos y todos los condenados flacos: por lo visto, lo mismo sucede allí que por acá en la tierra, en las aguas y en la atmósfera. Las ba-

llenas se tragan las sardinas; los milanos cazan y se tragan los ruiseñores y jilgueros; aquellos son los demonios de las aguas, y estos los potentados de los aires. Se ve una porcion de cuerpos humanos á medio engullir: ¡qué gente tan tragona debe ser los tales diablos! Así están ellos de gordos. A unos les han empezado á tragar por la cabeza, y á otros por los piés; sin duda por donde primero les han podido agarrar; pero, de todos modos, el escultor ha hecho un cuadro cochino, porque á todos les ha dejado el trasero fuera de la boca. Y á la verdad que ninguno debe pasar hambre, porque ví que sobraba alimento, al menos para los que estaban presentes. El artista podia ser tambien un poco gastrónomo: cortado para fondista.

Hay otros demonios, que ó bien porque tengan la comida hecha, ó bien porque les guste más la vianda cocida que cruda, se ocupan en echar cuerpos en calderas hirviendo, que supongo serán las que llaman de Pedro Botero. No he podido reconocer á este personaje por más que he hecho; acaso estaria en alguna oficina interior estañando alguna caldera que con el calor se habria destañado. Hay Polifemo de aquellos que descargan tres ó cuatro cuerpos á un tiempo en aquellos soberbios calderones. Está figurado el hervor de estos y la llama del fuego que tienen debajo; pero no he podido menos de extrañar el ver algunos sapazos asomando el hocico al borde de las calderas: precisamente serán incombustibles, porque si no se escaldarian y retirarian, si no con viveza, á lo menos á su paso. Otra de las cosas que me ha llamado la

atencion en este infierno, es un diablejo que está soplando el fuego con un fuelle; tiene una montera en la cabeza, única ropa que allí se vé; cómo no se le quema, yo no lo entiendo: será por ser de piedra; pero ¿qué diablos de necesidad tenia el artífice de llevar allí aquella montera? ¿O con qué objeto la colocó en la cabeza del diablo atizador? Precisamente el tal diablo tenia algun lobanillo que ocultar, ó cosa así: por quitar el frio, dado caso que fuese calvo, no creo yo que la trajese, porque debia sobrar calor. El caso es que la hizo de tan extraña constructura, que no he podido descifrar si aquel demonio fué algun manchego ó natural de las montañas de Leon; porque era bueno saber si era algun paisano ó amigo el encargado de atizar en aquellos sitios, pues como suelen decir, amigos, aunque sea en el infierno; y en fin, siempre habia de tener alguna consideracion al paisanaje, á pesar de que los paisanos suelen ser peores: á lo menos con algunos de esta provincia se está esperimentando eso. A algunos diablos les faltan las cabezas: quiere decir que hay por acá diablos peores que los mismos diablos, muchachos de la piel del demonio, que no dejan cabeza á vida.

Cuando estaba yo contemplando esto desde el atrio de la catedral, no podia menos de sonreirme, y los que pasaban no podrian creer que tenia la cabeza llena de ideas infernales. Lo más particular es que cerca del infierno, en el mismo arco, han figurado la gloría: tan cerca, que casi se confunden; como que hay allí uno tocando una especie de clave ú organillo que no se sabe á qué departamento pertenece. De to-

dos modos, la música deben estarla oyendo los condenados. Si la han puesto allí tan inmediata con ese objeto, desde luego digo que es atormentar á lo portugués, que cuando están sacrificando á uno á palos hacen á las músicas tocar animadas marchas y alegres rigodones; si los portugueses han tomado esta parte de táctica del infierno, ó en el infierno han querido adoptar la escuela de los portugueses, es punto que yo, Fr. Gerundio, no he podido apear. En el infierno no se ve más ángel que San Miguel pesando cuerpos en vez de almas en una balanza; por cierto que no sé qué bien le pinte á uno de los dos cuerpos, que ha hecho bajar el platillo casi hasta las mismas calderas. En la gloria se ven, sí, muchos ángeles; pero aun hay más frailes que ángeles: todos con sus hábitos para que se les conozca; supongo que tampoco les harán allí mucha falta, pero el escultor no lloró la tela, y nos trajo allí un capítulo entero.

Cerca del arco, arrimadito á la puerta de la gloria, está un San Pedro voluminoso y de cuerpo entero con las llaves en la mano; sin embargo, no abre él nunca la puerta: son los canónigos los que la abren, solo en los dias solemnes, siendo lo particular que, consistiendo la puerta en dos hojas, una correspondiente al infierno y otra á la gloria, los canónigos las abren á un tiempo, entran y salen indistintamente por una y por otra sin reparar.

¡Válgame Dios! dije por último, reflexionando sériamente; así se pone en ridículo la idea sublime, imponente y religiosa de los lugares destinados al castigo de los delitos ó al premio de la virtud; así extra-

vía la opinion de la multitud, que no sabe juzgar sino por los sentidos: ve sapos de piedra, y cree que hay sapos en el infierno; ve fuelles, y cree que hay fuelles; ve monteras, y cree que hay monteras; ve diablos engullendo cuerpos, y cree que los cuerpos son pasto de los diablos; ve pianos en el cielo, y cree que allí se tocarán rigodones, marchas ó retretas; ve hábitos de frailes, y cree que los hábitos llevan derechamente á la gloria. ¿Por qué no se han de imprimir otras ideas más nobles, más grandes, más sublimes, más verdaderas, más conformes al espíritu del Evangelio y de la doctrina de todos los libros sagrados en los entendimientos y corazones de los hombres?

De estos cuadros se valen los enemigos de la religion católica para desacreditarla, haciendo de los abusos armas para combatir su santidad. y esto es lo que quisiera evitar Fr. Gerundio al hacer la crítica de los mismos cuadros.

LA FILOSOFÍA DE UN BUEY EN VENTA.

Parece que te has quedado taciturno de veras, Tirabeque; como que te noto algo triste y caliginoso, y así como si en el cacúmen de la médula cerebral que encierra tu duro cráneo se hubiese fijado la nubécula de alguna meditacion de tétrico influjo, exhalando densos vapores de negra melancolía.—¿Y lo extraña usted, señor? Le he estado diciendo á Vd. todos estos dias: señor, no sea Vd. tonto, vamos á comprar una

cecina, que las hay arregladas en esta feria; nunca ha querido Vd. venir, y si deja Vd. pasar hoy, que es el último dia (y eso por ser domingo), nos quedaremos sin cecina y sin poder comer un trozo de carne á satisfaccion en este invierno.—Pero hombre, si ves que no tengo tiempo para rascarme; que hasta los artículos para el periódico tienen que ir improvisados; que no soy dueño de un cuarto de hora, y ando siempre lo que se llama apurado para llenar las obligaciones que he contraido con la patria, si no la he de ser ingrato; ¿quieres que gaste el tiempo en ver ferias y comprar cecinas?—Señor, no sea Vd. bobo: lo primero es tener la despensa bien surtida; despues, venga lo que quiera; Vd. mátese por servir á la patria, y acábese en cuatro dias, verá quién se lo agradece. Venga, venga conmigo, que allí encontrará tambien materia para gerundiar.—Bien, bien, vamos allá.

¡Hola! parece que ese semblante se va animando un poco.—Señor, lo mismo ha sido divisar el ganado, que ya se me figura que tengo entre los dientes un trozo de cecina de aquella tierna y un poco salada que llama el traguillo que es un gusto: ¿no se acuerda Vd. de la que nos daba en el convento el hermano Genitivo? ¡Vaya, que con aquel vino de Rueda que gastaba siempre la comunidad se daba uno unos ratos!... Entonces no se acordaba la gente si habia patria ó no habia patria... Ea, aquí tiene Vd. ya un buey famoso para el cuento; escusamos de ir más adelante. ¡Maldito, y qué par de velas tiene! Parecen dos cirios pascuales. Al pobre que llegára á embanastar...—Ahora que tú te vas alegrando, es cuando á mí me

asaltan ideas tristes y meditaciones profundas. Ese buey, tal como le ves, es para mí, no diré un compendio, porque su tamaño es grande, pero sí un tomo en fólio de filosofía. Contémplale tú detenidamente, á ver si te sugiere alguna reflexion ó idea filosófica.—Sí, señor: este animal pesará unas 350 á 400 libras; teniamos para pasar bien el invierno, y nos sobraba carne: ¡y qué cecina tan rica debe de dar!—¿Y esas son las reflexiones filosóficas que te ocurren? ¡Ay Tirabeque! Los legos no veis en las cosas más que el peso, el bulto, la materia bruta. Vosotros sois felices; el saber pensar es una desgracia. Yo no veo aquí un buey...—Yo sí, señor, y no malejo: digo, si no me he equivocado; á ver... buey es, buey es.—¡Otra sandez! Trabajo es tratar con legos. Lo que yo quiero decirte, es que en este buey estoy leyendo yo el estado de nuestras cosas. ¡Ay Tirabeque! ¿Ves ese infeliz paisano, cuyo semblante y ropaje está indicando la pobreza y la miseria? Pues probablemente será el dueño de este buey, único que le habria quedado al infeliz para labrar un pedazo de tierra, y ahora vendrá á venderle para pagar una de tantas contribuciones con que le estarán apremiando. O acaso al desgraciado le habrán llevado para el servicio de la guerra al hijo único que haria las labores de la labranza á medias con otro tan miserable como su padre, y faltándole este apoyo y el dinerillo que le valga la res (que quizá estará ya debiendo á algun usurero de la ciudad), tendrá que pedir una limosna.—Señor, apuesto á que aquel nacional movilizado que le está mirando con tanta atencion es el hijo que Vd. dice; sí, no es otro, repare

usted con qué cariño y con qué ternura mira al buey. Parece que le está diciendo en su interior: «¡Hijo de mis entrañas! ¡Hermosote! *¡Pinto* de mi corazon! ¡Cuánta tierra habremos revuelto juntos! ¡Cuántos sulcos habremos abierto entre los dos, y cuántos carros de abono habremos llevado á la par! Como buenos hermanos trabajábamos para mantener á este pobre viejo. Pero ahora te falté yo, porque me hacen cambiar la reja por la bayoneta, y tú tienes que venir aquí, acaso para servir de alimento á algun gloton.» No, aunque me llames gloton, como mi amo ajuste la cecina, no se va tu hermano á los trigos.

Pero la verdad, señor; aunque me explico así, tengo lástima de esta pobre gente; casi todos los soldados salen de entre los labradores, señor: así, ¿cómo ha de adelantar la agricultura? ¡Maldita sea la guerra y quien tiene la culpa de ella! Señor, si sigue así algun tiempo más, llegará el caso que no habrá quien labre las tierras, ni quedarán ganados, ni quedará nada, y entonces ni nosotros podremos comer cecina. —¡Desgraciados los tiempos, Tirabeque, en que los azadones se convierten en lanzas y las rejas de los arados en espadas y bayonetas! ¡En que al canto sencillo y rústico del labrador suceden los himnos marciales del guerrero! ¡En que á las producciones de la tierra sustituyen las devastaciones del fuego! ¿Cuándo veremos protegida, cuándo veremos floreciente en España la primera, la más noble y más útil de todas las artes, la agricultura? ¿La agricultura, esa honrosa profesion en que se ejercitaron el primer hombre y los Patriarcas; que tanto aprecio tuvo entre Egipcios,

Asirios, Griegos y Romanos? ¡Romanos! ¡Oh! ¡quién me diera ver reproducidos en España aquellos tiempos de ventura en que araban y cultivaban los campos un Régulo, dos veces Cónsul, vencedor de los Cartagineses; un Marco Curio Dentato, tres veces Cónsul, y vencedor de los Samnites, de los Sabinos y de los Lucanos; un Camilo, el gran Camilo, cinco veces Dictador, seis veces tribuno de la plebe, vencedor de los Antiates, de los Faliscos, de los Veyos, de los Galos, de los Volscos, de los Toscanos y de los Equos! ¡Un Camilo, digo, labrador primero, y despues libertador de su patria en la invasion de los Galos! ¡Quién me diera ver en España imitado el ejemplo del Emperador de la China, que todos los años al empezar la primavera destina un dia para trabajar en el campo él mismo, acompañado de doce ilustres personajes, como quien dice de doce Senadores, y todos los mandarines del imperio, en su respectiva provincia, ejecutan la misma operacion! ¡Qué ejemplo de proteccion y de aprecio hácia la agricultura, Tirabeque! Entre los Turcos, hombre (casi dá vergüenza decirlo), se fomenta más y se tiene en más estima esta arte, madre de los tesoros y de las riquezas. Pero en España, ¿ves que se dé alguna ley para su fomento y prosperidad? En medio de tanto como se escribe, ¿ves que salga alguna obra, algun folleto, algun artículo dirigido á promover la agricultura? Y despues de esto, nos dicen los ministros en el discurso de la Corona: «La agricultura, las artes, los caminos y los canales son atendidos con esmero proporcionado á las contrariedades que sufren.» ¡Sí, sí, con esmero!—Señor,

mire si le acomoda la cecina, y déjese ahora de Turcos y de perros chinos, y de camellos, y de gallos, y de desdentados, y de regidores, y de jitanos, y de los volsos, y de los sobrinos, y de los equitativos, y de los Otentotes; y de si el uno fué atributo de la plebe, y el otro tres veces consejero, y el otro cinco veces decidor, y si venció á los Romanos en tiempo de los Amalecitas; señor, deje todos esos pasajes de la guerra de la Independencia, y vea si ajusta la cecina. ¡Mire qué buey tan galan!—¿Tú sabes lo que era un buey en la antigüedad, pobre hombre? Pues ten entendido que entre los Egipcios fué adorado como una divinidad; y que no era otra cosa aquel dios Apis ó Serapis; que tenian que para mí no es distinto del célebre Osiris...

Pues ese dios Apio ó Serapio, ó como le llamaran aquellos herejes del Egito, es el que yo queria comer en cecina, si Vd. lo tiene á bien.—Y entre los Hebreos ya sabras que se hacian sacrificios de bueyes á Dios. ¡Y aquellas hecatombes, Tirabeque, aquellas hecatombes tan famosas, ó sea sacrificios de cien bueyes! Vaya, era cosa asombrosa. Dicen de aquellos tiempos que eran bárbaros. Más bárbaros son los de ahora: á lo menos entonces se sacrificaban animales á los Dioses, y se ofrecian para aplacar una divinidad irritada holocaustos de víctimas irracionales; ahora se sacrifican miles de hombres á la ambicion de otro hombre. ¡Cuantos irán ya sacrificados á la ambicion de don Cárlos!—Señor, á Vd. le sobra razon hasta el cielo en eso que dice, y tambien será cierto lo de las gatatumbas de los Hebreos; pero yo estaba porque

usted tomara luego la cecina.—¡Oh! Hubo un célebre Cecinna entre los Romanos. ¿Y qué diremos del famoso Cincinato?—Señor, por Dios, ajuste el buey, y déjese ahora de historias, que no pegan bien aquí en la calle, y menos en ferias de bueyes y contadas á un Lego que no las quiere oir.—Vaya, hombre, te daré gusto.

Diga Vd., paisano, ¿cuánto vale este buey?—Señor, acabo de venderle ahora mismo en cuanto Vd. ha estado hablando con ese hombre cojo y feo.—Eh, ¿lo ve Vd., señor? Lo que yo me estaba temiendo... Si no estoy por historias cuando no vienen al caso. Como un padre maestro encuentre un pretexto para lucirse, aunque los pobres Legos nos quedemos sin cecina, les importa poco. ¡Malditas sean las historias! Y á Vd., paisano, ¿quién le manda llamar á nadie cojo y feo? Si yo tuviera ya la cecina en casa, llamárame aunque fuera hereje; pero á un hombre que se queda sin cecina por oir historias llamarle cojo y feo, no hay cabron que lo aguante. ¿Vd. sabe con quién trata?—Hombre, no te apures, que más bueyes hay en la feria y no te faltará cecina.—Bien, pero no me ha de contar Vd. historias.—Aguarda á ver... ¿Sabes que se me ha olvidado el bolsillo?...—Pues señor, mándeme Vd. ahorcar, y es lo mejor. ¡Malditas sean las historias!

LOS DELIRIOS DE FRAY GERUNDIO.

¡Cuánto yo he delirado en estos pocos dias de enfermedad! Si toda cabeza atacada de una fuerte fiebre ó sea calentura, delira á ratos, ¿cuánto no habrá desatinado esta mi imaginacion en sus delirios? ¡La imaginacion de Fray Gerundio delirando, señores!!! Creo que no habrá más que decir. ¡Yo he delirado más que un poeta, más que un enamorado, más que una mujer celosa, más que un ministro! ¿Y sobre qué os parece, leyentes mios muy amados, que habrán versado todos mis delirios?

Suponed que mi diversion, como la de todo enfermo en los ratos que está sólo y despierto, era contar y recontar las vigas del techo de la celda. Casualidad del diablo, parece que el techo de la celda de Fray Gerundio esté sostenido por tantas vigas como años llevamos de guerra, y que las tapa-juntas sean justamente tantas como ministros hemos mudado los mismos cuatro años: hasta una que está casi toda embutida en la pared me representaba al Sr. Ulloa, que con todos sus cuatro ministerios, ni bien es ministro, ni bien deja de serlo: hay algunas de ellas carcomidas, y decia yo para entre mí: *estos son los de ahora.* Y como una caia justamente sobre mi cabeza, tenia que bajar muchas veces los párpados, porque decia: *vieja ó no vieja, si me cae un poco de carcoma sobre los ojos y me ciega, nadie me restituye la vista.*

En estas ideas y reflexiones, me solia coger el cre-

cimiento; con eso ¿qué habia de suceder? Deliraba sobre los ministros y la guerra, sobre las vigas y sobre la carcoma; y las mezclaba con otras ideas estrañas, raras é inconexas cuyo conjunto constituia lo que se llama un delirio. «Aquí están, aqui están: albricias, albricias, gritaba una vez desaforado y loco; aquí los tengo agarrados; alguna vez se habia de encontrar lo que se buscaba.» Señor, ¿qué es lo que tiene Vd. agardo que tan contento le pone? me preguntó entonces Tirabeque (segun él me ha contado despues.)—Los seis ministros buenos, por que hemos estado clamarrado siempre.—Señor, por Dios, me dijo; Vd. delira; si son seis sanguijuelas que tiene Vd. agarradas al pecho; únicas que no han acabado de llenarse: aun me parece que algunas se habian desprendido ya llenas, y despues de haberse vaciado, volvieron á picar otra vez. ¡Jesus cómo está Vd. de sangre! ¡Válgame Dios!—Déjame, que soy la España enferma: échame cien docenas de sanguijúelas, hasta que no me dejen una gota de sangre, y verás qué buena y qué robusta me pongo. Que me den una sangría estraordinaria de guerra al instante, y pongan todos mis miembros en administracion, y que los administradores de cada miembro sean dos docenas de sanguijuelas bien hambrientas: que no intervenga ningun médico del mundo, que para darme la salud basto yo sóla con mis sanguijuelas y mis sangrías.

Yo me palpaba, y me sentia empapado en sangre; y la debilidad y el delirio me volvian á persuadir que yo era la España, y que segun me iba desangrando me iba robusteciendo: pero el resultado es que

me iba quedando... quedando... quedando... exangüe y sin vida; y dice Tirabeque que gritaba entonces alborozado: «ahora si que me estoy salvando.» ¡Oh! bien conocia yo en mi sueño-delirio que para salvarse es preciso morirse antes! Y dice Tirabeque que me decia; señor, si no es Vd. la España, que es usted Fr. Gerundio. ¿Quiere Vd. que venga un médico? ¿Cómo ha de sanar Vd. sin el auxilio y cooperacion de un médico? Y que le respondia yo: «como Fr. Gerundio, que venga: como España que soy, no me nombres auxilio de nadie, ó te pego un cachete que te estrello; para morir desangrada no necesito médico, ni su auxilio é intervencion; yo, si he de sanar, ha de ser quedándome sin sangre y sin quilo.» Y soñé que habiéndome propuesto otra vez Tirabeque el auxilio de un médico estranjero muy afamado, le fuí á tirar un cachete con la rabia de las ánsias de la muerte, y ya no pude mover el brazo, y entonces dije: ahora si que me voy poniendo buena.

Y me acuerdo que soñé que estaba dando ya las bocadas; y al verme así tan mal parada, decia un personaje que estaba junto á mí: «no hay remedio, la España se muere si no se reclama al instante el auxilio de un médico extranjero que la tome de su cuenta, y la aplique unos fomentos de cooperacion directa y activa; porque está visto que los facultativos de cabecera ya no aciertan á curarla.» Yo lo entretenia en mi delirio, y decia; «¿si llamará este hombre facultativos de cabecera à las sanguijuelas?» Y otro personaje vivaracho que estaba á los piés de mi cama, le replicaba: no se puede fiar la enferma á ese médi-

co que Vd. dice, porque curar, la curará, pero no será conforme al sistema antiflogístico.—Pues bien, reponia el otro; el asunto es que ella sane, y mas que sea por el método del curandero de Villaseca.—No señor, no señor; que ha de ser precisamente por el sistema moderno; y si no, me opongo á la cura.—Pues se morirá.—No se muere, no señor.—Pero hombre, ¿Usted no ve que se vá en sangre?—Mire Vd.; todo eso es salud. Y por último, *cuando ya no tenga remedio*, la nombraremos un dictador, y todo se compondrá.—Pero señor, ¿cómo se ha de componer cuando no tenga remedio?—Perfectamente: todo lo hacen tres ó cuatro acciones felices en que destrocemos todos las facciones reunidas; y eso es cosa facilísima: en el momento que se ponga *uno de nosotros* á la cabeza del ejército, se dá una accion en que lo ménos que se puede matar son doce mil enemigos; hacemos diez y ocho mil prisioneros; les cogemos toda la artillería, sin más pérdida por nuestra parte que algun herido y media docena de contusos: repetimos esta funcion tres ó cuatro veces, tiene Vd. que no queda un faccioso, y la España, así desangrada y espirante como Vd. la ve, sana y se robustece en cuatro dias.—Esos son delirios.—¿Delirios? Escuche usted. Los hijos de Tancredo con solos quinientos infantes y setecientos caballos batieron y derrotaron el ejército del emperador Otomano, compuesto de sesenta mil hombres. ¿Qué habia de suceder? El ejercito del emperador era un ejército de esclavos, y el de los Tancredos un puñado de libres, y cuando los libres quieren, las masas absolutistas desaparecen como

el humo. ¿No puso en fuga un sólo franco todo un ejército de Griegos en el sitio de Constantinopla? Pues lea Vd. al famoso Nicetas en la historia del emperador Alejo, y verá Vd. que no soy yo el que lo inventó. Pues qué: ¿no ganó el emperador Arnulfo en el año 891 una victoria tan completa sobre los normandos, que de cien mil de estos no se salvó ni uno solo sin que muriese uno siquera del partido imperial? Lea Vd., lea Vd. el libro V de la historia del mundo de Monsieur Chevreaux. Y si no, registre usted á Plutarco, y hallará Vd. en la vida de Lúculo, que en la batalla que este caudillo tuvo contra Tigranes, toda la caballería de este rey, y más de cien mil hombres de á pié fueron pasados al filo de la espada, quedando en el campo solo cinco soldados de Lúculo. Y si Vd. lee las memorias de Syla, verá Vd. allí que en el combate que sostuvo este romano en Cheronéa contra Archeláo, murieron ciento y diez mil enemigos, sin más pérdida por parte de los romanos que doce soldados muertos. En fin, puede Vd. ver en Diodoro Siculo cómo en el choque que tuvieron los Lacedemonios..... Tan mal me sonó en medio de mis delirios la terminacion *demonios*, que creo que dí un grito desesperado diciendo: *los demonios* llevarán á la España con vuestras historias y vuestras teorías, vuestras esperanzas y vuestros delirios. Pues *demonios*, si no habeis podido acabar con los facciosos cuando eran pocos, ¿cómo los habeis de acabar ahora que son muchos?

Con el esfuerzo que hice me pareció haber despertado; pero la debilidad me obligó á delirar de nue-

vo, porque está visto que la falta de fuerzas es causa de mil delirios. En efecto, en mil delirios disbarró mi febricitante cerebro. Me volvió á parecer que era yo la España: y empecé á pedir alimentos para el estómago: que me traigan de comer, me dicen ahora que clamaba yo entonces: que me traigan cosas sólidas y de buen mantener; venga una cazuela de buena ternera, darme un pavo asado, un salmon entero, un lago de anguilas, un bando de perdices, y cuantas aves, peces y cuadrúpedos quedaron por consumir en las bodas de Camacho, que quiero engullírmelo todo, aunque sea crudo, y antes de escamar, pelar y desollar, del mismo modo que se me han dado las reformas; que no hay mejor ocasion de tragarlas todas, que cuando no se pueden digerir.

Y me parecia estar viendo una porcion de personajes que tenian las bocas en los codos; al menos por ellos parecia que hablaban; todos decian, *reconciliacion, reconciliacion*. y les contestaban otros, que tambien hablaban por los codos, *reconciliacion, reconciliacion*; y observé que los unos traian escritas en los corazones estas palabras; *no hay que transigir*; y que los otros dejaban asomar por debajo de unas bufandas unas puntas triangulares de acero; y yo, que era la España, me iba hundiendo, hundiendo, hundiendo, y despeñándome; entonces dije: ¿sí? ah malditos: pues vosotros teneis la culpa; yo os compondré: me volví á convertir en Fr. Gerundio, me levanto, echo mano á la capilla, y empiezo á sacudir á unos y á otros, y á gritar: condenados, yo os reconciliaré de veras: aquí no hay más ley que una: callar

los picos, y adelante con ella, y al que chille por otra cosa, de un capillazo le hecho al otro barrio: ¿no soy yo el dictador?

Al verme Tirabeque dar por las paredes repartiendo capilladas, con el gorro blanco de dormir, con el pecho ensangrentado, las sanguijuelas reventadas á los piés, la peluca colgada del bolinche de la cama, la camisa con un giron hácia la parte del ocaso, la venda de la sangría colgando de un brazo como un manípulo, y la capilla en la otra mano, llena la cara del polvo que con ella habia levantado, acudió corriendo, (segun dice) á cogerme, me sujetó á tiempo que el frio me iba despejando del delirio, y preguntándome qué era lo que parecia estarme pasando, le contesté ya en mi juicio al parecer cabal: estaba reconciliando los partidos á capilladas, hecho todo un dictador, porque me tienen incomodado sus delirios.—¡Ah señor! me respondió: me parece que el pensar en conseguirlo es otro delirio.—En efecto, Tirabeque, todos son delirios; pero el modo de sujetar esta gente créete que es remedar un delirante, y hacerlos entrar en regla á capilladas.

Ki kiri kiiiiii.

Si hemos de hablar con franqueza, unos y otros, esto es, carlistas y liberales, contábamos *con que otro gallo nos cantara* en la Noche-Buena de este año: unos y otros teníamos esperanzas, y unos y otros ve-

mos que es el mismo gallo el que nos canta. Para lo bien que lo hace el maldito, más valia caparlo. Al fin los carlistas conocen su gallo: pero los liberales, ni aun siquiera sabemos quien es el gallo nuestro. Quien quiera que él sea, debe ser verdadero gallo *de la Pasion*.

Este año le ha dado la gana al animalito de no cantar en la Noche-Buena, porque la misa del gallo no puede ser el año 37 en la mañana mala de la Noche-Buena, segun el rito eclesiástico, por causa de no poder celebrarse la vigilia de Natividad el domingo, y así tiene que observarse el ayuno y con él la colacion llamada de Noche-Buena el sábado. Sin embargo, yo aseguro que para muchos gallos y muchas gallinas la Noche-Buena será noche de gallo, y la misa del gallo será otra Noche-Buena: una y otra serán noches do *ensalada* y de *castañazos*; acaso más de cuatro se meterán por el turron, y sabe Dios, si se les indigesta, cuándo lo echarán del cuerpo.

La Noche-Buena es la noche del solaz, la noche de la reunion de las familias y de los amigos; la noche de olvidar que estamos en guerra civil. La memoria de las balas debe borrarse con la presencia de las almendras, el recuerdo de las bombas con la vista de los cogollos de brocul; la idea de los fusiles con el manejo de las botellas; la de los obuses y morteros con el de las copas y anchurosos vasos. Nadie debe acordarse de más lanzas que los tenedores, ni de más sables ni espadas, que el cuchillo con que el padre de familias hace las raciones de turron, dividiendo el uno blanda y fácilmente, y teniendo que recurrir

para partir el otro á la mano del almirez ó á la paleta del brasero. Lo que se aumenta esta noche, son los partidos; porque uno dice; yo quiero del de fruta; el otro, á mí deme Vd. del de almendra; el otro, á mí me gusta el de Alicante, y el de más allá, para mí no hay como el de nieve; y nunca falta uno que diga: tomaré de todo, porque todo me gusta igualmente; y á este le suelen seguir los demás, y el resultado es que todos comen de todo, y los partidos vienen á unirse. Tambien se unirian los partidos políticos si para todos hubiera turron; pero es el caso que no alcanza el turron más que para uno, y toda la dificultad está *en quien ha de comer el turron*, y para quién ha de ser Noche-Buena: hé aquí el *busilis* del pleito.

La sangre que corre por los campos de batalla de las mesas esta noche es el espeso almíbar en que se bañan las peras; y los prisioneros y pasados son las finezas que se cruzan de una á otra fila, de una á otra ala de las divisiones manducantes. Por supuesto que no seria una colacion española, si despues de todo y por remate no se presentase una ó dos grandes fuentes de castañas tostadas ó cocidas, segun el gusto de los consumidores, ó bien de uno y otro modo *per troppo variare*; porque las castañas son á la colacion de Navidad en España lo que los palos á los sainetes antiguos y á las romerías, lo que la cola á la zorra. A mí, Fr. Gerundio, me gustan más las castañas asadas que las cocidas, porque estas son para mí como los bienes en administracion para el gobierno; por más que las estrujo, la mitad se me queda pegada al hollejo ó monda.

Concluida la cena (porque á la verdad, aunque la llaman la colacion, es una colacion nominal como las pagas nuestras), suele darse principio al fuego de guerrillas. Entre las gentes de no muy esmerada educacion se empieza por arrojarse á escondidillas apuntando á las narices una pellejita de castaña, ó una bolita de pan: el herido suele corresponder con otra bolita un poco más abultada, ó con una almendra entera que acaso divisó debajo de la cornisa de un plato, pero todavía poniéndose serio y haciéndose el disimulado. Mas habiendo acertado á otro en la mismita barba, este ya no se anda en chiquillas, y arroja una castaña entera, el otro tira un mendrugo de pan, la guerrilla se despliega enteramente y el resultado suele ser romper una botella que estaba todavía medida, manchar los manteles de vinazo, lastimarse en un ojo, formalizarse la cosa, y concluir con una séria reprimenda del padre de familias, y con otro tanto brusco de parte de los guerrilleros. A fé que no sé cuando he de conseguir, yo Fr. Gerundio, ver desterradas tan brutales fiestas de las mesas españolas.

Entre las gentes más finas tambien suele concluir la colacion con tiroteo de guerrillas, pero son guerrillas de gente de plana mayor: es un fuego á discrecion de cuartetas, décimas ó redondillas, que hieren agradablemente, y aunque la reserva entre á la bayoneta se recibe la carga con serenidad, y cuanto más derechas á la tetilla vayan las puntas, más gustosa es la picada, más se celebra y se rie. En fin; cada reunion, segun sus gustos y sus diversiones, da de mano en tal noche á las ideas tristes de la guerra, olvi-

da por aquellos momentos el cúmulo de males que nos abruman, y tiene una noche buena al año.

Leido hasta aquí este artículo, no dudo que habrán esperimentado algunos lectores cierta sensacion agradable y risueña, y que por un instante se habrán gozado de la alegre descripcion de la Noche-Buena; quizá habrán creido que es verdadero y natural el cuadro festivo que acaba de delinearles Fr. Gerundio; hé aquí el efecto momentáneo de las pinturas y de las bellas teorías, *la ilusion*. Pero ¿qué dirán ahora si volviendo, como suele decirse, la tortilla, les dice este mismo Fr. Gerundio que la noche que llamamos buena es la noche más mala de todo el año? ¡Ojalá no fuese así! Mas ¡ay! ¿Qué familia habrá que en esta noche más que en cualquiera otra, que en esta noche que la religion, la educacion, la costumbre consagran diez y nueve siglos há al placer de reunirse los parientes y amigos más allegados en derredor de una mesa, ¿qué familia habrá que no llore al triste y desconsolado recuerdo del hijo que pereció en el campo de batalla, del hermano que asesinó bárbaramente la faccion, del padre que gime en la miseria y la desnudez prisionero de los vándalos, del esposo que está padeciendo en un hospital militar, del amante que perdió la pierna ó el brazo, del amigo que hacía las delicias de la familia, y hoy corre los riesgos, de la guerra, de la fortuna que la arrebataron los vendidos de la falta de pagas que constituian su único haber, y hoy no la permite poner una triste ensalada con que celebrar la Noche-Buena, que quizá no la ha dejado una pobre cama en que dormir? ¡Ah! siempre des-

consuelan estos crueles recuerdos, estos males que acaso no hay una familia española que no esperimente! Pero en la Noche-Buena atormentan, punzan con más viveza y más dolor, y la convierten en la noche más cruel y tormentosa de todo el año! He aquí los efectos de la ambicion desmesurada de un hombre, de la crueldad y tenacidad de sus secuaces, y de nuestras locuras!!!

LA ROPA DE MI CAMA.

Ven acá, Tirabeque; ven, descuidadote ¿cómo no me has mudado la ropa de la cama, dí?—Señor, porque no es tiempo. Ya le mudé á Vd. el otro dia el almohadon, con motivo de haber hecho ministro de la Guerra al hermano Carratalárra por renuncia del hermano Baldomero.—La salida me gusta. ¿Qué tiene que ver que Carratalá y no Carratalárra como tú dices vaya al ministerio, con el almohadon de mi cama? —Señor, cada uno tiene sus reglas para digerirse, como dijo un sábio, que no me acuerdo si fué el Dios Polo ó fué San Ramon Nonato, no estoy cierto; y yo guardo este órden para mi gobierno. Cuando se mudan todos los ministros á un tiempo, le pongo á usted toda la ropa de la cama limpia: cuando se muda uno solo, pongo un almohadon; cuando dos, dos; y cuando entra alguno interinamente, quito un almohadon, y dejo la funda sola. Así me rijo yo para lo ropa. Pero, señor, la verdad: algunos la dejan ensuciar

mucho, y otros son caros en lavaduras.—¡Vaya una idea estravagante!—Pues ¿á que le digo á Vd. sin errar uno cuantos ministros hemos tenido desde el año 33?—Vamos á ver; ¿cuántos?—Espere Vd. un poco, que voy en un instante por la tabla de los asientos de la ropa: luego vuelvo.

¿Lo vé Vd.? Ya estoy acá. Aquí tiene Vd. No hay más que ir contando por agujeros: porque *cada uno de ellos nos ha abierto un agujero nuevo.* Cuente usted uno por uno hasta el último palillo.—Uno, dos, tres, cuatro..... Siga Vd., siga Vd.—Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos...—Siga Vd., siga usted. —Cincuenta y cinco, cincuenta y seis.....—Siga usted, siga Vd.—Sesenta y ocho, sesenta y nueve, setenta.—Siga Vd., siga Vd.—Setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco. Aquí el último palo.—Esa es la cuenta. Pero no ha de decir Vd. el último palo, porque creerán que es el último palo que nos tenian que dar los ministros, y *el último palo falta todavía.* Ha de decir Vd. el último palillo, la última estaquita. Y ha de reparar Vd. qué agujerazos tan grandes han abierto algunos. Ahí tiene Vd. uno por donde podia salir el perro de Tobias meneando la cola sin tropezar, y allí tiene Vd. otro por donde podia entrar muy á gusto un Tirabeque con hábito y capilla tirando piedras al perro.—¡Cosas tuyas! Pero hombre, ¿y no me has de mudar la ropa de la cama, hasta que se abran otros agujeros, y entren nuevos ministros? —Señor, todo es cosa de dias más ó menos: pierda usted cuidado, que por un órden regular no tardará usted en tener ropa limpia.—Eso quiere decir que los

palillos irán andando.—Si señor, y que irán quedando agujeros abiertos sin que haya con qué taparlos. Y quiera Dios no tengamos que ir redoblando los palillos á otra parte, y si á Vd. le queda alguna ropa, haya que lavársela en el rio Tamámis, ó en el Serena.—El Támesis ó el Sena querrás decir, hombre.—Si señor, como Vd. quiera: lo que menos importa son los nombres de los rios. Vd. mire no haya que hacer el atillo, porque la tarja de la ropa se va apurando.

LA MUJER ZAHORÍ. (1)

Llámase *zahorí* ó *zahoríes* á aquel ó aquellos de quienes se dice que ven las cosas ocultas, aunque esten debajo de tierra, y como este don privilegiado, como esta gracia *gratis data* puede ser comun á hombres y mujeres, infiero yo, Fr. Gerundio, que á la mujer favorecida de esta cualidad singular deberemos llamarla *mujer zahorí*, ó acomodándonos al modo de hablar del vulgo, *zaherina*, y aunque sea *zahurina*, como dice la lavandera de casa. Y es tradicion muy admitida en el pueblo que poseen este envidiable manantial de felicidad terrena los que nacen el

(1) Dicen los que dicen que conocen el génio de la lengua castellana, que estas voces que empiezan con *za* son oriundas del árabe, tal como *zahori*, *zaguan*, *zahurda*, *zaquizami*, *zagala*, *zampatortas*. Y aún hay quien añade, que por eso conservan tantos españoles *zamarros*, una inclinacion arabesca á los *zaguanes*, *zagalas*, *zalamerías*, y otras *zarandajas*.

Viernes Santo, mientras se celebran los maitines, ó sea durante las tinieblas.

Supongo que en tal dia y á tal hora naceria una jóven *zahorina* de doce á catorce años que actualmente trae revueltas algunas comarcas de las inmediaciones de esta ciudad, principalmente el valle de Torío y la ribera del Condado. Los particulares la buscan con empeño, los pueblos la solicitan con rivalidad, y los sacerdotes dan un apoyo misterioso á sus habilidades sobrenaturales: de modo que la *zahorina* de Torío goza de más prestigio en estos valles que gozaba en los pueblos del Asia la Sibila Eritréa. No lo estraño: porque hallar en estos tiempos tísicos y consumidos quien descubra los tesoros que hay en las entrañas de la tierra, es el hallazgo más retórico, más característico y más supino que pudiera concebir una imaginacion española. Así es que no me admira lo que me han referido los mismos paisanos de los pueblos favorecidos por la jóven *zahorina*. Cada uno pone en juego cuantos empeños, recomendaciones y registros puede para llevarla á su distrito con objeto de que señale los sitios en donde están encerrados los tesoros. Mas por huir de compromisos, y evitar un rompimiento funesto que podria envolver á aquellos pueblos en una nueva guerra civil más encarnizada que la que nos ha movido D. Cárlos, si la zahorina favoreciese á alguno con preferencia, se han convenido en recibir por turno los favores de la jóven tesorera; y para hacer más igual la distribucion de los tesoros se han dividido en distritos de ayuntamientos como para las cargas concejiles. El dia, pues, que le

toca á un ayuntamiento, se reunen todos los pueblos de su comprension para obsequiar á la zahorina además de asistirla con su competente diario. Llega ésta acompañada de uno que se dice su padrino: la recibe la multitud con más ansia, con más fé, con más esperanzas que recibió á la hermosa Judith el pueblo de Betulia. Estos hombres que oyeron hablar con tibieza del programa de Mendizabal, que se mostraron hasta incrédulos á sus promesas, porque no le tenian por *zahorí*, que vieron sin sorpresa que á pesar de los decantados recursos y tesoros secretos se les aumentaban las contribuciones, ven ahora á la *zahorina*, y ya no les da cuidado por los doscientos millones, ni por la extraordinaria de guerra, ni por el subsidio industrial, ni por las alcabálas ni por nada. Con el tesoro que les va á descubrir la zahorina debajo de cualquier cerro, acaso debajo de sus mismos piés, tendrán no sólo para cubrir sus cupos, sino para comprar á peso de oro al contador, al tesorero, al mismo ministro de Hacienda; como si estos fueran hombres que en ningun caso se dejáran comprar por oro.

Dicen que la zahorina exije que la dejen sola con su padrino cuando va á descubrir los tesoros, y cuando los ha hallado avisa éste á los paisanos, los cuales despues de recibir las correspondientes instrucciones del sitio, de las capas de tierra ó de guijarro, de los pozos de agua, ó de las peñas vivas qua han de hallar á cierta profundidad, empiezan la operacion de cabar por facendera con tal aficion, asiduidad y empeño... en fin, como quien á cada golpe está viendo que se le enre-

da el azadon en alguna asa del tinajon repleto de monedas de oro de los tiempos del rey Wamba, Chindasvinto ó Recaredo, ó de medallones del reinado de Caracalla y Geta. Hay pueblos que han hecho ya escavaciones de doscientas varas, sin que les abandone todavía la esperanza de hallar la olla; y la famosa cueva de Montesinos, no vale nada respecto de los profundos pozos y hondas catacumbas que van abriendo estos pobres Sanchos: tanto es lo que profundizan, que me temo se han de meter en el infierno antes de encontrar el tesoro, y aún no han de salir de su necia credulidad. Es imposible, dicen ellos, que les engañe una mujer *que tiene en el pecho un cáliz y una hostia.* Vamos que no están en mal sitio para los aficionados á la comunion bajo las dos especies. (1)

Cuando se les objeta que cómo teniendo el don singularísimo de ver los tesoros, esa privilegiada niña no sale de pobre; contestan que ella no puede tener dinero, porque lo mismo seria entrar en su poder que derretirse, y que por eso no la entregan á ella las propinas, sino á su padrino. Si se les insta y apura con el mismo argumento respecto del padrino, no hallan cómo salir de la dificultad, y entonces recurren al testimonio de los curas, y ensartan además una porcion de casos en que la zahorina ha visto lo que hay debajo de tierra, dentro de cofres cerrados, y en otros sitios impenetrables á la simple vista de un mortal: paparruchas que les ha referido algun

(1) Creo que es hasta donde puede llegar el fanatismo de estas pobres gentes.

truhan, que se estará aprovechando de las limosnas con que los crédulos paisanos asisten á la mujer zahorina, siendo él el verdadero *zahorí*, que se hace un tesoro de las bolsas de estos leoneses reformados, los cuales así dudarán ellos de la verdad de estos hechos como de la venida del Redentor: por cuya necedad no les daba yo á estos tontos otro castigo que hacerles pagar las contribuciones de toda la provincia, lo cual si son ciertos los tesoros, les deberia importar un bledo; y creo que seria el unico medio de desvanecerles tan estravagante preocupacion.

El diablo me lleve si la tal zahorina no es una viva imágen de nuestros ministros de Hacienda (salvo sea lo del cáliz y la hostia.) Ellos ven tesoros donde no los hay: ofrecen sacar recursos de debajo de la tierra: van recibiendo su pitanza de los pueblos: nos hacen estar siempre escavando con la esperanza de hallar la olla escondida de la felicidad, y el resultado será... el de la zahorina del valle de Torío: tenernos embaucados; y en cuanto á tesoros... Dios guarde á usted muchos años. Leon 15 de Febrero de 1838.

MALDICIONES Y SARANDIJAS.

«Malditos sean de Dios y de su bendita madre; huérfanos se vean sus hijos, arrastrados como la culebra, y sus mujeres viudas: el sol se les oscurezca de dia y la luna de noche: mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien les haga bien: la

yerba verde que pisen se seque, y la tierra no les de fruto: derretidos se vean todos sus bienes como la sal en el agua, y encogidos sus miembros como la correa en el fuego; la maldicion de Sodoma y Gomórra, Datán y Abiron, que por sus pecados los tragó vivos la tierra, vengan sobre ellos: con todas las demás maldiciones que la Santa madre Iglesia tiene contra los quebrantadores pertinaces y desobedientes á los preceptos de ella.»—Señor, señor... ¿qué es lo que le pasa á vuestra paternidad?—«Mandaremos á todos los párrocos y moradores de las ciudades, villas y lugares que os echen de sus iglesias con campanas, teniendo cruz en la mano con velo negro, y velas amarillas encendidas y apagadas en agua bendita, para que creciendo la rebeldía crezca tambien la pena...»—Pero señor, ¿qué es lo que tiene su Reverendísima que tanto le acalora y altera?—«Y si lo que Dios no permita, muriéseis en tal estado, no se os dará sepultura eclesiástica, sino que se os enterrará en lugares viles y apartados...»—Señor, ¿va algo con este pobre lego?—«Y si persistiéseis aún en vuestra inobediencia ..»—Señor, despues de enterrado, ¿quién ha de persistir?—«Se os anatematizará y maldecirá con las maldiciones siguientes: malditos sean...»—Vecinos, vecinos, acudan por Dios á socorrer á Tirabeque, que su amo Fr. Gerundio se ha vuelto loco, y él se cuaja de miedo.—Calla, bruto: ¿tú por qué das esas voces?—Señor, ¿me puedo arrimar á su Reverencia sin cuidado?—No tengas miedo, hombre: ¿tú qué temes, tonto?—¡Ay señor! que se me han soltado las aguas de miedo de oir esas mal-

diciones! ¡y luego encandilaba Vd. tanto los ojos..! ¿Iba algo conmigo, señor?—Supongo que contigo no va nada.—En ese caso las maldiciones que Vd. echaba serian contra los facciosos, eh? Bien hecho, señor; así les cogieran de rabo á oreja: secos se vean ellos como espárragos; encójanseles los miembros como un pergamino á la lumbre; el *sol* no les alumbre *de noche*, ni la *luna* de *dia* y que sus mujeres no conciban hasta que ellos se mueran.—¡Jesús, Jesús que desatinado estás, Tirabeque! Estás *inestinguible*.—Pero señor, ¿no es á los facciosos á quien echaba Vd. esas maldiciones?—No, hombre, no. Estaba recitando *al pié de la letra* una excomunion mayor que se echó hace pocos dias en una ciudad de Castilla, cuyo nombre, por más señas y para que nadie lo ignore, empieza con una letra del alfabeto. Y no creas que se publicó una sola vez, sino que se repitió en tres dias festivos á la misa popular para que ninguno pueda alegar ignorancia.—¿Y por qué se fulminó esa excomunion mayor, señor?—Se fulminó por haber robado á un cura cuarenta y tres mil reales en oro limpio, varíos cubiertos de plata, sábanas, manteles, y otras frioleras.—Señor, cuarenta y tres mil reales y era un cura! Mírese Vd. bien.—Estoy, estoy mirado: si quieres verlo tú tambien, ahí puedes leerlo. Me parece que esas señas no te dejarán duda alguna; y que conocerás estoy en todos los pormenores.—Sí señor, sí, ya lo veo. ¡En qué tiempos tan incomprensibles vivimos, señor! ¡Cuarenta y tres mil reales un cura sin diezmos! ¡Y tenerlos escondidos debajo del alero de un tejado! No puede menos que hubiera alguna *za-*

harina en aquella casa, señor. De tejas abajo no podia ser otra cosa. Acaso las zahorinas domésticas verán mejor los tesoros escondidos en los tejados que los que están debajo de tierra.—Ahora, ahora se sabrá quién haya sido el ladron ó ladrones, porque con la excomunion mayor que tienen sobre su alma tienen que irse secando poco á poco hasta quedarse como alambres, y sus miembros se irán encogiendo y arrugando para nunca más estirarse, y andarán arrastrados por el suelo como *lagartijas*. ¡Oh amigo Pelegrin! La policía de las excomuniones ha sido la invencion más sabia de la Iglesia para descubrir los criminales: ojalá en lo civil se adoptara el sistema de excomulgar á los ladrones; á ver si de ese modo se nos iban secando todos.—Señor, si se excomulgara á todos los que roban, y se cumplieran las maldiciones de una excomunion, la España se iba á convertir en una nacion de *esqueletos* y de *lagartijas* con algunos otros *culebrones de cascabel*.

Y digo yo, señor, si los ladrones excomulgados se secan, ¿por qué no buscamos un obispo liberal que eche una excomunion general á todos los facciosos, que nos les deje en cuatro dias con sólo el armazon de los huesos y que caigan como ovejas con morriña, que era la mejor intervencion y la mejor transacion que nos podian dar? Pero yo tengo para mí, señor, que los que se secan á pesar de las escomuniones no son los ladrones, sino los robados, los cuales como que se quedan sin unto de méjico van enflaqueciendo al paso que los otros van medrando y engordando.—Tienes razon, Tirabeque, tienes razon. Sino que la

Iglesia... pero digo mal la iglesia; algunos Papas y obispos discurririan fulminar esas terribles paulinas para aterrar, que es lo que se llama *ad terrorem*, por medio de esas imprecaciones horrorosas. Y no estraño que antiguamente el infeliz de génio aprensivo ó apocado que se viera puesto en tablillas por alguna debilidad, abandonado de sus semejantes, que huirian de su trato y comunicacion por no hacerse participantes del terrible anatema, que de todos fuese odiado y de nadie socorrido, que se le tratase con más crueldad que á un vil é inmundo cuadrúpedo y que sintiese sobre sí todas las demás maldiciones de la Iglesia, no estraño, digo, que aquel desgraciado fuera víctima de tan desapiadado rigorismo y de su malhadada situacion. Y de aquí creo yo que provendria la vulgarísima tradicion de que los escomulgados se secaban. Pero te confieso, Tirabeque, que tanto como respeto las penas espirituales de la Iglesia, tanto siento el que se haya desfigurado, alterado y tergiversado su espíritu poniendo en su boca ó usando en su nombre de unas maldiciones tan horribles, tan impropias, y hasta tan ridículas como las que me has oido proferir cuando repetí las propias palabras de la tal excomunion.—Señor, esos que usted dice, serian los excomulgados que llamaban *brutandos*,—El verdadero *brutando* eres tú majaderote: se llamaban *vitandos*, *vitandos*.—Acaso porque les habia en Betanzos, eh?—Como que me parece que tienes gana de jugar, Tirabeque: mira que yo tambien lanzo excomuniones, y no hagas por donde te fulmine una que te deje como una lamprea.—Señor, con tal que

no me asiente Vd. la mano al mismo tiempo, y no me quite las llaves de la despensa, écheme las excomuniones que quiera, que veremos quién se seca más si yo con las excomuniones y siendo el amo de los perniles, ó Vd. excomulgando y comiendo lo que yo le dé.—Anda, anda; vete de ahí, galapanzon: eres el lego más inexpugnable que he conocido.

LA TIA PAMPLONA Y EL CAPELLAN
DE VILLAOBISPO.

Ya vió Fr. Gerundio á la Zahorina y á toda la compañía de la legua que andaba representando por este país la comedia de *el descubrimiento de los tesoros.* El motivo que me ha proporcionado la ocasion de conocer esta buena gente ha sido un poco trágico.

En Alija de la Rivera (pueblecillo distante una legua de esta capital) se ocupaban los alucinados paisanos en ahondar un pozo, profundo ya de más de cuarenta varas, á la orilla del rio Torío, por haberles dicho la Zahorí, Zahorina ó Zahorila que en aquel sitio hallarian un caldero lleno de monedas de oro y plata, segun ella habia visto por la virtud que Dios la ha dado. Hallábanse los buenos de los explotadores de la mina-caldero escavando con todo ahinco, esperanza y aficion, y echando, como decirse suele, los ijares, cuando étele que se desploma un enorme promontorio de cascajo, y tres de ellos quedan sepultados bajo la desmoronada masa: dos han sido víctí-

mas, y el tercero se salvó por haberle quedado descubierta la *cúspide* ó *capitel* de la montera, lo cual fué causa de que acudiesen al instante en su auxilio sus vecinos y colaboradores que habian tenido la felicidad de salir á salvo del terremoto ó piedrimoto, los cuales aun pudieron extraerle, ó por mejor decir, exhumarle; y aunque estaba ya más muerto que vivo, al fin ha quedado para contarlo.

Noticioso el jefe político de este desgraciado suceso, activó las medidas y disposiciones que tenia ya adoptadas para la captura de esta compañía de embaucadores; y en efecto, han sido conducidos todos á esta capital por los agentes de proteccion y seguridad, y castigados por la autoridad los principales inventores y sostenedores de la ridícula patraña, sin perjuicio de emplearse en la averiguacion de los que hayan contribuido á fomentarla.

Vió, pues, con este motivo Fr. Gerundio la comitiva tesaurizante, la cual se compone de los actores y actrices siguientes: María Tudela, *Zahorina*, jóven de 13 años y huérfana. El tio Ignacio Ordoñez, su padrino. El tio Manuel Alonso, *álias* el capellan de Villaobispo, que se dice su abuelo sin serlo. Josefa, hija de este, y de consiguiente madre adoptiva, adoptante ó putativa de la Zahorila. Antonia García, *álias* la tia Pamplona, aya y directora de la educanda María Tudela. Yo mismo he examinado á esta pobre muchacha, y confiesa con el mayor candor que nada veia ni ve debajo de tierra, y que todo eso de los calderos, tinajas y tesoros, y lo de los cadáveres enterrados, decia que lo veia cuándo y en dónde su abuelo

el capellan, su padrino el tio Ignacio, su maestra la tia Pamplona ó cualquiera de sus Mentores ó Mentorisas la mandaba, y que nunca recibió ella el dinero de las suscriciones de los pueblos. Tampoco tiene semejante cáliz en el pecho, ni marca alguna particular en el cielo de la boca ni en los brazos, como el vulgo creia y aseguraba. Mas por lo mismo que le ví tan sencilla y candorosa, la dirigí por vía de diversion algunas preguntas para ver cómo se explicaba y por dónde salia.—Oyes, niña, le dije; tú habrás oido hablar de unos Zahoríes muy grandes, que llaman ministros de Hacienda; que dicen que saben donde hay tesoros, y nos ofrecen mucho, mucho dinero, unas veces sacado de acá de nuestra tierra, y otras traido de allá de un país que llaman *estrangia*.—Señor, me contestó; lo mismo serán esos que yo; apuesto yo á que todos sus tesoros se vienen á reducir á sacar la esmola á los tios de los lugares.—Calla, bobina, calla; que los hemos tenido muy diestros. ¡Si vieras cuántos tesoros encontró uno que llaman Mendizábal! Pues ándate que otro que tenemos ahora, que llaman D. Alejandro, va á sacar en un instante una calderada de seiscientos millones; bien sabe él dónde están, bien.—¡Ah, señor! ¿Dejarán esos que Vd. dice de tener sus padrinos como yo?... Señor, me atrevo á apostar que ellos no ven nada, ni ofrecen más tesoros que los que el *padrino* les dice; crea Vd., señor, que en el *padrino* consiste todo.—¡Hola, hola, chiquilla! No parece que discurres mal. Pero mira, consista en el padrino ó consista en quien quiera, tú debes llevar unos azotitos, porque has traido engañados y medio

locos todos esos pueblos con tus imposturas y tus falsas adivinaciones de tesoros, y les has estado sonsacando malamente los ochavos; y por último, tú tienes la culpa de que hayan muerto el tio Miguel Perez y el tio Eulogio Robles, en Alija, cavando un pozo donde les habias dicho que hallarian un caldero lleno de oro. —Señor (me dijo echándose á llorar), yo dije lo que me mandó *mi padrino*. Ay, señor de mi alma! (continuó entre sollozos) ¡á mí que soy una pobre rapaza sin padre ni madre me quieren Vds. azotar, despues que nunca pude juntar una peseta de lo que sacaba por los lugares, y eso porque *mi padrino* me daba de cuando en cuando cuatro ó seis cuartos, y á esos *Zahurinones* tan grandazos que Vd. dice que hay, *no les harán nada:* sí; á los pobres poco cuesta el azotarlos!

Acordéme entonces del dicho de aquel famoso pirata á Alejandro Magno; no pude menos de dar la razon á la jóven zahorila, y la dejé ofreciéndola que no seria azotada; con lo que se templó su desconsuelo.

Vamos á la tia *Pamplona*. O no hay zahorilas ni brujas en el mundo, ó lo es la tia *Pamplona*. Figúrense Vds. que están viendo á la Dueña Dolorida, ó sea á la condesa Trifaldi (con la diferencia de estar vestida de un hormiguero de trapos pardos), cuando levantando el antifaz con que traia cubierto el rostro dejó ver las barbas que en él habia sembrado por encanto el jigante Malambruno, y tendrán una idea aproximada de la tia Pamplona. Pero no: aun no es esta la verdadera idea de la tia Pamplona: la cara de la tia Pamplona es más bien una cara de Furia; im-

posible es que no sea una de las Gorgónides; no aseguraré que sea precisamente Medusa, ni que sea Euriala ni Estenio, pero sí puede afirmarse que alguna de las tres nos dejó por acá Perseo, por más que diga la historia que acabó con todas ellas. Y si no, precisamente es la Harpía que tan mal rato dió al pobre Eneas con sus terribles predicciones, y que Juno ha preservado para dar á Fr. Gerundio un espectáculo asqueroso, á semejanza del que dió á Finées. Es mucha tia la tia Pamplona.

Pero volviendo á nuestros fascinados paisanos, creo que la ingénua confesion de la jóven María Tudela (hasta esto de Tudelá y Pamplona parece algo misterioso), tenida por zahorina, y el escarmiento trágico y sensible de las víctimas de Alija, bastarán á desengañar al necio vulgo de que la existencia de los zahoríes es la fábula más crasa y más absurda que ha sostenido hasta ahora el fanatismo y la supersticion. Una reflexioncilla me resta hacer á nuestros reformadores. El tio Miguel Perez y el tio Eulogio Robles habian vivido bajo el régimen del *despotismo ignorante* y del *despotismo ilustrado*, del *Estatuto*, de la Constitucion *del* 12 y de la *del* 37, y era ya tanta su ilustracion, que murieron buscando un tesoro por el dicho de la tia Pamplona y del capellan de Villaobispo. Disputen Vds. sobre cuál Constitucion se ha de dar á estas gentes. Educacion, educacion es la que nos hace falta.

Señores literatos, los que hace ya tiempo que no creen Vds. en *zahoríes*, dispensen Vds. si escribo algunos artículos poco dignos de Vds. Fr. Gerundio

tiene que escribir para el público, y en el público está comprendido el pueblo, y aun cree hacer una obra buena procurando desairragar del pueblo la superstición y el error.

ADICION Á LA TIA PAMPLONA.

Haciendo conversacion de esto mismo con el administrador de Correos de esta capital, me ha manifestado que él nació un Viernes Santo, mientras las Tinieblas (el 18 de Abril del año 83), y no solo no ve lo que hay debajo de tierra, sino que, á pesar de gastar anteojos, le cuesta mucho trabajo ver lo que hay encima, y aun lo que está sobre la mesa en que escribe. ¿Qué dirá á esto el crédulo vulgo y los eclesiásticos que contribuyen á mantener el pueblo en esta necia ilusion?

UN PELO.

Aun no nos hemos penetrado bien de la importancia é influencia de *un pelo*, así es que lo miramos como la cosa más despreciable é insignificante. No siendo mucho pelo junto, no le damos importancia; no sabemos apreciar las cosas, no discurrimos, no somos filósofos.

Sin embargo, Fr. Gerundio que así cuida de lo

mínimo como de lo máximo, ha llegado á convencerse que de *un pelo* pende muchas veces el destino de los mortales. Ya lo apuntó hace dias el hermano Ovidio en su estilo lloroso y quejumbron. Efectivamente: figúrate, oh lector, que tienes una cita de interés y que has empeñado tu palabra de honor de no faltar á la hora; que le da gana de rozarse al *pelo* de que pende el movimiento de tu reloj, y por consecuencia natural te se para; le sacas, le miras; ves que aun no señala tu hora, le guardas, esperas, el tiempo marcha, la hora pasa, tú faltas á la cita y quedas *cochinamente* (palabra bastante humilde, pero muy significativa). Si eres caballero, debes ahorcarte; si eres ambiciosillo, y la cita era con un Ministro para tratar de destino, y el Ministro, como es natural, se enfurrusca y pierdes su gracia, no sabes sentir si no te tiras en el primer rio que encuentres. Si la cita era con tu dama, y sabes ser buen enamorado, no debes tardar quince minutos en levantarte la tapa de los sesos de un pistoletazo. Y si ella te queria, como supongo piadosamente, será un alma de cántaro si no va tras de tí á la eternidad. ¡Ahí es nada lo que puede ocasionar un pelo!

Y á tí, suscritora vivaracha y escrupulosilla, ¿no te ha sucedido alguna vez hallar *un pelo* en la comida, acaso cuando hayas tenido un convidado de etiqueta? ¡Vaya si te habrá sucedido! Y te habrás puesto más encendida que una grana, y te habrán dado náuseas, y habrás echado las de Datan y Abiron á la porcona de la criada que tiene la maldita costumbre de peinarse sobre los mismos pucheros; y acaso la habrás

despedido de tu casa, y sabe Dios cómo se habrá visto para hallar otro amo. ¡Por vida del pelo de mi abuela!

Y á tí, lectora de los ojos negros y gachones (que ojalá veas con ellos lo que deseas mejor que yo), ¿no te ha dado algun mal rato un solo pelito de esa poblada pestaña, que por casualidad te haya quedado introducido entre el párpado y la niña? No quiera Dios que tal te vuelva á suceder; y si te sucede, no permita el cielo que se halle delante Fr. Gerundio, porque de verte llorar se le caeria á él el lagrimon *así* (al decir esto, suelto la pluma, cierro ambas manos y junto los puños. ¡Mira si serian bien gordos!)

Se me figura, oh lector de mis pecados; se me figura (y cuidado que estaremos á cien leguas de distancia), sí; se me figura que te diviso por debajo de esa chalina una marca de pelo en esa camisola ó camisolin, ó como llamais eso blanco que traeis al pecho. ¡Oh, amigo! Dos iniciales hechas de *un pelo* de tu Clotilde; de *un pelo* que se arrancó de su misma cabeza por su misma mano: ¿para qué? Para que la marca con él trabajada sea para tí un signo perpétuo é indeleble, que tiene que durar en el percal ó batista (que desde aquí no distingo bien la clase de tela) más que una inscripcion régia cincelada en duro mármol; para que te sea más expresivo que S. P, Q. R., *Senatus Populus Que Romanus*, para los descendientes de Rómulo; más que el J. N. R. J., *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*, para los cristianos fervorosos; más que el P. O. J., *Paz*, *Orden*, *Justicia*, para el ministerio del mal genio.

Vamos, que tambien tendrás un pañuelito marcado con *otro pelo* (ó con el mismo, si aquel era bastante largo, que en eso yo no me meto). Pues piérdele por una casualidad ó cámbiale por un compromiso: ¡ay de tí, infeliz! O truenan los amores para siempre, ó te cuesta aguantar quince dias de brusco, que más valiá pasarlos en el purgatorio... ¡Y todo por *un pelo!* ¡Maldito *pelo!*

Es que nadie sabe lo que es *un pelo*. Senador conozco yo, señores (y ya ven Vds. lo que supone un Senador), que si al tiempo de salir de casa al Senado se le descompone, desnivela ó desorganiza *un pelo*, vuelve al tocador, pasa otra hora y media en restituirle á su pristino lugar, se mira, se remira, y aunque entre tanto se estuviera votando en el Senado una cuestion vital, y los votos se empataran, y de su desempate pendiera la suerte de la patria, nuestro Padre Conscripto no se desprenderia del tocador hasta que estuviera arreglado, atusado y rigurosamente disciplinado el rebelde *pelo*.

De *un pelo* arrojado al agua ó á la humedad dicen que se forma una culebra; de las culebras se hacen los culebrones, de los culebrones los dragones; así como de un abogado, si hay humedad, se hace un Intendente; y de un Intendente, si la humedad sigue y hay fermentacion, en un par de hervores se conglutina un Ministro acabado en *on*, como dragon. Habiendo humedad, de *un pelo* se forma cualquier cosa; no habiéndola, no se forma más que una *cana*.

¡Un pelo! Sobre *un pelo* arman una zapatina los diputados ministeriales y los de la oposicion, que *del*

pelo hacen una cuestion de vida ó muerte, ponen la cosa *peliaguda*, y poco les falta para andar *al pelo* unos con otros.

Por último, señores: *sobre un pelo* da Fr. Gerundio una capillada, lo cual demuestra que hasta que todos los hombres y mujeres no se vuelvan calvos, no le faltará á Fr. Gerundio sobre qué gerundiar.

LA FACHADA DE SAN MARCOS DE LEON.

Señores lectores, si alguno de Vds. se halla con el sombrero encasquetado, tenga la bondad de descubrirse, porque es á Fr. Gerundio á quien está leyendo, y á cada uno se le debe tratar como quien es. Eso en todos los gobiernos es bien visto. ¿Están Vds. ya?

Pues señor, lo mismo fué salir del despotismo de las lluvias pasadas y amanecer un dia en que recobrando el sol sus imprescriptibles derechos nos restituyó la libertad de pasear por el campo, quise, yo Fr. Gerundio, aprovechar el primer claro, y dirigí mi humanidad reverenda hácia las afueras de Leon, sin más objeto que respirar aire libre. No llevaba más compañía que el breviario debajo del brazo con ánimo de echar vísperas sino habia gente que me lo estorbara. Cuando menos me percaté, halléme delante del convento de San Marcos; púseme á contemplar su hermosa fachada, aquel hermoso frontispicio de vistosa piedra costosamente labrada, que así llama la atencion del artista extranjero que viene á copiar los

monumentos clásicos y obras maestras de nuestra pátria, como la del tio Meleno que concurre todos los mercados á la ciudad montado en su burra mohína á comprar ajos y pimiento para la semana. ¿Por qué no me ha de suministrar esto, dije para mi capilla, materia para un articulejo? Y púseme á examinar los rótulos de los bustos de aquella comitiva de aristócratas de piedra que al escultor le vino en mientes entallar todo lo largo de la fachada.

Aquí entra Fr. Gerundio á darse tono. Figúrate, oh lector, que lo estás viendo en la actitud fachendosa de un observador anticuario, con las antiparras á caballo *more masculino* sobre su nariz ciceroniana, la boca entre-abierta, la cabeza supina, el manto casi cayéndosele de los hombros, y la capilla caida *sin casi* sobre la espalda, como un hombre enteramente absorto y extasiado. No pasaba una rata de un lado á otro que yo no observase; oia decir: «es Fr. Gerundio.» Entonces yo aparentaba más *absorbimiento*, y me gozaba de verme contemplado con más admiracion que yo observaba las figuras de piedra. Cualquiera me hubiera tenido por un Arquímedes: y aunque me acordaba que aquel famoso matemático habia pagado bien caro su arrobamiento en la solucion del problema, pues le costó ser esbandullado por un soldadon romano que no entendia de más ángulos, ni círculos ni cuadraturas que el lanzon y la charrancha, me parece que hubiera deseado en aquel momento que entraran los facciosos en Leon y me hicieran víctima de una distraccíon histórico-político-arquitectónico-gerundiana, con tal que á semejanza del mauso-

leo que erigió al Geómetra de Siracusa el general Romano colocando sobre él como símbolos de su facultad un cilindro y una esfera, me hubiera levantado á mí D. Cárlos un cenotafio con un cordon y una capilla por remate. ¡Es mucho tono el que da una actitud de esta naturaleza!

El primer Reyancón de piedra que me eché á las barbas fué Príamo, el Luis Felipe de Troya, en razon de numerosa prosapia, cuyos hijos se derramaron concluida la guerra por diferentes estadillos, como Luis Felipe quiere dejar acomodaditos los suyos, aunque sea de reyezuelos de mala muerte á más no poder. Desde luego extrañé ver colocado este personaje en un edificio destinado para canónigos regulares, pero así me quedé, y pasé adelante.

Le seguia Páris su hijo, el encargado por Júpiter de terminar la *discordia* que habia producido entre las diosas la maldita manzana. Pero ¿qué sucedió? Que por contentar á Vénus se atrajo los enojos de Juno y Palas. Si no hay peor cosa que dar preferencias. Por eso Fr. Gerundio no ha querido dar *la manzana* ni á los exaltados ni á los moderado (pese al señor Marqués de Someruelos), sino que la tiene reservada para el que marche en regla, sea del partido que quiera, y como todavía no le ha encontrado, conserva la manzana guardadita en la manga.

Al lado de Páris creí encontrar á la famosa Elena, cuyo robo tanta cachetina originó entre griegos y troyanos, pero ni á su lado ni más lejos la pude hallar. Sospeché si se le habria llevado algun canónigo para alivio de las penas, de la exclaustracion; no, y si la

hubiera cogido yo á mandamiento, puede que tambien hubiera arramplado con ella por un principio de conciencia escrupulosa, porque quien roba á un ladron gana cien dias de perdon, y que segun cuentan, la moza merecia la pena de hacer una calaverada; y sobre todo, hubiera llevado la mira de convertirla al cristianismo, y ganar un alma para el cielo.

El tercero seguia Hector, el Zumalacárregui de aquella familia. Vaya, dije; la historia de los Dardánidas tenemos aquí. Así es que contaba ya con que el cuarto de seguro fuese la buena de Laodicéa, y me hallo inesperadamente con Alejandro Magno. Primer anacronismo en la fachada de San Márcos. Despues viene Julio César: otro salto, y otro anacronismo. A continuacion me tropecé con la hermosa Judith; vaya usted viendo qué mezcla! ¡qué fusion tan particular de sagrado con profano! No me pareció mal granito la señora, pero me disgustó que la hubieran esculpido con el retrato de Holofornes colgado del cuello. ¿Qué se diria hoy de una señora que trajese el retrato de un hombre á quien aborreciera? Como que los maridos cuyos retratos cuelgan del cuello de sus esposas no necesitan de más testimonio de entrañable amor de parte de ellas, pueden estar segurísimos, y son completamente afortunados.

La seguia Isabel la Católica; y para encontrar á su marido D. Fernando me costó recorrer toda la línea: no se por qué regla de arquitectura me habian divorciado este matrimonio. Sospeché si seria por los celos con Lucrecia Romana, que es la que colocó el artífice junto á Doña Isabel; pero á buena parte iba el señor

don Fernando si hubiera caido en tentacion de echarla un tiento: lo primero, que tenia que atravesar un monton de siglos hácia atrás para encontrarse con ella; y lo segundo, que era mujer que no gustaba de coche, y si no que lo diga el atreviduelo de Sexto Tarquino. Pero no puedo menos de decir que ella fué una bobona; despues del daño hecho se va á quitar la vida, y deja al otro danzante que se vaya riendo de la fechoría. Así hacen los niños cuando se enojan: se vengan con no querer comer, y el daño se le hacen á sí mismos; además que el castigo de la *Tarquinada* habia de haber sido antes, antes. En fin ya pasó.

Junto á la virtuosa Romana ví al valiente Annibal, el Espartero de los Cartagineses. ¡Ola pájaro! dije en alta voz: tú te dormiste mucho sobre las victorias, y eso que no pendias de un ministerio que tuviese á tus soldados sin un cuarto y sin zapatos: así no hubieran tenido tanto calzado, y tantos guantes y tanta morondanga.

¿A que no saben Vds., ni los mismos de Leon, quién está en San Márcos junto á Annibal? Pues están Júdas Macabeo, David y Josué, y junto á Josué, Carlo-Magno y Bernardo del Carpio: ¿quién lo habia de pensar? Pero ¿quién habia de pensar tambien que estuviesen allí mano á mano Hércules con el conde Fernan Gonzalez; Trajano con el Cid; el marqués de Villena con Octaviano César; D. Alvaro de Luna y D. Beltran de la Cueva con Cárlos V y con Alfonso de Castro? Pues allí están con otros que no nombro, para el que los quiera ver, y allí se encontrará tambien en la portada del medio á un Santiagon de piedra, bus-

cando moros que vendimiar, y rabiando porque no le han dejado allí más cristianos, hebréos ó infelices absolutistas; y las conchas se le habian quedado sobre la iglesia. En fin, aquello es una historia de anacronismo y anomalías; un tomo histórico de escultura, cuya paginacion está toda cambiada y trastornada, y su encuadernacion hecha por un librero loco. Así es que cuando iba yo, Fr. Gerundio, discurriendo cómo atar tanto cabo suelto de esta historia de piedra, cómo buscar algun órden, alguna uniformidad, algun enlace entre aquellos cuadros, di de hocicos con el puente que está al extremo del edificio, y me hallé así como suena entre San Márcos y la puente, no en refran, sino en realidad.

Lo mismo está ahora nuestra España que la fachada de San Márcos, porque nuestros hombres de estado son tambien como el escultor que trabajó aquellas medallas. Ellos nos han levantado un edificio, hermoso sí, y de una fachada vistosa y muy laboreada, porque son unos arquitectos teóricos que se las pelan; pero llegado el caso de ejecutar, no se ve más que anacronismos y anomalías, cuadros y páginas descuadernadas. Tras de una ley análoga al siglo XIX, sale un decreto propio del siglo XV: al lado de una órden digna de los tiempos de Mariblanca, marcha un reglamento que seria bueno para de aquí á 150 años; y andamos y volvemos, y seguimos y tornamos, y parámos y corremos, y nos hacemos tan pronto águilas como tortugas, tan pronto tortugas como cangrejos, y cuando Fr. Gerundio va á concordar épocas, á atar cabos, ordenar cuadros, y enlazar páginas, se encuen-

tra con que nos hallamos... *entre San Márcos y la Puente.*

LA CUCHARADA.

Tirabeque.—Señor, muchas gracias.—¿Por qué, Tirabequ?—Porque hoy no me ha dejado Vd. meter baza, señor; y como Vd. llevaba trazas de hablarlo todo, y yo perdia las esperanzas de meter mi *cucharada*, crea Vd. que me faltaba poco para reventar.—Bien, hombre: vamos; ¿qué tenias que decir?—Ya que no pueda *entrar de lleno* en la cuestion, como dicen los diputados (y tienen razon, que las más de las veces entran *de vacío*), porque falta poco para llenar esta capillada, le haré á Vd. una preguntita, no más: usted que dice que ha descubierto la muerte, ¿á que no sabe Vd. cómo ha de coger la muerte á D. Cárlos? —Que sé yo, hombre; puede que le coja sentado en el trono, si sigue un poco más la sandez de hacerse la guerra los liberales entre sí.—No me ha de andar usted con *puedes*: ha de decir Vd. de fijo cómo le ha de coger.—Acaso le cogerá *transigiendo* con el ministerio de P. O. J.—No ande Vd. con *acasos*: ha de decir fijamente cómo.—Quién sabe si le cojerá haciendo novenas á la Vírgen de los Dolores.—Tampoco ha de decir Vd. *quién sabe*; diga Vd. cómo le ha de coger la muerte.—No será difícil que le coja durmiendo á pierna suelta á los siete años de sueño, si el gobierno no quiere calzar la tropa.—No ha de decir

usted *no será difícil*: diga Vd. cómo.—Tambien es posible que le coja haciendo un mimo á la Duquesa de Beyra.—No ha de decir Vd. *es posible*.—No, pues pariendo es bien seguro que no le coge. Ni es posible saber puntualmente cómo le cogerá la muerte.—Pues yo lo sé.—¿Qué has de saber tú, botarate? Vamos, ¿cómo ha de coger la muerte á D. Cárlos?—Le ha de coger vivo.—Lástima es que no te diera yo á beber el vino por una capilla rota.

SUSPENSION DE HOSTILIDADES.

Ya tenia Fr. Gerundio gana de descansar unos dias; ya tenia gana de escupir despues de tanto como se ha desgañitado desde el santo púlpito en el discurso de un año: ya lleva rotas una porcion de capillas á fuerza de sacudir con ellas y le hacia falta una tregua para dedicarse á remendarlas. En cuya atencion se veía ya inclinado á suspender las misiones por algunas hebdómadas: pero el pronunciamiento favorable del público, manifestado por el aumento en la suscricion y por todo género de conductos y comunicaciones, le comprometia gustosamente á seguir gerundiando sin interrupcion; y á esto estaba ya resuelto..... cuando ételе que se le encarga á Fr. Gerundio una Semana Santa con la precisa necesidad de desempeñarla por sí mismo por empeñarse la cofradía en no encomendársela á otro predicador.

Fr. Gerundio, pues, se ve en la precision de *suspender* sus capilladas *por algun tiempo*, y espera que el benévolo público se dignará dispensarle indulgente el silencio de una temporada. De su cargo queda anunciarle *cuándo*, *cómo* y *desde dónde* vuelve á anudar el hilo de sus sermones, lisonjeándose entre tanto de que su noble y amado auditorio no le perderá la devocion que hasta el dia le ha demostrado.

CAPILLADAS DE MADRID

(1 ° DE JULIO DE 1888 A FIN DE DICIEMBRE IDEM)

PEREGRINACION DE FRAY GERUNDIO
Y SU LEGO.

Mil ochocientas treinta y ocho primaveras, sin faltarle un cuarto, contaba la tabla cronológica de Fray Gerundio desde que Cristo nuestro bien, tuvo el mal gusto de venir á este mundo piñolero á predicar *paz á los hombres de buena voluntad* hasta que Muñagorri se apareció en Verástegui predicando *paz y fueros* á los vizcainos y navarros de *buen temple.* En este estado de cosas habia amanecido una mañana de Mayo, porque en Castilla desde que Fr. Gerundio tiene uso de razon ha tenido la curiosidad de observar que siempre amanece por las mañanas. Los dias anteriores habia diluviado en términos que los especuladores en granos estaban dados á Satanás, al paso que los labradores contaban *un año más de vida*, si la Divina Providencia preservaba sus campos de una nube de piedra ó de una nube de facciosos, que es lo mismo. Pero aquella mañana se presentó más *moderada.* Las nubes vagaban esparcidas por el azulado espacio como grupos de una faccion derrotada y dispersa. Yo acababa de reemplazar mi gorro blanco de dormir

con la respetable peluca color de castaña, y me preparaba á echar los maitines de la feria sesta: mi ingenioso lego Tirabeque habia madrugado á remendarse los calzones, cuya operacion ejecutaba en camisa y calzoncillos, por ser el único uniforme que tiene para los dias de gala y para los que le toca de rancho.

En este otro estado de cosas sentí ruido en el zaguan; monto las gafas, abro la ventanilla falsa de la celda, y me pongo á hacer un reconocimiento. Eran maragatos con su correspondiente séquito de mulos; porque las caballerías son á los maragatos lo que las adiciones y enmiendas á proyectos de ley aprobados por el Congreso. Pero hay una diferencia, y es que los maragatos se sirven de los mulos para marchar, y los diputados se suelen servir de las adiciones para entorpecer la marcha. Todo va en génios.

Subieron mis maragatos, de los cuales uno era un *jóven caudillo*, de la aristocracia de los maragatos, y hombre no solo de conducta, sino de *conductas*, pues es uno de los que portean los caudales de la Hacienda nacional. Los otros eran una especie de asistentes al sacro Sólio Pontíficio, es decir, auxiliares honorarios del principal. Preguntéles si traian caballería para Tirabeque, y me dijo el maragato *responsable* que traia la *adicion* de un pollinito. Llamé, pues, á este (no al pollinito, sino al lego), y le dije: «Vamos, Tirabeque, disponte á la mayor brevedad, porque tenemos que emprender un viaje hoy mismo. —¿Hoy mismo, señor?—Hoy mismo, Tirabeque, en esta misma mañana: estaba esperando solamente por estos amigos para ir en su compañía.—¿Y es muy

lejos, señor?—No es cosa, á Madrid.—Pero señor, ¡á Madrid nada menos! y así tan de sopeton, sin saber yo una palabra, sin despedirse de la comunidad, ni siquiera del pobre *padre Circumloquio!* ¿Quiere usted que vaya á ver si se les ofrece algo, señor?—Nada, nada, Tirabeque, el secreto es el alma de los gabinetes.—Señor los nuestros no son gabinetes, sino celdas.—Tampoco dice mal el secreto en las celdas; y vete á la tuya, ponte los calzones, y despáchate al instante.—Y las capillas que me falta remendar ¿qué hago de ellas, señor?—Anda que allá las darás un repaso: y si no se darán á hacer otras nuevas á un sastre.—Señor, ¿Vd. sabe lo que son los sastres de Madrid? Puede que cada puntada le costara á usted el valor de un sermon. Cabalmente me contó el otro dia uno que venia de allá que hasta los destitinos iban bajando ya de precio en aquel Madrid, pero que la tarifa de los sastres no bajaba nada: que en el presupuesto de hechuras, que llamaba él, no se conocia que estuviéramos en gobierno representativo.—Pues bien, allá las remendarás tú; y ahora vístete, coge las alforjas grandes, mete en ellas lo que puedas y vamos, que por tí se está esperando ya.—¿Y yo cómo voy, señor?—Tú debieras ir á pié, como manda la regla; pero teniendo presente tu cojera, he dispuesto que lleves un pollinito.—Señor, en tal caso que me lleve él á mí.—Se entiende, hombre; no has de empezar á molerme con materialidades: vas á ir en él hecho un verdadero patriarca, un Moisés, un Aaron, un Labán, un Melquisedech, un Balaan (porque el que éste llevara pollina y tú pollino no muda de es-

pecie). Parecerás un Sileno viajando por la India. En fin, tu entrada en Madrid semejará á la de Cristo en la capital de Palestina.

Vistióse, pues, Tirabeque, tomó sus alforjas, á cuyos hondos senos llama él, el uno *seno de Abraham* y el otro *el limbo de los inocentes*. El seno de Abraham le rellenó á tente bonete de las primeras materias que encontró en la despensa, formando *un acerbo comun* de chorizos, cecina, lacones, y otras porquerías: y tanto embutió, que á pesar de haber colocado en el limbo de los inocentes todas las capillas, túnicas, escapularios, cordones y sandalias que pudo, hubo que votar por unanimidad la *adicion* de un canto pelon para igualar el peso. Reconviniéndole porque habia metido tanto matalotaje, me contestó que me hiciera cargo que de aquel acerbo, no solo tenia que comer yo, sino tambien los maragatos, como *partícipes legos*, y él como lego *partícipe*, y lo que siento yo, añadió, es que con la prisa no pude recoger los huevos, legumbres y demás frutos menudos: eso lo lloraré yo siempre.

Salida: dispersiones: jornadas.

Emprendimos, pues, nuestra santa peregrinacion. Mas á pocas horas el horizonte empezó á irse oscureciendo, las nubes dispersas en grupos se reunian y amontonaban; una horrorosa manga de agua descargó sobre nosotros, y nuestra pequeña columna sufrió un verdadero descalabro. Este revés me ratificó en la idea de no creer jamás en tres cosas: mañanas

moderadas, dispersion de nubes y derrotas de facciones.

Alternando entre claros y oscuros llegamos á un pueblo, cuyo nombre podré callar sin socavar los cimientos sobre que descansa la causa de los libres; y aunque yo estaba bien lejos de pensar en que habia de pasar allí la noche, se dió la órden general de pié á tierra, y anunciósome que aquel era el término de la jornada. Desde que hay maragatos en España, cuya época creo yo que raya con la confusion de las lenguas en Babél, están ya marcadas las jornadas de cada dia; ni un paso más ni un paso menos. No serán *del progreso*; pero al menos son *conservadores*, no se quedan atras; y una vez en marcha no se paran aunque caigan chuzos: poco á poco y siempre andando, la jornada siempre se saca: desde los coetáneos de Jafet hasta los contemporáneos de Alonso Cordero se ha seguido constantemente el mismo sistema. Así quisiera yo que fuesen nuestros gobernantes: bien que no se corra á galope, no estoy por eso; pero una vez en marcha, estoy por sacar la jornada aunque caigan capuchinos de bronce: poco á poco se va lejos. Gobernantes, aprended de los maragatos.

La bota y el partido dominante.

Cuando yo me dedicaba á rezar el oficio divino, Tirabeque se incorporaba á los maragatos de la récua, los cuales suspendian su perpétua discusion sobre la órden del dia, que es el tratado sobre portes y cambios de mulos para escuchar la relacion de las trave-

suras de Tirabeque cuando fué refitolero del convento. El contaba, ellos reian, la bota andaba, todos soplaban, y por fas ó por nefas siempre le tocaba al lego historiador remojar la palabra dos veces mientras los otros una: para esto me salió pieza de rey. Tanto bebia, que á veces se me embebia (¡alabo á Dios qué retruécano tan sonoroso!) y siempre tenia que irle repitiendo «*Vamos Tirabeque, arrea ese prójimo:*» á lo cual me solia contestar: «*¡Señor, si parece retrógrado el maldito del pollino!*

En el discurso del viaje traté de sondear el espíritu de los pueblos, sus ideas dominantes, sus clamores y el partido que entre ellos cuenta más simpatías. En cuanto á espíritu, *neque si spiritus est audivimus*: todo eso del espíritu de los pueblos es farándula. Creedme, Pisones; los pueblos son momias. Su único clamor es *paz* y *pan*: sus deseos se limitan á que les dejen comer *un pedazo de pan en paz*: sus ideas dominantes *paz y un zoquete de pan* por activa, *y un mendrugo de pan y paz* por pasiva, y *paz* por participio, y *pan* por futuro en rus. El partido con quien tienen más simpatías es el que les eche menos contribuciones: el mejor gobierno para ellos el que menos les *adjetive*, y las mejores Córtes las que les *gerundien* menos. *Crédite, Pisones*: maldita mentira os digo, hermanos.

LOS PUENTES DE CARNE.

No debo pasar en silencio una de las escenas más ridículas y al mismo tiempo más tristes que he visto

ni pienso ver en mi vida. Es de advertir, que habiendo yo querido visitar antes de venir á Madrid las ruinas de los 25 conventos que teníamos en Salamanca, tuve que atravesar el camino que desde aquella ciudad viene á unirse con la carretera de Castilla en Lavajos. Antes de llegar á Blasco-Sancho hay que pasar el rio Adaja, que ni tiene puente, ni barca, ni se puede vadear á pié, ni aun con caballería menor. Pero en cambio de todo eso hay *puentes vivientes*. Vosotros los que habeis admirado los puentes colgantes de España ó del extranjero, los que habeis visto el famoso y atrevido puente subterráneo del Támesis, aunque no sea sino en la galería topográfica del paseo de Recoletos, ¿cómo creeriais que os faltaba ver lo más singular y admirable en materia de puentes, *los puentes de carne* del rio Adaja en Castilla la Vieja? Pues id, hermanos; dirigíos á aquel rio, y allí encontrareis cinco ó seis musculosos y nervudos *ciudadanos* españoles, desnudos de medio cuerpo abajo, que están constantemente aguardando viajeros para pasarlos á lomo de una á otra orilla. Por miserables dos cuartos tendreis el gusto de montar en un hombre como montó mi lego; y despues desafiad á los extranjeros á ver si con todo su progreso y sus artes y su industria han llegado ellos á tener puentes *racionales* como tenemos nosotros en Castilla. *¡Racionales!* ¡Ah! Los que teneis el insensato orgullo de no querer viajar sino en cómoda y costosa diligencia, ó creeis decaer de vuestra sublime esfera si no arrastrais el lujoso coche, trasladaos por un momento á aquel sitío y contemplad allí la humanidad verdaderamente de-

gradada, testimonio triste de nuestra miseria, oprobio de nuestros gobiernos y severa reconvencion de vuestro orgullo! Yo contemplaba tristemente la suerte infeliz de aquellos hombres, hombres como yo; y quizá bajaron hasta las aguas de aquel rio las lágrimas que me arrancó esta reflexion melancólica! Pero Tirabeque me hacia reir diciéndome: Señor, ¿sabe Vd. que voy más á gusto que en el *moino*?

LO QUE CALLO.

Callo los peligros á que nos expuso el viajar con el santo hábito, y que nos obligó por último á recogerle y marchar *á lo hombre libre:* si bien nos valió tambien algunos obsequios y finezas de los curas, creyéndonos, por lo menos, ayudantes de D. Cárlos perdidos y extraviados, y alguna otra expresion de tal cual beata que aun se conserva, y que venian á besarnos la mano diciendo á sus niños: «Mira, hijo, así eran los *santos frailes*.»

Callo por respeto el virginal pudor de las mozas de los mesones: enmudezco ante la elocuencia brusca de las mesoneras: acato la sencillez retórica de los dormitorios; venero la dureza artística de las camas; no tomo en boca, porque me la salpulliria seguramente, las cucharadas de *exaltado* pimenton, con que infaliblemente guisan, condimentan, aderezan y sazonan nuestras posaderas, lo mismo el barreñon de sopas de ajo, que el plato de perdiz ó de conejo: paso por alto la gracia con que limpian las cucharas con su misma saliva, con la sustancia misma de su cuerpo ¡las po-

brecitas! No examino las cuentas de aquellos ministerios, porque ni es moda, ni resultaria ventaja alguna en favor del erario de mi bolsillo: no me detengo en la prosáica y *moderada* prosopopeya del paso de la récua, y avanzo con Tirabeque y el maragato conductor desde la ya más suntuosa fonda de San Rafael por el puerto de Guadarrama arriba á descubrir terreno. ¿Qué sirve el odoroso ámbar que se desprendia del frasco interior de Sancho la noche que su amo acometió la célebre aventura de los batanes, para el que se percibia en derredor de Tirabeque al enseñarle aquellos famosos confesionarios, en que á tantos penitentes se les ha absuelto de los pecados mortales de oro y plata, y hasta de los veniales de calderilla, ya dejándoles proseguir con la conciencia enteramente limpia, y sin el peso y remordimiento de una sola moneda, ya proporcionándoles allí mismo la palma del martirio? Tres bruscos ataques sufrió del miedo, y otras tantas veces atacó y desatacó en masa, dejando el campo cubierto de despojos. Pero cuando llegamos al alto del puerto, tal era el pavor que de él se habia apoderado, que le pareció que el venerable leon de piedra que divide las dos Castillas se le iba derecho con la boca abierta á engullirse á un lego como una guinda, y acudió á guarecerse debajo del *moino*, en donde se acurrucó, haciendo la caricatura más rara del mundo. Mi risa y la del hermano maragato, y el haber divisado, aunque con ojos turbios, los soldados que allí se hallaban de destacamento, le inspiraron cierta confianza, y nos siguió, si bien no las tenia todas consigo, y al llegar al leon se desvió

á una oportuna distancia, oblicuando sobre la izquierda.

LA TRANSFIGURACION.

Me da á mí la gana de llamar *transfiguracion* á la transformacion de afectos que esperimentó Tirabeque cuando desde la cima del puerto se alcanzó á ver y se le enseñó á Madrid. No con tanto entusiasmo exclamaron llenos de júbilo los cruzados al descubrir la Ciudad Santa desde la montaña de Enmaus, «*¡Jerusalen, Jerusalen!*» como esperimentó Tirabeque en el alto del Guadarrama al ver la corte de España, término de su peregrinacion.

AHORA VOY Á ACABAR.

Si he de dar fin al curioso romance de nuestra expedicion, me precisa pasar en silencio las aventuras del último dia de ella, así como he tenido que omitir otras no menos divertidas de los dias intermedios, y me apresuro á anunciaros, lectores mios muy amados, que la tarde siguiente verificamos nuestra entrada en Madrid.

La fortuna hizo que encontrásemos luego quien nos diese hospedaje en caridad por nuestro dinero. Al instante nos dispusieron unas camas blandas de tablas duras, y en ellas nos echamos con la mejor fé del mundo. Yo descansé como un primogénito de casa solariega, y Tirabeque me aseguró que habia dormido como un guardian.

EL SANTUARIO DE LAS LEYES.

Hay en las provincias un deseo innato de ver las sesiones de Córtes. Cuando se leen los periódicos, rara es la vez que no se hacen comentarios sobre la importancia de las materias, juicios comparativos entre los más señalados oradores, á quienes se llama *las primeras espadas*, y admiraciones sobre la respetuosidad que debe infundir la naturaleza de la Asamblea y el local mismo destinado á celebrarla. Regularmente suele concluir uno diciendo: «No quisiera morirme sin ver un par de sesiones.» A lo cual contestan como en coro los demás: «*ni yo tampoco.*» Así es que al provinciano que se le tercia venir á Madrid, no se le aparta de las mientes en todo el viaje la satisfaccion que va á gozar de ver luego una sesion de Córtes: y si el viajero es hombre de estos aficionados á politiquear, sus intenciones no son de menos que de emplear la mitad de cada dia que esté en la corte en asistir á las sesiones.

Con este prolegómeno, ya podrán Vds. suponer las intencionazas que traerá Fr. Gerundio de encajarse al instante en el Congreso de Diputados. Como Fray Gerundio, cuando tiene antojo de una cosa, es hombre de poquísima espera, no quiso dejar pasar un solo dia sin satisfacer su patriótica curiosidad, y encaminóse con su lego cuanto antes pudo hácia el santuario de nuestras leyes.

Tirabeque se sorprendió al ver los dos leones que

están á la entrada: aun le duraba el terror pánico que le habia infundido el de Guadarrama. Pero luego volvió en sí, y me dijo: mi amo, estos dos leones representarán los dos partidos que luchan todos los dias allá dentro.—¡Ay, Tirabeque! Si los dos partidos que tan encarnizadamente se disputan el poder, lucharan con la nobleza y generosidad del leon, otros fueran los resultados y otra la suerte de la patria. Pero ellos emplean para desgarrarse y desgarrarla la fiereza del tigre y la astucia del caiman.

Como el centinela nos advirtiese que no llevando billete no se podia subir á las tribunas reservadas, hubimos de doblar la calle para entrar á la pública por el lado opuesto. Un muchachuelo acudió muy oficioso á recogernos los bastones, y nos entregó tarjetas con los números correspondientes al lugar en que los colocaba, para que no se cambiasen ni pudiesen faltarnos á la salida. Este órden me gustó.

Mil veces le previne á Tirabeque cuál habia de ser su comportamiento en aquel respetable recinto. ¡Cuidado, hermano Pelegrin! ¡Mucho silencio, mucha compostura, mucha circunspeccion! Vas á entrar en la Asamblea augusta, en el santuario de las leyes: sábete que el salon en que se tienen las sesiones era nada menos que la iglesia del Espíritu Santo: ¡Pensamiento feliz! haber destinado el templo del Espíritu Santo, la mansion del que ilumina los entendimientos de los mortales, para el lugar en que los depositarios de la sabiduría humana dictan las leyes que han de regir esta gran sociedad de hombres que llamamos Estado ó Nacion. Cuidado, Tirabeque! Mo-

deracion, gravedad, circunspeccion, silencio! No me comprometas con tus indiscreciones.

El reloj del salon daba las doce cuando entramos en la tribuna: aquel estaba todavía desierto, esta casi llena, y las reservadas lo estaban tambien de señoras sentadas y de caballeros en pié. El sonido de un esquilon anunció que era llegada la hora de entrar en sesion; sin embargo, ni un solo legislador parecia por aquellos sitios. Las diez era la hora señalada para nombrar presidente, secretarios y escrutadores en la mesa electoral; cuando se hicieron en los pueblos las elecciones de estos mismos, y sin necesidad de esquilon acudian muy puntualmente y aun se anticipaban á la hora para apoderarse de la mesa. *Entonces* eran candidatos: *ahora* ya son diputados. La patria *entonces* necesitaba de su actividad y de su celo: *ahora* ya todo lo tienen arreglado y corriente. Al cuarto de hora soné por segunda vez el esquilon, y el Espíritu Santo debia estar endemoniado por no tener todavía nadie á quien iluminar. Por fin compareció el presidente y algunos secretarios; pero aun hubo que tañer por la vez tercera el ahijon para que se dejasen ver algunos canónigos en el coro. Tres veces tocan tambien en Campazas á misa mayor los dias de fiesta, especialmente en el verano, para dar lugar á que concurran los gallegos de la siega. El campanero del Congreso supongo yo que debe tener un sueldo muy decente.

Un sudor copioso, como el que anuncia la crísis de una fiebre, y dulce como un baño de placer, discurria por todo mi cuerpo, descendiendo de la cabeza á

est
le
v

[illegible] como un torrente de agua santa desgajado de la cima del Gilboa, al ver ir entrando en el salon aquella elegante juventud legisladora, aquellos apuestos donceles, á cuya prudencia precoz hemos fiado los españoles el destino de nuestra patria; y entre los cuales se dejaba ver tal cual anciano, á la manera que asoma un pensamiento lúgubre entre las festivas sales y picantes epigramas que animan los brindis de un bullicioso festin. ¿Cómo no han de llevar nuestras leyes el sello de la madurez, de la circunspeccion y del tino emanando de aquellas cabezas, cuyos rizados bucles ondean con tanta gracia y suavidad sobre el campo de sus sienes, formando el verdadero y envidiado *molle atque facetum* de Horacio? La raya lateral del pelo, notable por su rectitud y blancura, denotaba hasta dónde llega la estudiosidad y conocimientos geométricos de nuestros legisladores, y se descubria por entre las montañas del cráneo como un arrecife abierto en peña viva en medio de un puerto para dar comunicacion á dos paises cuyas relaciones hubieran quedado interceptadas desde los trastornos del diluvio. El rubio bigote ó la negra pera que se dejaba ver en muchos de los rostros, prueba que no son incompatibles, ni están, como se cree, reñidas la ciencia de gobernar con el valor en los combates, y que el legislador y el guerrero pueden muy bien ser una individualidad lógica, como diria el Sr. Donoso Cortés, ó hallarse en un mismo sugeto, como digo yo Fr. Gerundio. Aquellos guantes, blancos como el albayalde ó amarillos como la guta-gamba, creerian algunos calculistas superficiales, de estos que no

ven más que la corteza de las cosas, que los traian por mero adorno ó por esmerado lujo. Muy al contrario discurrí yo. En mi entender eran un humilde símbolo de su modestia, un recurso para encubrir aquellas manchas de tinta con que se afea la mano cuando se escribe mucho; y yo no dudo que ellos habrian estado desde que apuntó el dia copiando del cerebro al papel máximas profundas de saludable gobierno, ensayos de jurisprudencia ó planes de economía para dar la última brochada al cuadro de nuestra felicidad.

Los bancos se iban poblando; y los saludos desde ellos dirigidos á las tribunas, y correspondidos con un abanico y una sonrisa, me persuadieron con gusto que nuestros legisladores no son ningunos rudos y severos espanciatas en el trato social: si bien esta evolucion era impracticable en algunos sin colgar el brazo derecho por detrás del banco, sin cabalgar una rodilla sobre otra y sin volver la espalda al presidente. Pero al cabo el presidente *es hombre*, y bien saben ellos hasta dónde llega la etiqueta entre hombres en un *exámen comparativo*. Entre tanto salian unos y entraban otros, y se sentaban estos y se levantaban aquellos, y cruzaban los unos acá y los otros allá, y todo era movilidad, y vida, y animacion, y patriotismo, y sangre hirviente.

La campanilla tocó tres veces á *Sanctus*, y el presidente declaró abierta la sesion: un secretario subió á la tribuna, y supongo que leyó el acta de la anterior; y digo *supongo*, porque ni la oí, ni la hubiera oido, aunque tuviese oido de raposa: la tribuna pú-

blica guardaba profundo silencio. En seguida debió leer varios dictámenes de comisiones, porque al fin de cada uno de ellos esforzaba la voz y preguntaba: «¿Se aprueba el dictámen de la comision?» Y á renglon seguida decia: «Se aprueba». Los signos de aprobacion debian ser muy disimulados, y el secretario estar muy práctico en entenderlos, porque yo no les percibia á pesar de todo mi cuidado. En tanto, y por no perder tiempo, como aquí en Madrid anda siempre el tiempo tan estirado, algunos diputados de la derecha (¡oh inefable aplicacion de los diputados de la derecha!) leian los periódicos ó se ocupaban en escribir. El simplon de Tirabeque creyó que escribirian su correo particular; pero yo, con más fundamento, creo que serian observaciones importantes ó apuntes útiles para *el país*. Los de la izquierda (¡oh inenarrable aprovechamiento de los diputados de la izquierda!) ó leian tambien, ó discutian entre sí puntos interesantes, ó ilucidaban privadamente las cuestiones: el bobo de Tirabeque las creia conversaciones familiares. ¡Cosa de legos!

El presidente tocó á *alarm*, diciendo: «Se abre la discusion sobre la órden del dia». Veinte y cinco diputados pidieron la palabra á un tiempo y con calor. Habló el más listo (en pedirla), gritó, se esforzó y se esgarrapitó con la razon. Pero algunos se hallaban tan embebidos en trabajar por la felicidad *del país*, así como otros la escuchaban con tal arrobamiento, que nada hubiera sido capaz de distraerles. El Senado romano podia ser una reunion de chicuelos: soltó Alcibiades un pájaro, y todos echaron á correr tras del

pajarito ¡Pero nuestro Congreso! Aunque al conde de las Navas le hubiera dado la humorada de soltar una águila rapante ó un *serpentón* alado, maldito caso hubieran hecho nuestros legisladores. Cuando se está labrando la felicidad pública, cuando se está correspondiendo á la confianza de los comitentes, cada padre de la patria es una Santa Teresa de Jesús: de tal modo se arroban que no son de este mundo. Eso es admirable, y eminentemente político y religioso.

Tirabeque dió en la aprension de que cierto ruido sordo y contínuo que no dejaba percibir al orador, salia del Congreso, y me decia: Señor, en el Concejo de Campazas, cuando habla un regidor...—¡Silencio, Tirabeque, y compostura! ¿Sabes dónde estás?—Señor, que callen los que hacen el ruido.—¡Tirabeque, circunspeccion! Mira: aquellos dos que se sientan ahora en el banco negro son dos ministros precisamente. —¡Ah, señor! El diablo me llevé si no es mi amigo Sombreruelos aquel de la cara mústia, que parece que le ha reñido su madre por venir tarde á la escuela. ¡Toma, toma! ¡Y se ponen á hablar con las piernas cruzadas! Vamos, mi amo. ¡Quién vió aquella formalidad de los capítulos de los frailes!...—Aguarda, que ha empezado á contestar uno de la comision al que habló en contra.—Señor, si no se oye. Y me hizo retirar exclamando: Demasiado *circunspeto* he estado yo, ¿no es verdad, señor?

A la salida hicimos entrega al chico de la tarjeta, y él nos la hizo de los bastones; mas, cuál fué la sorpresa de Tirabeque al oirle pedirnos dos cuartos á cada uno por haber cuidado de ellos.—Oyes, chico

(le dijo); pues qué, ¿se paga entrada por ver una sesion como si se viniera á ver unos títeres? Yo no puedo creer que no te tenga asalariado el Congreso para que cuides de los bastones como es regular sin incomodar á las personas decentes con socaliñas: en fin, toma y déjanos en paz: al cabo todo ello es una tiñería.—Sí, pues vaya Vd. al Senado, dijo el chico; allí no hay quien cuide de los bastones, y le sucede á usted que si lleva uno bueno de bambú, y baja otro antes que Vd., se sopla con él y le deja á Vd. otro de palo. Eso está sucediendo todos los dias: donde se los cuidan á Vd. sin interés es en la Bolsa—¡Toma, toma! dijo Tirabeque; aquí todo anda cambiado. *El público* guarda compostura, y *los diputados* hacen ruido, y en la entrada de la *Bolsa* hay más desinterés que en la del *Congreso*, y en el *Senado* si uno se descuida le roban el baston. Señor, para el primer dia no va uno viendo malas cosas.

LA TOS Y EL SUEÑO DE LA FELICIDAD.

Señor, ¿á que no sabe Vd. de dónde vengo?—Del infierno habias de venir. Ya empiezas á jugármela, Tirabeque, y esas salidas *estemporáneas* te han de perder. ¿Sabes que en Madrid necesita poco un lego para perderse? ¿Dónde has ido, hombre, dónde has ido con el calor que hace?—No se enfade, señor, que no vengo de parte á donde peligre el voto más delicado que hacemos. Vengo del Senado, señor.—Eso

es otra cosa. Bien: ¿y qué has visto allí?—¡Ah señor! ¡Aquello sí que está serio! Todos parecen provisores. Allí hay más *indignidad* que en el Congreso.—Dignidad querrás decir, hombre.—Sí señor, dignidad. Allí no se oye hablar más que á uno; los demás todos callan y escuchan como yo. Da gusto estar allí, señor. Yo de buena gana hubiera estado más tiempo.—Pues hubieras estado: puesto allí, yo no te hubiera dicho una palabra, aunque hubieses tardado un poco más.—Yo le diré á Vd. Me dió gana de toser y me salí por no despertar con la tos á dos senadores ancianos, que dormian como unos niños: me daba gusto verlos, y sentia despertarlos, señor. Se me figura que el sueño de un senador debe ser un sueño muy dulce. Ya se ve; el que ménos ha de tener treinta mil reales de renta...—Tú si que me parece á mí que has dormido y que todavía estás soñando. ¿Conque habian de estar durmiendo en el Senado, majadero? Les oiste tú roncar por ventura?—Roncar, no señor: por eso le digo á Vd. que deben tener un sueño muy dulce. Pero en cuanto á dormir, juraria que dormian, señor.—Calla, calla, simple: aprensiones tuyas.—Señor ellos no dormirian, pero la verdad, cualquiera diria que dormian. Bien que aquí en este Madrid parece que todo hay que entenderlo al revés.

NI PALABRA MALA NI OBRA BUENA,

Ó UNA AUDIENCIA MINISTERIAL.

Vamos, Fr. Pelegrin; ya has visto cómo da audiencia un ministro. Conque si yo te dijese ahora que pintaras al vivo una audiencia ministerial, ¿cómo trazarias aquel cuadro?—Señor, en primer lugar llamaria un buen pintor que lo hiciera, aunque me costara pagarle bien.—¡Grandemente, hombre! Tienes unas salidas... como de Tirabeque.—Señor, tambien tiene Vd. unas entradas... como de Fr. Gerundio. Y desengáñese Vd. mi amo, que mientras los hombres se metan á lo que no entienden, siempre andará la cosa á la virlonga. Yo soy franco; no entiendo más de pinturas sino que el color encarnado es más alegre que el negro, y ahora me queria Vd. meter á pintor.—¡Válgame Dios, Tirabeque, qué material eres en todas tus cosas! Cuando yo te *apunto*...—Señor, no ande apuntando, que el hombre las carga y el diablo las descarga.—Otra sandez: cuando yo te *insinúo* la idea de pintar una cosa, no es mi ánimo ni puede serlo que hayas de coger la paleta y el pincel, sino que pintes con la imaginacion algun cuadro ó escena, que es lo que se llama poesía descriptiva, en que tanto sobresalieron los célebres Addisson, Tompsomp, La Bruyere, Boileau, Melendez, el P. Maestro Gonzalez, y otros poetas. Y has de saber que en las provincias están aguardando los cuadros de tus observaciones en la capital bosquejados por tí mismo, y

esperan que les representes las cosas en su verdadero punto de vista, ahora que las ves y las palpas de cerca, pues dicen que las pintas muy al natural, que equivale á decir que posees la poesía descriptiva.—Pues mire Vd. señor, no lo sabia yo: estaba persuadido que todo lo que hablaba era prosa, y no muy elegante.—No lo estraño, Tirabeque, y eso te hace mucho honor. Y digo que no lo estraño, porque nos cita Moliere un francés, que podia ser tambien lego como tú, del cual dice que habló cuarenta años en prosa sin saberlo; con que qué estraño es, que tú no sepas que tienes una imaginativa pintoresca, y que hablas en poesía? Remángate, pues, y píntame ahí en cuatro rasgos bien trazados la audiencia que has visto—Señor, lo haré á mi modo, por obedecerle á usted; pero remangar, no me remango; ya sabe usted cómo tengo la camisa: esto aquí para ente los dos.

Pues señor; lo primero que pinto es un portalon grande con una escalera anchorusa y desahogada con tres ó cuatro ramales, que son el portal y la escalera de los ministerios.—Ya empiezas á truncar el órden sucesivo de las cosas; tú luego te metes en los portales: ¿y dónde dejas al ministro señalando dia y hora para la audiencia?—Señor, le dejo en casa echando un cigarro con diez ó doce diputados de la mayoría, que están todavía por acomodar. Son las once: de aquí á tres horas se le traigo á Vd.—¿Pues no es la hora señala?—Sí señor; Pero S. E. no suele venir hasta las dos. Vd. déjeme á mí. Eche Vd. por de pronto sobre doscientos ó trescientos cesantes aguardando en la escalera y el portal, que como es gente

que despacha pronto sus quehaceres, si se habian de estar llenando de calor en la puerta del Sol, se vienen aquí á tomar el fresco.—Sí; me pareció que estaba fresco aquello.—Y tan fresco, que los más salen de allí más frios que la nieve. Por el ramal de la derecha se sube al ministerio de la Guerra: no quiero nada con gente de tropa; y así me subo por la izquierda à donde están los de Hacienda y Gracia y Justicia. Aquí pinto tres ó cuatro antesalas con otros doscientos ó trescientos pretendientes en ellas.—Echa, echa pretendientes.—¿Que eche pretendientes? Pues no le traigo á Vd. aquí otros tres ó cuatro mil que andan por Madrid (sin contar los reclutas), porque esos, cansados ya de atacar por la audiencia, piensan dar el asalto por otra parte. A los de Gracia y Justicia les dejo á un lado del cuadro desahogándose con decir que en aquel *rètulo* en que se lee: *Secretaría de Estado y del despacho de Gracia y Justicia* debia borrarse la *Justicia* y quedar sólo la *Gracia*: y me voy á las antesalas de Hacienda.

Si yo fuera hombre que lo entendiera, pintaria aquí unas cuantas figuras como las que he visto en aquel sitio, que parece que estaban entregando el alma al Redentor, y que mejor estarian en el cuadro del *hàmbre de Madrid* que vimos en el *Mosàico*.—En el *Museo* dirás, bobo.—Es verdad, en el *Museo*: va uno sabiendo tanto, que ya las ideas se *trabucan*. Señor, siento no saber retratar, porque habia de dibujar aquí mismo en este medio tres ó cuatro señoritas que diera envidia, y al lado de las señoritas otros tantos pretendientes que pretenden á un tiem-

po con ellas y con el ministro. Los demás las miran y se dicen unos á otros: «estas siempre sacarán *raja*: apuesto yo á que S. E. ha tomado ya sus nombres en casa.» Señor, á mi parecer, para que los ministros no dieran la preferencia al palmito, todos habian de ser ó muy viejos, ó casados con buenas mozas, como antiguamente entre los persas y los chinos.—¿Dónde has leido tú esa especie, embustero?—Señor, no ha de dejar Vd. á uno poner nada de su casa: si Vd. no me hubiera atajado la palabra, los más de los lectotores creian que era verdad. Pero si no ha sido así, debia de ser.

Ahora un hombre pensativo paseando sólo y moviendo los labios como repasando la leccion de lo que ha de décir á S. E. Otro sentado en el banco de la paciencia apoyado sobre el baston y con la cabeza baja, y como quien dice: «¿habrá cabron que aguante esto?» Despues unos grupos contándose sus cuitas: «yo le voy á hablar claro, y á decirle: Excmo. Sr. yo ya no tengo un cuarto, siete meses hace que V. E. me está dando esperanzas, y mañana no tengo ya con que pagar la posada; ó mándeme V. E, fusilar ó deme con qué comer.» Y le responderá á Vd., le dice el otro, lo mismo que me ha respondido á mí: que aguarde quince dias más, y que si no tengo recursos, que me vaya á comer á su casa. Y así me tiene: amigo, *ni palabra mala ni obra buena.*»—Allí dice uno: «¿y Vd. por último, en qué se ha fijado, amigo?»—Yo sólo aspiro á la administracion de mi partido: me parece que no es mucho: tengo treinta años de buenos servicios, veinte y dos de buenos padecimientos,

diez de buena emigracion, cuatro de mala cárcel, y dejo seis mil reales de cesantía, cuando la administracion no vale más que cinco; pero ya se vé; si no pagan... En fin, segun me ha dicho el subsecretario, debo contar con la plaza. Es verdad que tambien he buscado buenas recomendaciones, y vengo propuesto en primer lugar por la direccion. Y aquí no debe haber falencia, porque yo supe la vacante el correo pasado, y no habrá venido de oficio la muerte del administrador hasta hoy.—¡Hombre, ó demonio! siento decírselo á Vd.; pero he sabido por casualidad que esa plaza estaba ofrecida á un paisano del ministro para cuando muriera el administrador: si ya no se dá nada por propuestas de las direcciones, hombre de Dios.—Por vida de San Juan me valga, que esto es para ahorcarse un hombre. Los demonios no tienen paciencia para sufrir esto. Si no fuera por la mujer y seis hijos que tengo, era capaz de tirarme un tiro.

Mientras estos esperan y desesperan, pasan dos diputados resoplando por la antesala adelante; entran por la puerticilla de la izquierda, y aguardan adentro á S. E. á quien no han visto desde las dos de la mañana. Los pretendientes les miran, y unos rien y otros rabian. ¿Vá bien el cuadro, señor?—Sí, pero te faltan ahora las sombras.—Señor, si le parecen á usted pocas sombras, le pintaré á Vd. aquí, aunque sea con tinta cinco ó seis viudas, con el velo caido.—¿Y cuando me traes el ministro hombre?—Señor, tenga usted un poco más calma, que con peores tripas le esperan los pretendientes. Ah: las dos: aquí le puede

usted ver ya, acompañado de seis diputados como seis soles, que se entran allá con él de rondon y me le entretienen hasta las cuatro: están salvando la patria. Aquí pinto doscientos demonios lo más feos que pueda...—Hombre, ¿doscientos demonios?—Sí señor: tantos como pretendientes hay en las antesalas, porque así ponen las caras de feas al ver á los diputados entrar escoltando al ministro, como aquellos demonios que dice Vd. que pinta el poeta Meliton.—Milton, hombre, Milton.—Si supieran ellos los responsos que les quedan echando allá afuera... ¿cómo se pintan los responsos, señor?—Refiriéndoles, segun ellos le rezáran.—Ellos decian: «malos demonios carguen con vuestra estampa, condenados, que no habeis de dejar á los ministros á sol ni á sombra: ¿pues no os basta estar jonjabándole la paciencia todos los dias y á todas las horas, sino que tambien habeis de venir al rabo suyo el único rato que destina cada ocho dias para oir á los pobres pretendientes? Moliéraisle allá á vuestras solas, si quereis destinos para vuestros parientes, y no viniérais aquí con tanto descaro, hijos de un... Dios me dé paciencia.» ¿Vá bien el cuadro, señor?—Un poco pesado vá: ya podias abrir la audiencia.—Más pesado iba ello, señor: antes aquí en el papel se pasan luego las horas: mire Vd.; todavía van á dar las cuatro; pero ahora mismo se abre la audiencia: ya llamaron dos penitentes.

Sala de columnas: otra sala; sillon del ministro.... ya sale un penitente: se rodean todos á él y le preguntan; ¿qué tal? ¿qué tal?—Bien; dice él muy conto: pienso ser luego colocado: me ha recibido con

mucho agrado, y me ha dicho que no me tiene en olvido.—Este es nuevo: dicen los otros: ¡pobre hombre!—Sale el otro... ¿qué tal? ¿qué tal?—Amigos, *ni palabramala ni obra buena*: como siempre: que sabe mis servicios, que está enterado de que ha sido una intriga, y que me repondrá luego. Lo mismo que me dijo hace cinco meses.—¿Vá bien el cuadro, señor?—No vá mal: prosigue, prosigue.—Así poco más ó ménos van entrando y saliendo hasta ocho ó diez; y luego sale un portero á decir que se acabó la audiencia por hoy.—¿Con que se acabó el cuadro?—Falta el retrato mio no más.—¿El tuyo?—Si señor, el mio; que yo entré el último.—Pero hombre, ¿cómo entraste si se habia cerrado lo audiencia? Cómo te permitió la entrada el portero?—¿Cómo me la permitió? Atropellando por él: ¿Quién es un portero para detenerme á mí? Pues sí señor, entré; y me preguntó S. E.: ¿Vd. quién es, y qué es lo qué Vd. solicita?—Su excelencia, le dije, yo soy Tirabeque, el lego de Fr. Gerundio.—Hola: sí, amigo, diga Vd. á su amo que tengo dadas las órdenes oportunas para que se pague una mensualidad á los exclaustrados.—Su excelencia, yo no venia ahora á pedir la pension, sino á decir á S. E. que mi amo y yo estamos en Madrid, y que si S. E. no dá las audiencias de otro modo, y S. E. no hace más caso de los pobres cesantes que se están muriendo de hambre, y S. E. no ha de tener destinos más que para los parientes de los diputados, S. E. llevará algunas capilladas, sin que á S. E. le valga toda la excelencia del mundo: y quede S. E. con Dios qne me está esperando mi amo.

Ya acabé, señor. ¿He pintado bien?—¿Pues no has de pintar, hombre? Si eres un Madrazo, un Goya, un Rafaél, un Ticiano, un Apeles... en fin, eres Tirabeque y está dicho todo.

En este mundo maldito
los más tontos son más listos:
En este maldito globo
los más listos son más bobos. (1)

¡Rayo con el pecadito original y su alma que nos trajo unas resultas que ya me rio yo!

Y luego dirian Vds. que me habia excedido el otro dia en mi denuncia fiscal porque pidiese un par de meses de detencion en las peñas de San Pedro para nuestro padre Adan. Digo que me quedé corto, y que debí haber pedido diez años con retencion en el peñon de la Gomera. Pero sí; échele Vd. un galgo al ancianito. Dicen todos los Santos Padres, y casi nos lo aseguran como de fé, que despues que su señoría (porque ¿qué menos le hemos de dar á Adan que usía?) hizo su gusto haciéndonos con él á nosotros la merced, el hombre supo ingeniarse, y el resultade es que salió bien del espediente con la clausulita de ordenanza de que no le parara perjuicio en su buena fama y opinion, y hoy dia se halla ocupando uno de los primeros puestos de la córte celestial, lleno de satisfacciones y riéndose de los pobretes que sin comerlo

(1) Este texto es mio..... y de Vds.

ni beberlo quedamos por acá á las resultas de sus antojos y golosinas.

Eso es para que vean Vds. entre paréntesis si data de bien antiguo el resultado de los espedientes que se forma á todos los pájaros gordos, de quedar absueltos de culpa y pena, sin que les sirva de nota desfavorable para su carrera y ascensos, ni perjudique á su buena opinion y fama, porque llenaron completamente sus deberes, y aun se portaron con heroicidad, mientras á los pájaros flacos que hicieron lo que les mandaban se les suele apretar el gaban, ó se les dirigen cuatro onzas de plomo á la sesera: mas libranos del mal, amen Jesus.

Dicen tambien los éticos (estos éticos no son los tísicos, sino los filósofos morales) que las partes del alma (1) que más lisiadas quedaron de resultas del pecado original fueron *la voluntad y la concupiscible*. Yo, Fr. Gerundio de Campazas digo: que hablando en general podrán tener razon los que así piensan; pero que respecto á los liberales de España, lo que más se resintió y resiente de aquel pecado son *el entendimiento* y *la irascible*; porque no he tratado gente más *tonta* ni que más *tontamente* emplee la irascible que los liberales de España, mis paisanos y amigos. Y eso que pasan por gente lista y de despejo; pero está visto que

en este maldito globlo
los más listos son más bobos.

(1) No es Fr. Gerundio el que divide el alma en partes, siendo espiritual: son ellos.

Y si no venid acá y decidme, hermanos mios (que todavía habeis de acabar conmigo á sentimientos) ¿puede darse una *bobería* mayor y más solemne que estaros persiguiendo y sacrificando unos á otros miserablemente, cuando teneis delante un enemigo comun que á todos os iguala, y que como un leon rugiente anda buscando á quien devorar? ¿Qué es esto, hermanos? ¿Hasta cuándo ha de durar vuestra insensatez y vuestra *bobería*? ¿Es posible que hayais de ser tan *tontos*, que conociendo como conoceis que esa conducta os acaba y aniquila, habeis de continuar persiguiéndoos con tanta tenacidad y encarnizamiento? ¿Qué significan esas voces de *moderacion* y *exaltacion* que os tienen perpétuamente dividos? Que sois necios, que sois bobos; que no dirigís vuestros conatos al punto capital, al blanco de la cuestion, á la destruccion de un solo enemigo, del jefe que enarboló la bandera de la tiranía, al esterminio de los que á su lado pelean por ambicion ó por fanatismo. ¡Exaltados! ¡moderados! Mentira: no hay tal moderacion: todos sois intolerantes: ninguno teneis generosidad para sufrir al que no opina como vosotros. Olvidad esas voces con que designais los miserables partidos, acaso las necesarias fracciones en que os dividís; haced el sacrificio de vuestro espíritu en obsequio de vuestro provecho; ¿os ha sido revelado de arriba que vuestra sola opinion es la verdadera, ó que sois inerrables?

Sed, pues, menos orgullosos con los que no piensan en todo como vosotros, pero que están comprometidos por la misma causa; y sedlo siquiera porque

no tengan los carlistas el placer de decir: «qué necios son los liberales! Nos están preparando el tríunfo con sus mismas armas.» Mirad que como decia un filósofo, á quien acaso en otras cosas respetais vosotros más que yo, pero que en esto decia la pura verdad, «la discordia es el mayor mal del género humano, y la *tolerancia* su único remedio.» Vosotros mismos lo conoceis, sí: estoy seguro que lo conoceis pensándolo á sangre fria en vuestros gabinetes, que lo confesais hablando con vuestros amigos, que os lamentais de lo mismo que yo me lamento: ¿en qué consiste, pues, que cuando escribís para el público, que cuando gobernais, ó cuando os parece que habeis sido vencidos, levantais furiosos la voz contra los que no son de vuestro partido? Porque así os mueve á hablar el interés, porque todo lo sacrificais al interés, porque el interés es vuestro Dios, porque adorais en el mónstruo del interés. ¡Maldicion á ese interés! Vuestro interés debe ser solo el de vuestra patria.

Si un gobernante disipa las rentas del Estado, si engorda á costa de la miseria pública, si insulta á la moral y á la justicia postergando el mérito y asesinando las familias, por conservarse en el puesto, por atender á la sangre, ó por satisfacer una pasion, no le llameis moderado ni exaltado; ese es un hombre injusto, ese es un vil idólatra del interés, ese *no es liberal*; no le fieis los destinos de la nacion, ó arrancadle legalmente el poder si se le habeis confiado. ¿Creeis que otro empleará con acierto vuestros sacrificios, que atenderá al mérito y á la virtud, que no hará víctimas despojando de la propiedad ó de un empleo bien servido,

que dirigirá sus esfuerzos contra el enemigo comun, que obrará sin espíritu de pandillaje, que llevará por guias la honradez, la probidad, la buena fé y una intencion sana, encomendadle la direccion de los negocios, y no le llameis ni moderado, ní exaltado, llamadle un *liberal.*

Nunca me cansaré de predicaros, hermanos mios; y si cien bocas tuviera, y si con cien plumas pudiera escribir á un tiempo, todas á un tiempo las emplearía para inculcaros: «actividad, firmeza en contra del enemigo comun de nuestra pátria; generosidad para perdonarle si un dia le tenemos vencido; *tolerancia* para con las diferentes fracciones del partido liberal; *tolerancia, fraternidad, union.*»

Vosotros, los que habeis recibido la mision ú os habeis tomado espontáneamente la importante tarea de dirigír la opinion pública, vosotros escritores, que con más saber, con mejor pluma, quizá con más prestigio que yo, podeis inculcar al público esta doctrina saludable, ayudadme á imprimir en los ánimos de todos los liberales, de todos los españoles estas ideas en mi entender de aprovechamiento y de salud.

¿Pero no estoy siendo yo el hombre más simple y más tonto entre los tontos y los simples? Yo miserable reptil de los escritores, yo el mínimo de los periodistas ¿podré esperar que mis humildes escritos, y mis buenos deseos sean capaces á minorar, cuando no á hacer desaparecer esa fatal, esa *ominosa intolerancia* con que unos á otros nos estamos destrozando los amantes de un gobierno justiciero y libre? ¿Quién soy yo, miserable de mí, para prometerme

restañar las hondas llagas que cruelmente se hacen estos nuevos Güelfos y Gibelinos de la libertad de España? Al fin me quedará el consuelo de haber empleado para conseguirlo mis débiles fuerzas, y si su obstinacion nos atrajese la ruina, me acompañará acaso la triste satisfaccion de oir á alguno que pueda salvarse de ella, exclamar con un dolor que no tenga remedio: *¡Bien decia Fr. Gerundio!*

UN SUSPIRO.

Tentaciones me dieron el otro dia de alumbrar un bofeton á un muchacho que venia pregonando por la calle «*á cuarto, suspiros de monja, á cuartito.*» ¿Quién habrá sido el bribon menguado (dije para mi con indignacion) que se atrevió á tasar un suspiro en un cuarto? ¡Un suspiro que hoy dia es una ley! si señores, una ley; porque es la expresion de la voluntad general de la nacion: es la expresion de sus necesidades; un suspiro es un pronunciamiento, si no glorioso, al menos muy sentimental, y de un patético sublime: de un patético, semejante al que los retóricos encuentran en aquel hondo y lastimoso suspiro que despidió nuestro Redentor desde la cruz, seguido de aquella triste palabra «*¡sitio!* tengo sed.»

¡Y que me quieran decir á mí que aquel suspiro no valia más que un cuarto! Pues bien: ¿que otra cosa es hoy el suspiro de una monja sino la expresion de su necesidad, un emblema en que sale envuelto el

sentido de esta breve y significativa oracion: *tengo hambre: esurio?* Y esta frase sublime, este compendio de elocuencia famélica no vale más que un cuarto? Pues esa, esa misma frase es la expresion de la voluntad nacional; para mí el espíritu, el verdadero pronunciamiento de la nacion es un hondo y prolongado suspiro que sale de lo íntimo de sus entrañas y dice: ¡¡¡ay qué hambre!!!

Y cuidado, señores, que esta no es un hambre alegre y llena de esperanzas como la del poeta D. Isidoro en la ópera de Coradino, que despues de una larga exclamacion «¡ay que haaaaaaaambre! que dá lugar el arco del violin acompañante para correrse de punta á cabo por el bordon, prorrumpe en aquel alegro bullicioso:

Mas este castellaano
será de larga maaaano;
Don I-sido-o-ro ale-e-egre
prepá-a-rate á bailar, si si si.

El hambre actual española no inspira tanta confianza, porque, aunque tenemos de ministro de Hacienda á un asturiano de tan buenos sentimientos como el castellano aquel, no podemos decir con D. Isidoro:

Más ah que este asturiano
será de larga mano, etc. .

Y en vez del *prepárate á bailar* me parece que podemos decir *prepárate á rabiar*, con la esperanza

de poder aplicar el mismo estribillo al que venga tras de él; lo cual no deja de ser divertido y consolador.

¿Pero no es buena manía la que yo tengo de hacer de cualquier cosa un artículo de política? Quede sentado, pues, que un suspiro del género famélico no puede ser tasado en un cuarto, de lo cual da muestras de estar convencido el gobierno, porque aunque vea que se nos sale el alma en suspiros, *no da un cuarto por todos ellos;* y consideremos el suspiro, ya que nos hemos puesto, como expresion de la sensibilidad.

Si supiera yo que un suspiro mio en este sentido se tasaba en un cuarto, me pegaba los lábios con encarnacion ó con cola de retazos de guantes. Un suspiro no tiene precio, no basta todo el oro á pagarle, es de una apreciacion infinita; ¡cuántas veces es el signo pronóstico de una felicidad perdurable! ¡cuántas el precursor de una conciliacion deseada! ¡y cuántas el nuncio de una pasion naciente como una chispa imperceptible que ha de venir á hacerse un Vesubio! No me dejes mentir, jóven romántico, el de la larga cabellera; has de ser ingénuo. ¿No es verdad que no vale un pepino el tan decantado suspiro que despidió Alejandro cuando le dijeron que aun le quedaban otros mundos que conquistar, en cotejo del que se arranca del cráter de tu pecho, cuando confias al arroyo ó á la selva entre las brisas de la mañana, los silbidos de los vientos, ó la detonacion de horrísona tempestad, los desdenes del ángel de tus amores, de la vírgen celestial en quien adoras? ¿Con qué se paga aquel primer suspiro que sale de la boca de una bel-

dad orgullosilla ó tímida, aquel primer suspiro arrancado por un amante derretido á fuerza de lagrimones y ternezas, á fuerza de odas y romances, y que parece decirle á imitacion del apóstata Juliano, «*¿Venciste, oh Galileo, venciste?*» Con nada, porque nada hay que pague la felicidad que divisa el amante trovador por entre la nubécula de vapor de aquel suspiro.

El lenguaje de los suspiros es el más elocuente que yo hallo; el más expresivo, el más compendioso y el más fuerte; es el idioma de la naturaleza sensible; escusado es buscar palabras que den fuerza á un diálogo de suspiros: cualesquiera que fuesen le debilitarian. Cuando yo pienso en la fuerza y efectos de dos suspiros que se encuentran, no me cuesta trabajo creer en el galvanismo; y la columna de aire de un suspiro es no pocas veces un ariete que derriba el bronceado muro de un pecho al parecer inconquistable. Sin embargo, un diálogo de suspiros, cuando no les siguen de cerca las realidades de lo positivo, no deja de tener algo de ridículo, y lo hallo muy parecido á las simpatías de Mr. Molé. Por eso hay muchos que en materia de suspiros dan la preferencia á los de á cuarto, esto es, á los que vendia el muchacho de mi artículo, que á más de ser dulces, alimentan.

Si quereis saber mi opinion en la materia, os lo diré con mi natural ingenuidad; yo aprecio los suspiros como á embajadores que ofrecen una cooperacion franca, directa, activa y eficaz de parte de una potencia con quien desee entablar alianza: en este sen-

tido son para mí de un valor infinito; de otro modo no doy un cuarto por ellos.

Este artículo, amables lectoras, podia ser de cualquiera: pero sabed que es de uno á quien vosotras habeis costado algunos suspiros, y que ahora suspira por acertar á daros gusto en sus escritos: es en fin... ¿De quién ha de ser?—De Fr. Gerundio.

SANTI BONITI BARATÍ.

Creyó el bobatel de Mahoma que habia hecho una cosa del otro mundo, y que habia tocado la cúspide de la *economía política y moral*, porque enmendó la plana á la Iglesia católica instituyendo en su plan religioso-político cuatro cuaresmas al año en vez de una, y prohibiendo á sus súbditos el uso del vino. Pero es menester confesar que en achaque de economías fué un niño de teta el tal legislador; y cuidado, señores, que era *del comercio*. Tambien creyó haber hecho algo de provecho uno de los mejores poetas de nuestros dias con escribir un poema satírico titulado: *Todo el año es carnaval*. Al poeta le dió por la broma y el bureo: por donde les dá comunmente á todos los poetas. Al comerciante le dió por la economía y el ahorro: por donde les dá regularmente á los comerciantes. Pero el ministerio actual dijo: *todo el año es cuaresma:* y les puso la ceniza á Mahoma y á Breton de los Herreros.

Esta feliz inspiracion no les fué comunicada por el

Espíritu Santo por medio de lenguas de fuego, ni por ninguna ninfa, cabra, cuervo ni paloma, como dicen las leyendas que les sucedió á los apóstoles y á los más de los que han dado leyes á los pueblos. Nada de eso: yo he averiguado por medio de mi *policía secreta* que pasó del modo siguiente.—Al tiempo que iba un ministro corriendo corriendo hácia la secretaría, meditando un medio de salvar la patria de una plumada bien pegada, acertó á pasar por junto á él un italiano pregonando: *¡Santi boniti, barati, que ni comen, ni beben, ni gastan zapati!* Miró S. E., y reparó que, aunque él no estaba de mal pasar, estaban los santos todavía más gordos, más rollizos, más lucidos y de mejor color. El corazon le dió un vuelco á manera de salto de trucha, y es fama que exclamó: «Soy hombre: ya pareció aquello». Hecha esta exclamacion, mandó arrear, llegó á los ministerios, propuso se celebrase Consejo, se celebró, y manifestó el pensamiento feliz de un proyecto, el más sábio y económico que pudiera jamás idearse: el proyecto de una cuaresma perpétua, convirtiendo en *santos baratos* todos los que cobran ó tienen derecho á cobrar sueldo del Estado, con lo cual ellos estarian gordos y bien tratados, y en el Tesoro no faltaria jamás dinero. ¿Por qué no ha de haber, señores (añadió), *empleati boniti é barati, que ni coman, ni beban, ni gasten zapati?* Y si no, verán Vds. qué bien suena al oido: *cesanti é jubilati, boniti barati.*—Mejor suena aun, dijo otro excelencia; *exclaustrati, boniti barati.*—Y mejor, replicó el primero, *monjite é viudite, bonite barate.*—Aquí hay dificultades, repuso el segundo:

primera, que hay que decir *zapate*, y se falta á la gramática; y segunda, que las viuditas bonitas baratas corren de cuenta de Vd., y las monjitas de cuenta mia. —En eso no reparemos, porque con este plan se hacen bienes comunes, que es una de sus principales ventajas. Y vamos adelante. *Retirati boniti barati.—Juezi é fiscali boniti barati.—Santi soldati boniti barati.*—El *santi* no pasa, y aun el *boniti* fuera mejor suprimirle para no faltar á la propiedad del lenguaje en algunos casos; opino, pues, que deberá quedar el *soldati barati*, y nada más.—El *boniti*, dijo otro de los excelencias, suprímase en buen hora, si se quiere; pero el *santi* no lo puedo permitir, porque ninguna clase ha sido tan resignada, tan paciente, tan virtuosa, tan santa como los soldados: no puedo, pues, consentir que se omita el *santi*.—Pues que quede el *santi soldati*, con tal que quede tambien el *barati* y *no gasten zapati*, y sigamos.—*Administradori ed oficiali de correi, boniti barati, que coman papeli é sobri di carti.*—Eso es muy violento y hace mal sentido: lo que puede hacerse es que entren en la masa comun, pues creo que convendremos todos en aprobar esta proposicion: *tuti empleati, boniti barati.—¡Aprobati, aprobati!*—Señores, ¿y sus familias? dijo el más escrupuloso de los excelencias.—Eso se compone con una adicion: *tuti empleati con su familiati*, etc. ¿Se aprueba con esta adicion?—*¡Aprobati, aprobati! ¡Boniti barati, boniti barati!*

Viendo despues que estos santos no eran como los del cielo, ni como los *santis baratis* del italiano, sino que comian y bebian como los ídolos del gentilis-

mo, hubieron de decretar se les diese una paguita á los empleados activos; es decir, se decretó alimentar con un piñoncito á unos estómagos que no estuvieron tantos meses en los vientres de sus madres como llevan ya de abstinencia y de ayunos. Los demás, es decir, le retirati, é le exclaustrati, é le monjite, é le viudite, é le cesanti, é le jubilati, é tuti le altre numerati, *boniti barati* é tutili parola.

CERTÁMEN POÉTICO ENTRE FR. GERUNDIO Y TIRABEQUE.

¿Sabe Vd. lo que digo, señor? Parece como que no tiene Vd. ya conmigo aquellas confianzas que antes. —Esa es una de tus aprensiones tontas.—Sí, tontas. Lo cierto es que hace un año, cuando éramos dos pobres castellanos, vecinos de Leon, no hubiera Vd. dejado de contar á su Tirabeque, mientras le servia el chocolate, qué tal le habia ido en su primera visita al *Leteo*.—¿Estás en tu juicio, Tirabeque? Pues ¿cuándo he visitado yo el terrible *Leteo*? No digas eso, por Dios. ¿No ves que me pierdes si llegan á Leon las nuevas de que yo he bebido las aguas del rio del olvido.—Lo que es eso de las aguas yo no lo entiendo, señor; porque nunca he sido tan inteligente en aguas como en vinos. Pero sí digo que Vd. ha ido ya tres jueves por la noche á ese *Leteo* ó *Linceo*, ó como se llame, y todavía no me ha dicho Vd. una palabra de aquello.—Acabáramos, hombre. El *Liceo* quieres de-

cir.—Sí, señor, eso.—Vaya, vaya. Sí, el *Liceo* se llama. Jesús, hombre, qué Tirabeque este. Vaya, vaya, vaya. Sí: el Liceo se llama, el Liceo se llama. Trae acá esa caja, hombre, tomaremos un polvo. El bueno de Tirabeque qué cosas tiene.—Señor, está Vd. más calmoso que un oficinista sin sueldo y lleno de negocios atrasados.—¿Alusioncillas me haces ya, Tirabeque mio?—Señor, no haga caso de ilusioncillas, y dígame algo, sí no lo lleva á mal, acerca del *Linceo*.—Vaya, te daré gusto.

El Liceo es una sociedad artística y literaria, que se compone, como es consiguiente, de artistas y literatos. La noche de cada jueves se celebra una sesion, que se llama de competencia, en la que los músicos cantan y tocan, los pintores pintan, los dibujantes dibujan, los escultores modelan y los poetas recitan versos—¡Bah, bah, bah! Pues eso no tiene nada de particular.—¿Puos tú qué querias, tontuelo?—Lo que tendria que ver seria que cantasen los pintores, y que los músicos hicieran los versos...—¡Ay, Pelegrin, Pelegrin! Paréceme que te has humedecido hoy más de lo justo, y no con agua ni con sorbetes.—Pues qué, señor, ¿no hemos visto á esos que llaman literatos de ministros de Marina, y toreros empleados en correos, y libreros que venden pomadas y agua de Colonia, y médicos con faja de generales, y...—Y que calles ó te vayas á la cocina. ¡Tanto murmurar tambien!—Dígame Vd., señor, y no tenga esas vivezas; ¿será murmurar tambien el preguntarle á Vd. qué quiere decir eso de clásicos y románticos, que tengo entendido que hay mucho de eso allá en el *Linceo*?—Esos

son dos partidos literarios, que se disputan el dominio de la literatura.—¿Y son tan tercos como los políticos?—Allá se van.—No estoy por partidos, señor. —Y yo menos, Tirabeque. Por mí las cosas del mundo no se habian de dividir más que en buenas y en malas. Por ejemplo: todo lo insípido, frio y poco natural que se escribe con el sello del clasicismo, es malo; y todo lo inverosímil, monstruoso y desbarajustado que lleva el gusto del romanticismo, tambien malo. Y todo lo natural, lo flúido, lo filosófico y lo interesante, téngolo por bueno, llámese clásico ó romántico, ó como llamarse quiera.—Hagamos una apuesta, señor. Componga Vd. unos versos clásicos, y á ver si sobre los mismos consonantes hago yo unos románticos á mi modo.—Hombre, he de hacer la prueba solo por tomar el pulso á tu génio poético. Pero mira que, si disbarras, en la primer capillada te saco á la vergüenza. Vamos á ver.

Fr. Ger.—«A tiempo que ya *asomaba*
la aurora por el *Oriente*,
un pastorcillo *inocente*
de esta manera *cantaba*
junto al cristal de una *fuente*.»

—Señor, que me emplumen si he visto en mi vida fuentes con cristales.—Pues hé ahí lo que echan en cara á los clásicos sus adversarios. Ya vas tú descubriendo el gusto del romanticismo.—Allá voy con los mios, señor, á Dios ó á dicha.

TIRABEQ.—«Sombreruelos *asomaba*
por la plazuela de *Oriente*.
Tirabeque, el *inocente*,
esta cancion le *cantaba*.
«Si te saliera en la pierna una *fuente*...»

—Hombre, tan importuno es el concepto cómo malos los versos... ¿No ves que á ese último le sobra vara y media?—Señor, si son románticos. Prosiga, prosiga Vd., y no se pare en escrúpulos.

FR. GER.—«Pastora, mi amado *bien*,
¿por qué tu dulce *favor*
así has trocado en *rigor*?
¿Debe dar muerte el *desden*
á quien dió vida el *amor*?»

TIRABEQ.—«De un ministerio de *bien*
no quiero mendigar el *favor*,
ni temo tampoco el *rigor*.
Hasta las viudas de Comares le miran con *desden*.
porque nuestros hermanos les han hecho á ellas el *amor*.

—¡Jesucristo, y cuánto disparate!—Pero, señor, ¿y el trabajo de buscar los mismos consonantes?—Por eso no debe el poeta procurarse semejante trabajo. Vaya, Tirabeque; otra estrofa te voy á decir, y como desatines de ese modo, te pongo un coche á la puerta y te enveredo á Santander.

FR. GER.—«Mira que te adoro ciego,
Pastora divina...

—Señor, yo siempre habia oido decir la divina pastora.—Déjame seguir, simple.

FR. GER.—«Mira que te adoro *ciego*,
Pastora divina: *mira*
que el que por tu amor *suspira*,
si su fé no pagas *luego*,
de pena y despecho *espira*.»

TIRABEQ.—«Ministro de Hacienda *ciego*.
nuestra gran gazuza *mira*,
España hambrienta *suspira*;
si no traen cum quibus *luego*
tuerce el pescuezo y *espira*.»

FR. GER.—O «álzale el rabo y tira». Y basta por hoy de versos. Ahora tráete la sopa, que á fé que la poesía me ha dado gana de yantar.—Aquí está ya, señor.

En este estado de cosas póngome á comer yo Fray Gerundio. ¿Vds. gustan, señores?

Á LAS RUINAS DE UN CONVENTO.

ELEGÍA GERUNDIANA.

(Imitacion de Rioja á las ruinas de Itálica.)

Questo que vedi, oh Fabio, ¡aime infelice!
campagne solitarie, colle adusto,
furo una volta Italica superva.
RIOJA.—RUINAS.

Estos que ves ¡ay, Tirabeque! ahora
claros de soledad, mústias plazuelas,
fueron un tiempo los albergues nuestros.
Aquí la vividora
colonia fué de abades y maestros
vestidos de sayal y burdas telas.
Aquí, dó las mozuelas
retozan por la noche alegremente,
este que es hoy el sitio de las citas,
era el lugar ¡ay mí! dó el penitente
confesaba sus culpas infinitas;
taller hoy de pecados
es el sitio donde eran perdonados.
Aquí, ¿lo ves? donde en alegres juegos
triscan hoy los muchachos juguetones,
caian ¡ay! las celdas de los legos,
vivian ¡ay de mi! los motilones.
Solo quedan memorias funerales
donde erraron capillas *de alto ejemplo;*
aquí fué el refectorio, allí fué el templo:
de todo no han quedado ni aun señales.

Las torres que desprecio al aire fueron
á la voz de un ministro se rindieron.

Mas no son estos solos los despojos
que á las luces del siglo son debidos,
y honor hacen al génio de las artes.
Echa por ahí los ojos,
y encontrarás conventos derruidos,
y escombros hallarás por todas partes;
yacen ¡ay! los baluartes
de las monjas de Pinto y Magdalena.
Allí fué la Merced; más allá estaba
Santo Domingo, que al mirarlo apena,
y San Felipe allí se levantaba.
Aquí fué la Victoria:
estos guijarros quedan por memoria.
Estos son los honrosos monumentos,
aquestos los colegios é institutos
que ofrecieron hacer de los conventos...
no sé si diga *Césares* ó *Brutos*.
Esto que hoy academia ser podria,
esto dó estar pudiera el gran Liceo,
es un cuadro deforme, un claro feo,
donde achicharra el sol por todo el dia.
Las que fueron ayer medias naranjas,
míralas, Tirabeque, ahora son zanjas.

Este monton de piedras y de escombro
afrenta de arquitectos y albañiles,

bochorno de los hombres que mandaron;
con dolor te lo nombro.....
¡fué la despensa! ¿Dónde los perniles
están que sus paredes adornaron?
¡ay! ¿á dónde emigraron
aquellos insondables tinajones
que el rico Valdepeñas contuvieron?
¿Dó se fueron de huevos los serones?
¿Dónde, si puercos hay, sus pies se fueron?
Todo es ruina estragos
donde antes se soplaban sendos tragos!
Un poco más allá fué la cocina;
allí estuvo el vasar y la espetera;
dó se hallaba el jamon y la gallina,
dó se colgaba el cóngrio y la ternera.
Allí de Talavera y porcelana
rodaron los jesuses y los platos;
allí lamian los golosos gatos
el ancho jicaron de la mañana:
¡qué jarros! ¡qué cazuelas! ¡qué peroles!
ya tiene un sostenido y tres bemoles!

Allí fué el receptáculo sombrío,
el convento fué allí de Capuchinos,
que era *de la Paciencia* nominado.
Aquello es hoy plantío
de negrillos y acacias: y aun pepinos
sospéchase si acaso allí han plantado.
Mas ¡oh rigor del hado!
La plebe de Madrid supersticiosa

por tradicion vulgar bien conservada
cuenta que aquella casa religiosa
por causa de un judío fué fundada;
y con piadosa mano
la ha demolido há poco un buen cristiano.
Y el fanático vulgo dice ahora
que en la callada noche allí resuena
una terrible voz hueca y sonora,
que *¡Mendizábal! ¡Mendizábal!* suena:
y que divisa en la nocturna sombra
unas caras con barbas y capuchas
de cuyas bocas salen voces muchas,
y que cada una á *Mendizábal* nombra,
y que un eco á lo lejos se percibe,
que exclama bronco *¿Mendizábal vive?*

¿Te ries, Tirabeque? Y si se abrieran
las tumbas de repente, y los hermanos
que en ellas yacen súbito se alzaran;
y con voz ahuecada repitieran,
¡ay de los Tirabeques mal-cristianos!
¡ay de los legos cojos que dejaran
el hábito y tomaran
plaza de periodistas con sus amos!
Vengan á este sarcófago profundo,
vengan á estos sepulcros que habitamos
esos legos, escándalo del mundo.
Mas ¡hola! tú te agitas,
tú tiemblas, Tirabeque, tú tiritas.
No tiembles, bobatel, que todo es chanza:

¡ay! quizá no lo sea para aquellos
que allí ejercieron bárbara matanza!
cien víctimas su voz alzan contra ellos. (1)
Dejemos, Tirabeque estos lugares
de funestos recuerdos..... Y partimos:
y una alegre hermanita al punto vimos;
que llevaba por ojos luminares:
la miró Tirabeque, y muy contento,
«ya no me acuerdo, dijo, del convento.»

EL OBISPO DE ORIHUELA. (2)

Tirabeque, á ver cómo me fulminas ahí en un instante una excomunion mayor bien fulminada.—Señor ¿y cuándo he aprendido yo á *fulimar* excomuniones?—No sólo debieras haber aprendido, sino que pudieras ya ser maestro: ¿no me ves á mí fulminarlas todos los dias? ¿De qué te sirve estar á mi lado sino de aprender é irte formando con el ejemplo?—Señor, yo lo haré á mi modo. ¿Y á quién se la *fulimo*, señor? ¿A Vd.?—Eso faltaba ahora, hombre.—¿Pues á quién, señor?—Al obispo de Orihuela.—¡Ah señor! Ese obispo va mucho tiempo que está en la faicion.—Justamente, Pelegrin; el mismo.—Pues entonces ¿qué necesidad hay de excomulgarle de nue-

(1) Alude el autor á los asesinatos del dia 17 de Julio de 1834.

(2) Este artículo está copiado de la *capillada* 64, que se publicó el 10 de Agosto de 1838.

vo? Si está en la faicion, será un excomulgado de *ene*, ó como dijo el otro, se entenderá excomulgado *por su propio peso*, porque supongo yo que habrá ya excomuniones generales para los obispos que dejando así *abentestate* sus ovejicas y su ganadico, se vayan á la faicion á meterse entre esa canalla que no tiene más religion, ni más Dios, ni más caridad que matar y robar al prójimo como á nosotros mismos.—Buenos papeles traes tú ahora, Tirabeque. Conque acaba él de excomulgar desde la faccion donde se halla al gobernador eclesiástico de su diócesis, el señor Quintanilla, y á todos los que por tal le reconozcan y obedezcan, y no obedezcan y cumplan sus órdenes episcopales como si estuviese presidiendo y apacentando su grey como Dios manda.....—Señor ese obispo tiene gana de fiesta; lo habrá hecho por pura *groma*.—Si; no está mala la broma: ha dirigido una misiva formal al cabildo en los términos que te he dicho.—¡Buen caso habrá hecho el cabildo de esa *omisiva*, señor! Se habrán reido á la grande de ella.—¿Reirse, eh? Apenas la recibió el *santo* cabildo, se juntó en la sala capitular despues de misa para tratar el asunto, y todos excepto dos convinieron en obedecer la carta-excomunion y reconocer por sólo y legítimo obispo y gobernador de Orihuela al obispo faccioso.—Señor, esa gente tiene gana de tramarla y que ande la marimorena. ¿Y lo han dejado así eso?—¿Cómo habia de quedar así, tonto? Al instante se ha plantado allá el jefe político de la provincia (bien que ya me los tenia afianzados el alcalde, que debe ser hombre que lo entiende), y parece que piensa trasladármelos á la

torre de la isla de Tabarca que les tiene ya preparada, y de donde supongo yo que no les dejarán escapar como al famoso Marco del Pont, al célebre padre Serafin de Peñáguila, y otros guapos.

Dígame Vd. señor, y tendré yo facultades para excomulgar, siendo lego?—¿Y las tendrá él siendo un obispo rebelde, un mal pastor, un falso apóstol?—Eso es verdad, señor, que yo más quiero ser buen lego que mal obispo, y tiene Vd. razon que á excomunion facciosa excomunion lega; con que allá voy:

Al obispo de Orihuela.
permita Dios que no le quede una muela.

—Algo en demasía *laical* es el pensamiento; mira á ver si te ocurre otro en forma tambien más canónica.

—Excomulgo al obispo de Orihuela,
y á su madre y á su abuela;
y al cabildo que obedeció al obispo,
que no puede ménos que estuviera tonto ó chispo.

—Basta de burletas, Tirabeque: el hecho, si bien es digno de ridiculizarse, es demasiado sério y trascendental para que no merezca tambien rebatirse con la pluma de la formalidad. Hace tiempo que trabajan los partidarios del pretendiente, y principalmente los malos sacerdotes que han abrazado su causa arrastrados del vil interés, por dar á la guerra civil, puramente civil y política, el carácter de guerra de religion,

pensamiento el más dañado é intencion la más depraaada que pudiera abrigarse en el corazon del hombre, porque la guerra religiosa es de todas las calamidades la mayor que puede sobrevenir á un pueblo, y más que á ningun pueblo, al pueblo español. Al efecto emplean, entre otras armas vedadas y que hieren á traicion, esas excomuniones, con que aterran á los tímidos, seducen á los sencillos, arrastran á los fanáticos, y pretenden cristianizar el horrendo crímen de rebelion con que se han ennegrecido: excomuniones que yo no puedo creer emanen de la autoridad del romano Pantífice, á quien hago la justicia de suponer más instruccion, más religiosidad, más apostolicismo. Y si el respetable jefe de la Iglesia, á quien venero, hubiera tenido la desgracia de autorizarlas, mas por error de entendimiento y de falta de conocimiento de causa (que es posible) que de voluntad, sé hasta qué punto debia respetarse su anatema, porque sé el sentido en que debe tomarse el decantado *sententia pastoris* que se me objetaría. Como que Fr. Gerundio en esta parte no tiene tejado de vidrio, pues sobre estar arraigado en los principios y dogmas de la fé, sobre ser esencialmente católico, sobre estar persuadido, y más que persuadido, evidenciado de que ninguna religion favorece tanto á un sistema de gobierno racionalmente libre como la católica, sobre haber tenido el honor de enseñar estas sanas máximas de política religiosa en las aulas públicas, sobre haber inculcado siempre la necesidad de huir ó atacar los dos extremos destructores de toda sociedad, la impiedad y el fanatismo, sabe que nada perjudica más á la religion cris-

tiana que los abusos de los que se proclaman sus defensores, así como nada socava más la Constitucion política de un Estado que las infracciones de los encargados de hacerla respetar y conservar. Así, pues, Fr. Gerundio no tiene rebozo en levantar su voz y decir con la confianza de quien no tiene por qué ser censurado ni aparecer sospechoso en la materia: «pueblos, esta no es una guerra de religion, como os intentan persuadír algunos falsos apóstoles para que auxilieis sus intereses y sus crímenes, para que seais los instrumentos de sus pretensiones y su ambicion: no; la cuestion es puramente política y civil, y esta será siempre su línea: no temais esos anatemas de terror; Fr. Gerundio cargaria sin temor con la responsabilidad de todos ellos, porque la creencia, la religion, las virtudes no se pueden arrancar á quien no quiera soltarlas: los hombres religiosos jamás fueron rebeldes: la religion de esos es el interés; sus anatemas, ardides para alucinaros y aterraros. Huid de los fanáticos, y no sigais á los impíos.»

Sin embargo, que se descuide el Gobierno en parar estos golpes que se van repitiendo demasiado, y si con su inbecilidad deja que la guerra tome el carácter de religiosa, ¡ay de nosotros! El que pelea por religion bendice el acero que le da la muerte.

PROFECÍA DE FR. GERUNDIO.

(por el estilo de la de otro fraile que profetizó otra cosa). (1)

Folgaba el Ministerio
de haber salido de la larga crisis,
y contaba muy sério
con haber ya curado de su tisis.
La capilla echó fuera
Fr. Gerundio, y le habló de esta manera.
En mal punto te goces,
Ministerio de Júdas. Ya la muerte
te está llamando á voces:
no vendas piernas, no, qúe no estás fuerte.
Tus flacas pantorrillas
al aire temblarán de mis capillas.
Fingida es tu alegría,
falsa es la risa que asomarte quiere;
es risa de agonía,
que así rie el conejo cuando muere.
Mas ¡ay! que mientras vivas
no faltarán ayunos y hambres vivas.
¡Ay cuanta sed de dientes
en tu seno se encierra! ¡y qué gazuzas!
Así andarán las gentes
cual andan tras la aceite las lechuzas;
y en tu lámpara rota
ni por consuelo catarán ya gota.

(1) Fr. Luis de Leon.

¡Ay cuánto de fatiga,
ay cuánto de dolor está presente
al que gasta barriga,
al que tiene un estómago decente,
al hombre de buen buche,
al de útil herramienta y sano estuche!
A los que en oficinas
embadurnan papel ó *embadurnaron*,
hambres estudiantinas
por cola de tu crísis les quedaron;
pues las clases activas
iguala tu rasero á las pasivas.
De cruces y aleluyas
la andorga llenarán clero y milicia,
y las viandas suyas
serán guisados de *órden y justicia*,
y se irán á la cama
con rancho *aguado* y sopas de *programa*.
Poda, desmoche, siega,
la vendimia y derrota todo junto
á los empleos llega;
su campo talarás de todo punto:
ó la hormiga y el coco
roerán lo que quede poco á poco
Harás separaciones
sin cuento, sin piedad, sin fé y sin tino,
y cien mil traslaciones,
y nadie habrá seguro en su destino;
y llenarás los huecos
con chiquillos, mocosos, chuchumecos.
Coge, hermano, el atillo,

cárgate al hombro el cofre y media manta,
si no tienes bolsillo,
vete á pedir limosna á tierra santa,
ó la madre gallega
busca por ahí á la gallina ciega.
La famélica nube
se agolpa hácia la puerta gerundiana;
ya la escalera sube,
por entrar en la celda ya se afana:
¡ay qué de almas en pena!
la celda con la alcoba está ya llena.
«A vos, Padre, acudimos,
á vuestra reverencia le contamos
el hambre que sentimos,
á vos ¡oh Fr. Gerundio! á quien llamamos
refugium pecatorum,
que sois el *consolator hambrentorum*.»
Y cuando principiando
estarán á contar su negra pena,
Tirabeque gritando
entrará por la celda hecho una hiena;
«Señor, no sea borrico,
eche esa gente de ahí, que viene *Chico*.» (1)
Y *Chico* vendrá luego
con órdenes de la alta policia,
como anunció mi lego,
que á *Chico* desde lejos conocia,
y en aire de misterio,

(1) No el rey *Chico*, sino el agente de policía *Chico* que es más *Chico* que el rey.

«aquí hay conspiracion,» dirá muy sério.
Y toda aquella gente
el *gran Chico* meter querrá en chirona,
y llevar juntamente
con mi reverendísima persona
por cuerpo del delito
un hábito, una estola y un amito.
Pero ábate si cojo
la capilla y cordon y empiezo a lapos.
y Tirabeque el cojo
me ayuda á sacudiros bien los trapos!
Quizá Grandes y Chicos
no tardeis, voto á Dios, en dar de hocicos.
¿Y qué dirás tú á eso?
¿qué has de decir, oh Ministerio inerte?
Tú, que te crees tieso ....
No vendas piernas, no, que no estás fuerte;
tus flacas pantorrillas
al aire temblarán de mis capillas.
Y morirás al cabo
consunto de esa tísis confirmada;
y cual moco de pavo
soltarás la pituita ya cuajada;
y yo te haré el mortuorio,
y te echará mi lego un responsorio.
¿Quieres vivir más dias?
Pues enmiéndate, y paga, y sé más justo:
y las capillas mias
en tu defensa emplearé con gusto:
que á mí, si bien se porta,
que mande Pedro ó Juan poco me importa.

LOS JUEGOS.

—

Señor, Vd. nunca va á los juegos; á lo menos nunca dice Vd. nada de ellos.—Hombre, no encuentro juegos de mérito ahora. Si fueran como los juegos que tenian los griegos y los romanos, y aun los antiguos españoles nuestros progenitores, todavía se podia ir á ellos y emplear el tiempo con gusto segun la aficion de cada uno. ¡Qué juegos aquellos, Tirabeque! ¡Oh, aquello era magnífico! Allí tenias juegos á escoger. Tenias los juegos gimnásticos, los olímpicos, los circenses; tenias la carrera, la lucha, el pugilato, el disco, en fin, tenias una infinidad de juegos de todas clases, ya diarios, ya en las fiestas públicas, en que se ejercitaban los jóvenes para ir adquiriendo robustez y fortaleza de cuerpo. Allí se formaban aquellos fuertes atletas, musculosos y nervudos, que cada uno de ellos era capaz de vendimiarse á cientos los hombres-alfeñiques de ahora, como quien se manduca granos de uvas. Para eso eran aquellos famosos circos, aquellos célebres gimnasios, aquellos anfiteatros vistosos de que habrás oido hablar.

Los antiguos caballeros españoles tambien tenian sus jueges de cañas y sortijas, sus justas y torneos, y otros en que se ejercitaban en el manejo de la lanza y otras armas de *caballería*. Ahora no tienes más juegos que los de los caballos del *Tio Vivo*. Los toros, sí, son hoy un remedo de los combates de los romanos con las fieras en la arena. El juego de billar...

—Señor, ó Vd. no me ha entendido, ó no me quiere entender. Déjese Vd. ahora de esos *ciscos*, y esos *gelasios*, y esos *mogigatos*, y esos juegos *limpios* ó puercos, ó como quiera que fuesen, de los romanos ó de los judíos; y déjese tambien de *sortijas* y de *torneros*, y de los caballos del *Tio Vivo*, y de los toros, que no es eso lo que yo quiero decir.—Pues explícate, hombre.—Señor, yo hablo de los juegos donde se atraviesa dinero.—Pues qué, ¿te parece que no cuestan dinero los toros y los caballos, y que no se atraviesa tambien en el juego de billar?—¡Válganos Dios, señor, y qué mal me entiende Vd. hoy! Quiero decir, señor, esos juegos á donde van los gordos.—Mira, el otro dia estaba en los toros el hombre más gordo que he visto en Madrid; se me figura que tenia más panza que el señor diputado Valera.—Por Dios, mi amo, acabe de entenderme. ¡Válgame San Pelegrin bendito! Los juegos que yo quiero decir son esos adonde van esos señores que llaman reverendísimos... no, reverendísimos, no: excelentísimos.—¡Oh! excelentísimos he visto yo tambien en las funciones de toros; que entre nosotros, Tirabeque, como decia el buen Jovellanos, son las que se han sustituido á los circenses de los latinos.—Señor, por *San Diego Advíncula* no me salga Vd. ahora con latines, que no parece sino que se ha propuesto Vd. hoy hacer que no entiende.—Pero, hombre, si me hablas tan rebozado... —Señor, ¿soy yo, por ventura, pollo ó pata de cerdo para estar rebozado? Lo que veo es que Vd. quiere jugar hoy conmigo, y paréceme que Vd. se me hace el desentendido adredemente. Y yo creo que es por-

que tambien Vd. va á esos juegos prohibidos.—¡Hola, hola! ¿Qué es eso de juegos prohibidos? Cuidado con la lengüecita, Tirabeque. Ahora es cuando yo quiero que te expliques.—Señor, á mí me han dicho que hay unos juegos prohibidos aquí en Madrid donde corre el dinero como agua. Dice que lo mismo se ven onzas sobre las mesas que cantos por las calles; y luego andan diciendo que no hay dinero. Para quien no le hay es para nosotros, y para las monjas y demás creadores del Estado.—¡Ay, hombre! Ya sé lo que quieres decir: las loterías. Esos no son juegos prohibidos, tonto, sino lícitos y muy lícitos.—Señor, no me venga Vd. á mí con carocas, que no hablo yo por las loterías.—Pues entonces querrás decir por la Bolsa: tampoco el juego de bolsa es prohibido, hombre, ni en ella corre el dinero-metálico, sino regularmente el papel-moneda. Bien que tú no entiendes de esto.—¡Por vida de San Juan *Enti-porta latina!* Que Vd. me hace perder hoy la impaciencia, señor. Yo no sé cómo me tengo de reproducir que Vd. me entienda bien. Unas casas de juego, donde me han dicho que se atraviesan de parte á parte unas súmulas de dinero que pasman.—Sumas serán, y no súmulas. —Sumas ó súmulas, que yo no entiendo de la notomía de los nombres. Lo cierto es que el otro dia dicen que ganó un señor excelentísimo... ¿Lo digo, señor?—Dílo, hombre: ¿por qué no?—Pues siéntese usted, que si no témome que se va á caer Vd. de espaldas, como me sucedió á mí cuando me lo dijeron.—Anda, que no me asusto yo á dos por tres; no te dé cuidado.—Conque lo digo, ¿eh?—Sí, hombre, sí; dí-

lo.—Es que no tengamos un sentimiento. Fíjese usted en mí... Así. ¿Lo digo ya?—Cuando quieras, pesado.—Agárrese Vd. bien. Esté Vd. con cuidado que lo voy á decir ahora mismo. ¡Ganó dos mil onzas.....!!!!!!—¡Calla, calla, embustero! Esa es cuerva.—No hay cuerva ni graja que valga, señor. Y por más señas que me dijeron que las habian perdido otros excelentísimos.—Ya se ve, eso es natural: no te habian de decir que las habian perdido los colegiales de San Bernardino. Pero no lo creas, Tirabeque: si no hay un cuarto, si las tesorerías están exhaustas.—Pues por eso están esaustas las tesorerías, señor; porque el dinero está donde está, y entra donde entra, y sale de donde sale.—Dígote que no lo creas, y que será conseja. Los excelencias jugarán, pero será un tresillo religioso, un tresillo de circunstancias; porque, aun cuando ellos tuvieran mucho dinero, que no lo creo, tendrian tambien la prudencia de no jugar grandes cantidades, por no dar en ojos á la miseria y desnudez pública. Cuanto más que de ningun modo se entregarian á juegos prohibidos, porque, además de estar reciente el bando del gobierno que recuerda su prohibicion, si lo supieran los tres ministros jóvenes ¡adónde iríamos á parar!—¡Qué! ¿no lo sabrán, señor? No puede menos que lo sepan.—Si fuese cierto, lo sabrán, lo sabrán... lo sabrán cuando lean esta capillada.

CAERÁN (1); *CAIBUNT* (2).

Bien: caerán, tarde ó temprano, que á mí, si gobiernan mal, maldita de Dios la cuenta me tiene que caigan pronto, porque los periodistas somos á los malos gobernadores lo que los médicos á los enfermos: que cuanto más dure la enfermedad y más larga sea la vida, más *récipes* se escriben y más pitanzas se chupan. Y si gobiernan bien, no será Fr. Gerùndio el médico que les desee ni aun un dolor de cabeza, porque, loado sea Dios, no le faltan á Fr. Gerundio *apelaciones* de que ir viviendo. Pero el resultado es que caerán tarde ó temprano por la misma ley de gravedad porque cayeron sus antecesores, y caerán sus sucesores, y los sucesores de sus sucesores, y los que les sucedan á estos, *et sæcula* sin fin.

Pero, ¿cómo caerán? ¿En dónde caerán? ¿Cómo saldrán? ¿Cómo los sacarán? ¿Caerán de pié como los gatos? ¿Caerán sobre colchones de pluma ó caerán en alguna cueva? ¿Saldrán gordos ó saldrán magros? ¿Los sacarán hartos ó los sacarán hambrientos?

«Há de arriba: ¿hay algun cristiano que me escuche ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, de un desdichado desgobernado gobernador?—¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de

(1) Suple, los ministros.
(2) *Suple, ministri.*

quejar, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero D. Quijote de la Mancha?—Conjúrote, dijo don Quijote, por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.—Desta manera vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro.—D. Quijote soy: el que profesó ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos; por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayán llevado los diablos y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzáre: por eso acaba de declararte, y dime quién eres.—¡Voto á tal y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere! Juro, Sr. D. Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, caí en esta sima donde yago: el Rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por más señas está aquí

conmigo. Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.—Famoso testigo, dijo D, Quijote; el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio; espérate, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto...

Llevaron sogas y maromas, y á costa de mucho trabajo y de mucha gente sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Viólo un estudiante, y dijo: «*Desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo,* MUERTO DE HAMBRE, DESCOLORIDO, Y SIN BLANCA Á LO QUE YO CREO». Oyólo Sancho y dijo: «Ocho ó diez dias há. hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me ví harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos: y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera, pero el hombre pone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y qué le está bien á cada uno, y cual el tiempo tal el tiento, y nadie diga desta agua no beberé, que á donde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y Dios me entiende y basta, y no digo más aunque pudiera.»

Y dice Fr. Gerundio: tienes razon, Sancho amigo, que basta y sobra. Ministros y gobernadores caen ahora que han gobernado peor que tú, y en vez de

caer en una sima como tú caiste, caen en colchones de blandas plumas; y en lugar de salir *muertos de hambre, descoloridos y sin blanca* como saliste tú, salen *ahitos, frescachones y con el riñon bien cubierto.*

Y bien pudiera Fr. Gerundio decir de ellos: «Ocho ó diez meses há que entraron á gobernar esta península Barataria, en los cuales nadie se vió harto de pan siquiera una hora: en ellos les han envestido retirados y por retirar; y periodistas les han sacado los trapos á relucir, y ni evitaron cohechos ni dejaron de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecian, á mi parecer, salir de está manera; pero Fr. Gerundio pone y Dios dispone, y cual el tiempo tal el tiento, y nadie diga de esta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y Dios me entiende y basta, y no digo más aunque pudiera.»

EGO SUM QUI SUM, ET QUI FUTURUS SUM.

Yo soy quien soy, y de aquí naide me ménia.

Señor, traigo una gana de hablar como un sacamuelas.—Como un saca-paciencias hablarás tú si te dejo hacer de tu genio.—Señor, conque en la capillada última no me dejó Vd. meter baza, y extraña usted que tenga gana de *platicar*? Y sepa Vd. que yendo ayer por la calle donde está la desgobernacion...—Tú si que te me desgobiernas algunas veces, Pelegrin: ¿Y qué te se habia perdido por aquellas calles tan exlraviadas de tu celda?—Nada, señor; no

iba más que á observar si el pagador de aquel ministerio iba á la oficina y á qué hora, porque me habian dicho que acostumbraba á ir algo tarde los dias que le daba por ir...—Vaya, cuentos tuyos. Sobre todo los que ménos falta hacen en las oficinas son los pagadores.—Por cierto que estaban esperándole allí unos que decian habian estado empleados en los *tiléfrigos*, á ver si les daba alguna paguilla de 19 que les están debiendo.—¿En los *tiléfrigos* dices?—Si señor; en unas máquinas que dice que habia puestas en línia en las faldas de los montes para que vinieran las noticias volando.—Ah: los telégrafos: pero estaban en las cumbres, simple, y no en las faldas.—Señor, por las faldas se sube á las cumbres.—Sí; pero no es lo mismo.—Y sepa Vd. que tambien estaban esperándole unos que decian que eran así como cosa del Consejo y del Supremo Tribunal de Justicia, gente muy gorda, señor, que parece que les están debiendo 22 meses de paga.—Cogíte, Tirabeque, caiste como un templario; ahora conozco que eres un solemne trapacero. Lo de los 22 meses de atrasos es cierto, pero que estuvieran esperando al pagador de la Gobernacion los consejeros y ministros del Supremo Tribunal de Justicia es invencion tuya, porque á esos se les paga, es decir, se les debe pagar, por Gracia y Justicia, que es el ministerio á que *pertenecen*.—Señor, la verdad, esos no estaban allí, pero yo tenia gana de decirlo, y como no estoy muy al corriente de las *impertinencias* de cada ministerio, no es estraño que alguna vez cambie sus *atribulaciones*.

Pues como le digo á Vd., estaban unas señoritas

(por mi ánima, señor, que no le habian de disgustar á Vd., que yo tengo observado que le gusta á Vd. lo bueno)...—Vamos, anda, sigue, hablador.—Pues como digo, estaban leyendo la capillada última al balcon, y oí que decian: «¡qué fastidio! no habla nada hoy Tirabeque: ¿si estará malo?» Entonces me puse yo enfrente, y las dije así medio en francés para que vieran que no soy un lego cualquiera: «*Mademosillas*, aquí estoy *muá* para lo que gusteis mandarme *vús*, y estoy sano y *bon* ménos la *cogiere*.—¡San Anatanagildo bendito y qué de despropósitos acumulaste en tan pocas palabras! ¿Y ellas qué te respondieron? —A ellas les pudo gustar mi esplicacion, porque se rieron mucho y dijeron: *mersi monsieur Tirabeque, mersi*. Yo estuve por subir allá, pero me acordé que acaso estaría haciendo falta en casa, y me vine. Pero verá Vd. lo que me pasó despues.

Estaban en una calle hablando dos de estos que traen el pelo largo por aquí en esto, y decian así en un chapurrado casi como el mio: «*bon periódique*; pero mucho *papier á Monsieur le laique*. *Ui*, decia el otro: *bocú de role á Tirabeq*.—*Tirabeque*, se dice todo entero, salté yo, y no *Tirabeq*. Lo del *role* no supe qué queria decir.—Querian decir que te daba demasiado papel en el periódico, y ya he oido que otros critican lo mismo: por eso te he dejado hablar ménos en las capilladas anteriores, y no te dí papel en la última.—Vea Vd., señor, y las señoritas decian que no hablando yo, faltaba no sé qué salsilla.—Ya ves, los gustos son muchos y muy diferentes, y así no es posible complacer á todos: lo mismo sucede en es-

to que en las opiniones políticas.—Pues sobre eso tambien tenia que decir á Vd. Hoy tengo mucho que decir, señor, ¿me deja Vd. hablar todo lo que quiera? —Habla hasta que te seques, hombre, á ver si una vez te cansas de charlar.

¿Me quiere Vd. responder á una *interrucion* que le haga?—*Interrogacion* querrás decir: tú lo mismo posees el latin que el francés.—Poco más ó menos, señor; no lo sé más que de aficion. Quiero decir si me contestará Vd. *cartagóricamente* á una pregunta que le haga.—Qué inconveniente tengo?—Pues dígame Vd. mi amo: ¿qué es Vd. ahora?—Yo soy quien soy y lo que soy.—Señor, rúmie bien la pregunta, que tiene más *énfisis* de lo que parece *á primis facies*.—Rúmia tú bien la respuesta, que tambien tiene más énfasis de lo que tú podrás comprender. Yo me figuro ahora que tú y yo (verás, Tirabeque, verás qué importancia nos damos con el ejemplo que te voy á poner), que tú y yo somos Dios y Moisés; á Moisés le representas tú, y yo á Dios, y la zarza ardiendo es la celda.—Señor, mire no nos hagamos carbon por *abusar* Vd. de esos santos ejemplos; que si la celda llega á arder, quien se ha de quemar ha de ser el pobre Moises, que Dios, si no me engaño es *incombatible*.—*Incombustible*, bobo; en todo te sale la falta de principios de latinidad: y no tengas cuidado, que no habrá fuego ni hay abuso, porque ni los ejemplos queman, ni es abuso el hacer comparaciones de lo sagrado con lo profano, no faltando al respeto que aquello se merece, digan lo que quieran algunos críticos tan tímidos como adocenados.

Decia, pues, Tirabeque mio, que preguntándole Moisés á Dios, cuando se le apareció en la zarza ardiendo, quién era, el Señor le dió por toda respuesta: «yo soy el que soy, *ego sum qui sum.*» Y cuando le dió la mision de acaudillar y dar leyes al pueblo escogido, le preguntó aquel: «¿y de parte de quién diré que soy enviado?» y le contestó el Señor: «no tienes más que decir: «*el que és* me ha enviado á vosotros.» Conque así, Tirabeque, imitando esta respuesta sublime para confusion de los que dicen que nuestros diálogos son un poco bajos, te respondo yo tambien: «yo soy lo que soy,» y de quí no me muevo un paso.—Señor, todo eso está muy bien, y es muy *científugo*, pero mi pregunta lleva otra *trasparencia.* (1) Queria yo que me dijera Vd. qué era en esto de partidos políticos, si era Vd. ahora moderado ó esaltado.—Ah, en esa materia *soy Fray Gerundio.*—Verá Vd. por qué lo digo, señor.

Ayer mismo antes de venir á casa me dió gana de entrar por el café *Nuevo*, y estaban diciendo unos que traian un bigote aquí (señalando al labio superior)... —¿Pues dónde habian de traer el bigote, simple, en la frente?—Es verdad, señor; y una perrilla como un moño aquí en la barba...—Otra: *perrilla, y en la barba.* Vamos, vamos, despáchate; ¿qué decian?—Decian fumando un puro así con la boca...—No, que le fumarian con... vamos, ¿qué decian?—Decia uno: «está algo flojo este Fr. Gerundio: ahora que era la ocasion de apretar á este ministerio *embécilis*, (*em-*

(1) *Científico* y *trascendencia* quiso decir Tirabeque.

bécilis me parece que le llamaban.—Seria *imbécil*: sigue, sigue), se observa que no les apura el *ergo*: hablaba en Leon con más energía: me parece que no podemos contar con él.» Y decia otro: «se me figura que tiene miedo: era menester animarle y comprometerle un poco más.» No os dé cuidado, dije yo, yo se lo diré todo á mi amo. Salí de allí, y de paso que venia á casa, entré por el café de *Venecia*. Allí habia cuatro ó cinco con anteojos aquí para la vista, y tambien estaban murmurando de Vd. «Desde que está en Madrid, decian, parece que se ha propuesto hacer causa con los porgresistas: siempre atacando al ministerio; no le deja pasar una: no era de esperar eso del bueno del Padre, que hasta ahora habia estado tan juicioso y tan *insensato*.»—*Sensato*, dirian, hombre.—Sí señor, ellos dijeron *sensato*; pero yo le puse el *in* porque me pareció que sonaba mejor.—¿Y qué más, qué más?—Nada más, sino que todos los dias oigo de estas cosas; y la verdad, señor, ni yo mismo sé á qué partido pertenecemos y queria saberlo para poder responder á los que me preguntan.—Pues mira, á ellos y á tí os digo: «yo soy lo que soy; Fr. Gerundio es Fr. Gerundio: eso fué y eso será, y ténganlo entendido desde ahora para siempre, que no es cosa de estar haciendo profesiones todos los dias.—Basta, basta, señor: se esplica usted con una *fragosidad*...—Fogosidad, bárbaro.—Señor, por eso no pegue.—¿Conque sabes ya *lo que soy*?—Sí señor, sí; de sobra: Vd. es un fraile que gerundia á todos, y á mí me gerundia y me pega de cuando en cuando.—Pues bien, *eso soy*.

Á UN MOSQUITO.

Cante otro las sensibles tortolillas,
otro cante el parlero ruiseñor,
ya en eternas armónicas quintillas,
ya en cuartetos sin fin de arte mayor.
Haga al cantar alegres gorgoritos,
si el humor del poeta es de reir;
ó hagan sus labios feos pucheritos,
si le da por llorar y por gemir.
Que el parnaso español contemplo á fé
en dos fracciones dividido ya,
una que canta por do-la-sol-ré,
y otra que llora por mí-sol-mí-fá.
Yo poeta á mi modo y sin escuela,
yo que sólo hago versos de aficion;
yo que nací en Castilla, y á una abuela
le debo mi prosáica educacion:
Yo para quien las reglas son un potro,
yo que ni á Scott ni á Dumas conocí;
yo que no soy ni clásico ni *lo otro*,
ni soy ni seré más que un hombre *así*:
No he de cantar alegre ni lloroso;
ni el ruiseñor ni el mirlo he de cantar:
nuevo canto usaré; canto rabioso;
tras de un *Mosquito* infame voy á dar.
Tras de un *Mosquito* infame, sí, señores;
un *Cinife* de agudo trompetin,
que mil rabias me dá, mil sinsabores;
que más molesta nn sér cuanto es más ruin.

Un *Cínife* chillon y zanquilargo,
eterno huésped de la alcoba mia,
que se ha tomado el oficioso encargo
de perturbarme el sueño noche y dia.

Vanamente los miembros fatigados
dejo caer sobre el mullido lecho,
cierro en vano los párpados cansados;
llamo á Morfeo, y llamo sin provecho.

Dejo á un lado los sustos y temores
que dá siempre el oficio de escribir,
prescindo de política y de amores,
y trato solamente... de dormir.

¡Dormir! ¡ay, ojalá! comienzo apenas
el deseado sueño á conciliar,
y el cínife importuno ¡oh crudas penas!
viene hácia mis orejas á zumbar.

El sueño torna á huir. Por fin apelo
al último recurso, á la oracion;
que es el rezar remedio del desvelo
para todo cristiano dormilon.

Más nunca un *pater-noster* rezo entero,
que al decir *venga á nos*, ¡suerte fatal!
se presenta muy listo el trompetero,
y nunca llego al *líbranos de mal*.

Pues guerra á muerte en él; ya no hay indulto,
no doy cuartel al músico sutil;
le siento, tiro un golpe, escurre el bulto,
y doy al aire manotadas mil.

Dejo de dar en balde bofetadas,
y el pañuelo por fin suelo coger

(le pongo siempre entre las dos almohadas
por lo que pueda serme menester.)
Y á guisa de bandera en alto muro
agitada del récio vendabal,
acá y allá ondeándole procuro
ahuyentar al tennísimo animal.
Y en tal estado, como soy poeta,
cual dijo EL ESTUDIANTE, *de aficion*,
al son de su clarin y su trompeta
no le canto, le *rabio* esta cancion.

Mosquito de barrabás,
¿qnién á esta alcoba te echó?
¿cuándo en paz me dejarás?
Ya no puedo sufrir más:
ó callas tú, ó muero yo.
Si es mi sino no dormir,
si siempre he de estar despierto,
si el no dormir es vivir,
y tú piensas proseguir,
desde ahora me doy por muerto.
Que es para mí más tremenda
tu trompetilla fatal,
que aquella trompeta horrenda
que nos dice la leyenda
tocará á juicio final.
Más me incomoda el zumbido
de tu trompetin sonoro,

que á canónigo dormido
el que hace con su tañido
címbalo que toca á coro.
Eres un mal pensamiento,
que no dejas descansar;
eres un remordimiento,
un triste presentimiento
que atormenta sin cesar.
Tal es lo que me atormentas,
que he llegado á presumir
si serás fiscal de imprentas,
y entrarán solo en tus cuentas,
los párrafos de dormir.
Sospecho más todavía,
y es que si entre animalitos
teneis tambien policía,
debes ser por vida mia
el *Chico* de los mosquitos.
Si hubiera mosqúitos brujas,
yo por bruja te tendria,
porque me picas, me estrujas,
me chupas, me haces burbujas,
y vives de sangre mia.
Mosquito de barrabás,
¿Quién á mi alcoba te emvió?
Dímelo con Satanás,
y no me gerundies más,
que soy Fr. Gerundio yo.
¿Te ha enviado acaso mi dueño?
dime ¿te ha enviado mi amante,
temerosa de que el sueño

como el zumo del beleño,
me haga olvidarla un instante?

Pues anda, corre, ve y dile,
dile á aquella ingrata bella,
que no tanto me espabile,
que no es menester vigile
para pensar siempre en ella.

Dile que yo te mandé;
si en tanto el sueño me pilla,
dí que en ella pensaré,
qne con ella soñaré,
y aun me dará pesadilla.

Así rabio y me enajeno,
bien mio, pensando en tí;
y acaso mientras yo peno,
tú dormirás como un trueno,
que vosotras sois así.

¿Y tú no marchas, maldito?
No aumentes mi sinsabor;
vete, que no necesito
para velar más mosquito
que el mosquito de mi amor.

De estas que hice entre vueltas y esperezos
pobres quintillas, mísera cancion,
me costó cada verso dos bostezos,
y cada consonante un refregon.

Y cuando el filarmónico volante

parecia cansarse de chillar,
me vino á visitar el sol radiante,
y el gato negro comenzó á mayar.
¡Maldicion al mosquito, al sol y al gato!
me levanto, y les vuelvo á maldecir;
¡maldicion! ¡maldicion!... y hasta otro rato,
que el sueño no me deja proseguir.

EL BOTÁNICO Y EL PRADO.

Acabábamos de entrar en el primer mes con erre, era domingo, salia la canícula, la tarde era calmosa, el sol se las iba á liar *á sus antiguas guaridas*, y Fr. Gerundio habia estado todo el dia tristote y de mal talante, tenia una murria *que le partia el alma*, en una palabra, estaba de un humor *perruno*. Que Fr. Gerundio, señores, aunque parece que siempre está para chanzonetas, tiene ratos y aun dias que si como le dió por juicioso le hubiera dado por romántico, ya habian Vds, de haber encontrado un dia orilla del canal un hábito y una capilla, y al dia siguiente comian todos los ciegos y ciegas de Madrid á costa de las ganancias del *papelito nuevo que acaba de salir ahora, en que se manifiesta la desgraciada muerte que se dió ayer tarde el Rmo. P. Fr. Gerundio.* Pero un demonio: que se ahogue y se estrangule quien quiera, que Fr. Gerundio tiene encargo particular de cierta persona, de conservarse hasta dejar arreglados

ciertos asuntillos. Y por último que creo que nada adelantábamos con eso para la pacificacion del país. Verdad es que con su conservacion tampoco adelantamos gran cosa, pero adelanta él, y punto concluido.

Y no crean Vds. que eran sucesos políticos los que causaban el esplin gerundiano; que si por sucesos políticos hubiera uno de entristecerse, tendria que andar siempre colgando un moco como una vela de á libra: sino sucesos *de sociedad*, que esta pícara sociedad, á semejanza de nuestros hombres de estado que para una que den en el clavo dan ciento en la herradura, ella para una satisfaccion que proporciona da cien sentimientos y doscientas rabietas. Ello es que aquella tarde, por causas que no son de interés y de la inspeccion del público, yo salí de mi celda buscando soledad y aire fresco y puro. ¡Triste de mí! Se me habia olvidado que estaba en Madrid y en el verano, y que el ministerio seguia y que no habia caido una gota de agua. Buscaba aire puro y encontraba aire de *corrupcion*; buscaba ambiente, y hallaba polvo; buscaba soledad, y tropeza con hombres y mujeres que respiraban aquel aire y tragaban aquel polvo, y condensaban más éste con sus piés, y corrompian más aquel con su hálito.

El hombre que se siente afectado profundamente, se goza en la meditacion, y ama las sombras y la espesura; y yo me metí en el Botánico á engolfarme entre las acacias y los tilos, los tejos de Indias y los abetos. La primera idea que me asaltó recorriendo aquellas calles de árboles, fué reflexionar lo que yo era. Yo era Fr. Gerundio, y nadie en el mundo sabia que Fray

Gerundio estaba allí más que yo. Pasaban gentes por junto á mí, y ó no me miraban, ó me miraban con indiferencia; veían un hombre, y no sabian quién era este hombre; nadie me conocia: Fr. Gerundio allí no era nada. Yo conocia entonces la nada de mí mismo, y no sé si me alegraba ó me entristecia. Despues hacia otra reflexion opuesta diciéndome: Yo soy Fray Gerundio, y este hombre, este sér desconocido aquí, este hombre-nada, puede hacer que todos los hombres de su nacion y muchos de fuera de su nacion, y una posteridad indefinida sepa que Fr. Gerundio estuvo aquí, y lo que pensó y refrexionó aquí. Y no sé si esta idea me alegraba ó entristecia. No sé si por eso me tenia por algo; creo que no.

Pasaba por debajo de los emparrados; veía aquellos voluminosos racimos casi tan abultados como los que llevaron los esploradores de la tierra de promision á Josué en señal de la feracidad del país que iban á poseer, y admiré el poder del arte, porque el terreno de Madrid, lejos de semejarse á la tierra de promision, es un arenal de maldicion que solo la semiomnipotencia de un rey puede hacerle producir uvas. Me acordé de cuando era muchacho y me escapaba á las viñas en cuanto iban picando la uvas, y siempre andaba huyendo del perro del guarda que ya me olia desde una legua, y recordé con envidia la edad en que un racimo á medio madurar eran todos los empleos que se ambicionaban, todo el poder que se pretendia escalar; y el hurtar una vuelta al guarda, toda la intriga, todo el maquiavelismo que se empleaba. Salí del emparrado y reparé en las tarjetas de los

árboles que manifiestan el nombre y la familia de cada uno, y con ese motivo me vinieron á la imaginacion los pasquines que dicen aparecieron pocos dias há en las calles de la córte. Me puse á meditar á sangre fria si serian obra de los exaltados ó de los moderados, y convine conmigo mismo en que entre unos y otros hay gentes capaces de hacerlo, y aun me ocurrió que fácilmente alguna noche se encontrarán las pasquineros de uno y otro partido á pegarlos á un tiempo en un mismo sitio.

Tengo observado que las ideas políticas se enganchan como los anillos de una cadena; así es que me vino á las mientes la órden reciente y estrecha del señor Someruelos, para que nadie, sea quien sea, y por ningun pretesto viaje sin pasaporte *en regla*, en un tiempo en que son los facciosos los que piden los pasaportes, y me sonreí de la simplicidad. En seguida me acordé del Suizo *zahorí* que fué de acuerdo y con órden del Sr. Mon á extraer un tesoro que decia estar enterrado en el lugar comun del hospital de San Roque de Santiago, y solté una carcajada. Dos hombres pasaban por junto á mí y les oí decir: «Será algun loco.» Decian que seria algun loco, y era Fray Gerundio que se reia de la miseria de los gobernantes. En esto iba viniendo la noche, y el humor iba mejorando insensiblemente, porque no hay cosa más apropósito para ahuyentar la melancolía que los recuerdos de cosas ridículas. En este estado me encontré cerca de la puerta del jardin, y un mozo que en ella estaba me dijo: «Caballero salga Vd. que se va á cerrar.» A lo menos, le dije, podré estar hasta que

lleguen aquí aquellos señores que se ven venir por la extremidad de aquella calle. «Vd. no tiene nada con aquellos; lo que le digo á Vd. es que salga de aquí luego.» Y no tuve remedio sino echar fuera del jardin mi Paternidad Reverenda, admirado de hallar en Madrid y en el Botánico gentes tan groseras como los guardas de las viñas de mi lugar.

Luego que hube salido me dirigí, tirando sobre la izquierda, por la parte esterior del Botánico abajo, y me llamó la atencion ver ocupados los asientos del enrejado por parejas de hombre y mujer de trecho en trecho, sirviendo cada trozo que media de columna á columna de confidente á cada uno de aquellos matrimonios accidentales y transitorios. Adanes y Evas del año 38, que recordaban por la parte de afuera del jardin las malas mañas que nos dejó la diversion de nuestros primeros padres de la parte de adentro de otro jardin. Hízome sospechar que fuesen matrimonios de esta clase el ver que las Evas que hallaba solas, la una me decia: «á Dios, hermoso:» la otra: «á Dios, buen mozo:» la otra: «á Dios salado, ¿no quieres tomar el fresco?» ¡Yo buen mozo! ¡yo hermoso! ¡yo salado! ¿De cuándo ácá? No; aquí hay maula: aquí hay pecado original: estas Evas quieren que yo salga hecho un Adan, y yo no quiero ser más que Fr. Gerundio. *Fugite, partes adversæ*, dije con resolucion; Barrabás te acompañe, allá te avengas: y eché á andar hácia el Prado. «¿Dónde están las virtudes? Venia yo diciendo. ¿Será posible que no haya de hallar virtudes?» Sin duda debí decirlo en alta voz; lo cierto es que me respondió un anciano cabiz-

bajo que acertaba á pasar junto á mi hombro izquierdo: «Caballero, las virtudes allí las tiene Vd. en el frontispicio del Museo.» En efecto á la luz de la luna y á mi derecha en la fachada del Museo de pinturas alcancé á ver unos cuerpos blancos, me acerqué á mirar, y eran en efecto varias estátuas que representaban diferentes virtudes, como el *valor español*, la *beneficencia* y otras cuyos rótulos no pude leer. Pero las virtudes que veía eran unas estátuas de piedra, y los vicios que habia visto eran séres vivos y animados.

Entre el ruido de los coches, las voces de los vendedores de *horchata y limon helado*, la gritería de los muchachos y mujeres que pregonan el *agua fresca*, y la algarabia de otras mujeres y otros muchachos que gritan *á dos cuartos la medida de* ALVELLANAS (que aquí en la córte llaman los vendedores *alvellanas* á lo que llaman *avellanas* hasta en las más incultas aldeas de mi país), me dirigí hácia el *salon*. Desde lejos divisaba ya las muselinas, los linós, los anaquerontes y las brillantinas de las elegantes cortesanas que ya otros dias habia admirado de cerca, los ricos sombrerillos calados de paja de Italia con que cubren sus enhiestas frentes; sus capotas de fular, sus blondas, encajes, volantes y festones; veia cruzar los coches, carretelas, landós y tilburies; se me representaba el lujo que echó á pique á los romanos por haber despreciado las leyes suntuarias; iba pensando en la ley *Oppia* que prohibia á las damas romanas gastar vestidos de más del valor de media onza, cuando se me acercó un bulto negro que

me dijo con voz lastimera: «¿me hace Vd. la gracia de una caridad, que soy la viuda de un coronel muerto en campaña y no tengo que cenar esta noche?» La hice ver que Fr. Gerundio no tenia entrañas de ministro, y al querer continuar mi paseo, me ví acometido por otra media docena de españoles *felices*, que hicieron resentirse el bolsillo de la ternura del corazon.

Apresuré el paso, dí un paseo por París, oí murmurar del ministerio, alabar una puntilla de encaje que acababa de llegar á una modista de la calle de la Montera, recitar un trozo de Víctor Hugo, y hablar de esperanzas dadas en la Direccion. Dejé á París y me fuí á un puesto de agua fria; pedí un vaso y un panal y me los eché al coleto; lo cual significa que yo tenia sed y que todavía me habian quedado tres cuartos en el bolsillo despues de haber socorrido á siete pobres. Desde allí me puse á contemplar el monumento fúnebre que se está levantando á las víctimas del Dos de Mayo de 1808. La contemplacion de aquel mausoleo empezado á erigir, me volvió á inspirar pensamientos tan lúgubres como los cipreses que le rodean. Me acordaba del *españolismo* puro y eminentemente heróico de que habian sido víctimas aquellos desgraciados; le comparaba á los miserables partidillos de que son autores ó fomentadores muchos de los que acababa de ver pasear en el Prado, y de que hemos de acabar por ser víctimas todos, y se me escapaba una lágrima. La mujer del puesto del agua lo notó y me preguntó..... no puedo decir lo que me preguntó, porque de repente sonó cerca de

nosotros una música alegre que al pronto me hizo creer si seria música celestial con que regalarian en el empíreo á las virtuosas víctimas del Dos de Mayo; entonces discurria yo como un poeta. Mas luego advertí que era música muy humana, muy terrenal y muy ratonera; era la música del *tio Vivo*, que seis pasos más allá del luctuoso cenotafio entona todas las noches rigodones, galops, fariñetas y cachuchas alternativamente, ya para los juegos de los caballos, ya para el baile *de confianza* que diariariamente sostiene para los manolos, soldados y muchachas *indepedientes*. El contraste no deja de ser singular. Tambien me acerqué á verlo: es uno de los sitios en donde *la libertad no es una mentira*. La sala de baile es una especie de pajarera de hombres, dentro de la cual revolotean pájaros y pájaras de cuenta en su línea. Mucha concurencia, mucho movimiento, mucha animacion. Los juegos y el baile del *tio Vivo* absorbian la atencion por aquella parte. El lujo y las intriguillas ocupaban los ánimos por la parte del Prado; y en el monumento del Dos de Mayo, que está seis pasos en medio de uno y otro, juraria que nadie pensaba más que Fr. Gerundio.

Traté de epilogar en la imaginacion los bailes y mi lágrima, el sepulcro y el Prado, las carretelas y los puestos de agua, el ministro y los aguadores, los sombrerillos de paja y la viuda del coronel, los elegantes y las virtudes de piedra, las Evas de los confidentes y el viejo corcobado, las uvas y los pasquines, el tesoro de Santiago y los cesantes, el polvo y el aire corrompido, y con la cabeza hecha una grille-

ra, confundidas todas las especies como se confunden todas esas cosas en un mismo sitio aquí en Madrid, regresé á mi celda no sé si más triste ó más alegre que habia salido de ella. Cogi la pluma, vacié las ideas, y resultó este artículo; que el que le haya leido hasta aquí bien puede decir que le ha leido todo.

¡Á LOS TOROS!

Ya me habia echado (yo Fr. Gerundio) á dormir la siesta como buen reverendo, cuando sentí bullanga en la celda y percibí á Tirabeque que decia: «Por Dios, señores, que le van Vds. á despertar, y el pobre mi amo necesita descansar un rato, que estos dias no anda muy bueno y ha dormido poco.» Los bullangueros, sin atender á circunstancias ni cuidarse de razones (porque en ese caso dejarian de ser bullangueros de pró), entraron de tropel hasta la alcoba gritando: Vamos, Fr. Gerundio, arriba; vestirse al instante, y vamos *á los toros*.—¡A los toros! les dije yo: por Dios, hermanos, no sean calaveras: déjenme en paz, que no tengo hoy humor de toros.—Por la misma razon hemos venido nosotros por aquí. Vamos, vamos, vístase al instante su Paternidad, que ya es hora.—Pero, hermanos...—Vivo, vivo, que para luego es tarde; ya ha pasado la escolta hace un cuarto de hora.—Señores, si además de no tener humor, necesito el tiempo para escribir...—Allí encontrará vuestra Paternidad materia para sus capilladas. Y al

decir esto me agarró uno por una pierna y otro por un brazo, y me arrancaron de la cama.

Sea todo por amor de Dios. ¿Tirabeque?—¿Señor? —Tráeme la peluca de pecar.—Aquí está, señor.— ¿Es esta la peluca de pecar, torpe? Esta es la de celebrar.—Señor, si no sé yo con cuál acostumbra Vd. á pecar más.—Si no estuvieran delante estos señores, yo te lo diria. Tráeme la peluca *torera* volando.— Señor, tan torera me parece esta como la otra.—La que no tiene corona, hombre.—Con decir tráeme la otra, bastaba, señor, porque no tiene Vd. más que dos.—Tú vas á acabar conmigo, Pelegrin.

Traida que me fué la peluca, y puesta en su molde, encasquetado el sombrero profano, ajustado el alzacuello graduado de corbatin, vestida la levita de misa y olla, con el baston imitado á caña debajo del brazo, encargado el cuidado de la celda á Tirabeque y escoltado por mis despertadores, bajé la escalera abrochándome los botones del chaleco, y cátate á Fray Gerundio marchando por el *Via-crucis* de la Plaza de toros.

Quien no haya visto la calle de Alcalá en una tarde de *corrida* en Madrid, no ha visto algarabía de provecho; el que la haya visto, tiene mucho adelantado para no sobrecogerse el dia del juicio universal; y el que no haya estado nunca en Madrid, por Dios, que no entre por la puerta de Alcalá en tarde de toros, porque ó no tiene pizca de médula en el cerebro, ó indispensablemente se ha de volver loco antes de la hora de merendar. Las calles todas y paseos que van á desembocar á dicha puerta parecen rios de gentes,

y me representan las cataratas del Nilo. Pero la de Alcalá sobre todo presenta el aspecto de una ria navegable, en que cruzan lanchas, falúas, quechemarines, botes, fragatas, místicos y toda clase de embarcaciones: parece una laguna Estigia en que centenares de *Carontes* se ocupan de pasar almas al infierno en otras tantas barcas. Esto es en cuanto á la visualidad; que en punto á ruido no hay nada comparable al que forman rodando sobre el pedernal de la calle tantos calesines *oficiales*, tantos coches *profesores*, tantos simones *de servicio*, tantos bombés *aficionados* y tantas carretelas de *correspondencia particular*, que todas á un tiempo van y vienen, y vienen y van, y tornan y vuelven, siempre corriendo, y acompañado el ruido de su rotacion con las campanillas y esquilones de los caballos y mulas, y las voces de los caleseros, que á trueque de portear un viaje más y ganar otra peseta, corren por aquella calle de Dios, que para ellos es el estádio y el hipódromo todo junto, cayéndoles por cada pelo cada gota de sudor como una bola de billar. Hay calesines *monosílabos* que no hacen más que una persona, y lleva un grupo de tres manolas, que si Fidias Ateniense hubiera estado en Madrid en la calle de Alcalá un lunes de toros, hubiera tomado aquel cuadro por modelo para su *grupo de las tres Gracias*. Pero tambien van grupos que pudieran servir para arquetipo de las *tres Furias*. El programa de todos estos grupos es *toros y economía;* pero los que van á pié añaden: *y nada de contribucion extraordinaria.*

Ea: ya estamos en la Plaza de toros, en la Plaza de

toros, que para unos es el remedo del infierno y para otros es el valle de Josafat. La concurrencia era como de un pueblo esencialmente torero; entre todos los periodistas no reunimos tantos suscritores como contaba la empresa taurina aquella sola tarde, prueba inequívoca de la ilustracion que ya alcanzamos. A la manera que nos levantaremos todos de nuestros sepulcros al resonar la trompeta del juicio y á la voz de «*¡Levantáos, muertos!*» así subieron á los tendidos los que por la plaza paseaban al sonar el clarin y los timbales, y al divisarse los penachos de los alguaciles. La alegría tumultuaria crecia por instantes, y presentáronse en la arena los héroes del estoque y de la pica, los de la garrocha y el cachetero. *Montes*, el Espartero de la guerra táurica; *Miranda*, á quien atribuyen la inteligencia de Oráa, pero que en la práctica nos hace siempre temblar por los resultados; *Perico-no-te-veas*, que fuera mejor se llamara *Perico-no-te-dejes-ver*, porque siempre está uno en brasas temiendo que *se pierda en el sermon* como los predicadores que no saben bien el papel; *Hormigo*, que se las apuesta al más cerril de Gaviria y al más bravío de Moral-zarzal; *Briones*, que no sé por qué se llama así, cuando ni aun *brios* tiene. Aquel dia no picaba *Sevilla*, el robusto atleta Sevilla, capaz de recorrer el circo con un toro á cuestas, como Milon de Crotona en los juegos de Delfos; ni *Poquito-pan*, á quien tampoco tocaba el artículo de fondo del número de esta semana. Rodeábales su correspondiente córte de banderilleros y chulos, dióse la señal, y empezaron á salir los animalitos por el órden de siempre.

'etendré á describir las cualidades de cada
laro ó boyante, si se crecia ó remataba
'i perecian en regla ó contra regla, de
porque son voces estas que no se
' que se enseñaba en mi conven-
'ointar á mis lectoree algunas
te la fiesta me estaban ocur-

to á un ex-jefe político,
.ó el despejo de la plaza
camisa; á mi derecha estaban
.era instancia y dos muchachas de pri-
.; á la izquierda el zapatero que calza á
.eque y un diputado de la mayoría, y un poquito
más arriba dos mozos sin chaqueta, con sombrero gacho, calzon rojo y media blanca de lana.

No lejos de mí y al lado de una señora con tres niños, que el uno lloraba, el otro pedia rosquillas y el otro arrojaba hácia nosotros las cáscaras de un melon segun las iba limpiando la carne, se hallaba un mocito con bigote y gorra de cuartel, que llamaba por sus nombres, apellidos y apodos á todos y cada uno de los lidiadores. La sociedad no podia ser de más franqueza; todos éramos unos. El juez de primera instancia, que era conocido mio, y muy poco español, porque no asiste á todas las corridas, me llamaba Paternidad y Reverendísimo, y yo le apeé el tratamiento como era regular.

Cada porrazo que llevaban Briones ú Hormigo, cada testerada que se pegaban contra la barrera, era una noticia satisfactoria para el piadoso público que

le hacia rebosar de alegría, y prorrumpir en gritos de regocijo.

No causó tanto gozo á los concurrentes al palacio de las Tullerías, ansiosos de saber el resultado del anunciado parto de la duquesa de Orleans, la noticia de Mr. Molé, cuando saliendo de la cámara de la augusta princesa, les dijo: *Señores, tenemos un príncipe,* como causó en la plaza de Toros de Madrid el ver caer un picador á cuerpo muerto del caballo abajo de un golpe del segundo toro. Apropósito de franceses y de príncipe: esos franceses que tan acerbamente critican las fiestas de toros de los españoles, acaban de decretar (la municipalidad de París) que se regale al príncipe recien nacido una espada guarnecida de piedras preciosas de valor de *treinta y cinco mil francos.* ¿En que campaña la habrá ganado el mocoso? No sé cuál es más ridículo, si aquel decreto del consejo municipal de París ó alegrarse en la plaza de Toros de Madrid de los porrazos de un picador.

Pero vamos al caso. Otra de las cosas que más alegran y divierten á los aficionados á toros es la muerte de los caballos. ¡Qué guapo es este toro! decian unos no lejos de mí con toda su alma y su corazon: lleva despachados seis; mientras los mocitos de la media blanca se decian unó á otro: oyes, si cogiera allá el tio Remigio un par de caballos de estos, ¡qué grandemente le vendrian! ya sabes que está trillando todo el verano con la pollina y una vaca vieja que no puede con los huesos. Este diálogo fué interrumpido por una gritería de toda la plaza entre la que se de-

jaban percibir las voces de: *anda bribon, tunante; ¿por qué no das dos pasos más, so encogio? Ahí le tienes, bribon, oblígale: ¿le tienes miedo, so cobarde, y es una cabra?* Eran flores que echaban á Briones, que estuvo seguramente muy desgraciado. En cambio Hormigo estubo *felicísimo*, es decir, hacia la majadería de salir al medio de la plaza mano á mano con su contrinca y ponerle cuatro ó seis varas seguidas, lo cual le valió muchos aplausos y muchas costaladas. Seguro es que no llenaron de tanta satisfaccion por más que nos digan, al famoso Temístocles los aplausos con que fué saludado al presentarse en el estadio despues de la batalla de Salamina, aunque le aclamaron el libertador de la Grecia, como inflaron á Hormigo los aplausos que le grangearon sus animalidades. No es extraño, cada uno en su profesion gusta de lauros. Entonces mismo estaba pensando Fr. Gerundio, que si acertaba á hacer un artículo de toros que ofreciese novedad y agrado á sus lectores despues de tanto como han escrito sobre la materia, era el hombre del mundo.

En cuanto al género de muerte que llevaron los toros, si murieron estratégicamente ó fueron vilmente asesinados, si es más mérito que lleven *tres buenas*, que despacharles de una sola siendo *baja, innocens sum*, soy un majadero en la materia.

La corrida terminó sin novedad por parte de los taurómacos. El peligro de los concurentes está despues al agolparse á entrar por la misma puerta de Alcalá. No corre tanto riesgo un navío de guerra al pasar por el estrecho de los Dardanelos ocupados por tropas

enemigas, como corren los pañuelos y relojes en los bolsillos al atravesar el arco de dicha puerta de vuelta de los toros. El que logre entrar sin desprefectos, bien puede decir que pasó la maróla y llegó á puerto salvo.

El apéndice de la funcion le hacen despues las preguntas de los amigos y conocidos. Los que no han estado preguntan á los que estuvieron: ¿qué tal ha sido la corrida? Y los que estuvieron preguntan á los que no han estado: ¿qué hay de ministerio? Muy bien, dice aquel: Montes y Hormigo se portaron tal cual. Castro y Mon, contesta el otro, son los que salen de positivo—El quinto fué bueno, tomó 15 varas.—De Someruelos se habla con variedad.—Dos eran de Gaviria y dos de Fuentes.—Ofalia salta ahora con que ó todos ó ninguno.—El último fué muy mal degollado.—Frias dice que es el llamado á formar el nuevo. —De divisa morada eran los otros dos.—Todos dicen que han de ser de una misma divisa.—¿Vd. habla por los toros?—Sí.—Es que yo hablo por los ministros.

Y concluye el dia hablando de los ministros y los toros con el mismo interés y aun confundiéndolos en un diálogo.

ARTÍCULOS SUELTOS.

EL GUSTO.

Dice el adagio que *sobre gustos no hay nada escrito*: mejor; con eso todo el campo es de Fr. Gerundio; está de Dios que Fr. Gerundio ha de ser original; ahora se le antoja escribir sobre lo que nadie ha escrito, y abajo refran. Pero lo particular es que todo lo que tengo que decir es que *el gusto se ha perdido*. Nadie tiene *gusto* para nada, para nada absolutamente; especialmente *las cosas* á nadie gustan, y á Fr. Gerundio ménos que á nadie. *No me gustan estas cosas*, es la cantinela de todas horas y de todas las gentes. En medio de este disgusto general, Fr. Gerundio encuentra *una cosa* que admirar, y que por lo rara no deja de hacerle alguna gracia, á saber: la habilidad, el tino, la travesura de los que han puesto *las cosas* en este estado, en haber tenido el don de no dar gusto á nadie: ¡miren ustedes que parece imposible! ¡Y miren ustedes que es invencion! ¡y miren ustedes, que es la pura realidad! Los carlistas dicen que no les gustan *estas cosas*; y les creo: los liberales moderados dicen que no les gustan *estas cosas* y tambien les creo: los exaltados, que no les gustan *estas cosas*, y lo dicen de corazon: á Fr. Gerundio, que es como quien dice, *la quinta esencia del buen gusto*, tampoco le gustan las cosas; esto efectivamente no deja de tener su cierta gracia: ó el

gusto se ha concentrado todo en los que nos le han quitado á todos, ó se ha perdido, que para el caso es lo mismo. Que aproveche, señores; manden ustedes otra cosa.

EX.

Palabrilla, monosílabo, ó preposicion con que se designa lo que fué y no es, como el ex-ministro, el ex-general, el ex-diputado, el ex-príncipe, el ex-fraile. Fr. Gerundio es de parecer que se suprima en lo sucesivo esta voz para denotar lo que se ha sido y dejado de ser, porque van siendo tantos los *ex* de todas clases y estados, que la escepcion ha pasado á ser regla general, y más confunde que señala lo que se quiere significar.

Ahora voy á explicarme yo un poco al estilo *extático*. La España ex-rica y ex-feliz cuando ex-habia ex-dinero y ex-hombres de ex-buena fé y de ex-virtudes, llegará á ser ex-España, si Dios no lo remedia. *Ex Fr. Gerundio.*

UN CUENTECILLO.

Confesábase una vez conmigo un muchachuelo (un rapaz llamamos aquí en esta tierra), y entre otras picardigüelas me confesó que habia robado unas peras del huerto del sacristan que era vecino suyo.—

¿Y las tienes todavía niño? le pregunté yo.—Sí, padre, me respondió.—Pues mira, en ese caso, tienes que restituirlas, ¿entiendes?—Ah señor, y entonces para qué las robé?

El diablo del muchacho, si hubiera seguido la carrera de *hombre público*, podia haber sido cualquier cosa.

ESTADO NUMÉRICO DE LAS OPINIONES DE ESPAÑA.

Verdaderos patriotas, desinteresados y decididos. . . . . NOTA. El uno somos Nos Fray Gerundio.	1 á 2
Que se dicen liberales, y cuidan principalmente de hacer negocio.	2.000.000
Pasteleros.	2.000.000
Carlistas: *ex tribu Ruben, duodecim millia signati*. . . . . *Ex tribu Dan, duodecim millia signati*. . . . . *Ex tribu Nephtali, duodecim millia signati*. . . . . *Ex tribu Zabulon, duodecim millia signati*. . . . . *Ex tribu, ex tribu, ex tribu*, vaya Vd. echando hasta doce.	Sobre estos los que acomode.
Autoridades que se llaman liberales y son despóticas..	Las más.

Diputados á Córtes.... *multi sunt vocati, pauci vero electi*.	
Ministros que acierten á hacer la felicidad de España..... *vocativo caret*.	00.000.000
Generales buenos... el que concluya la guerra, si hay quien haga esta buena obra.	1

Suma total... que lo sume el que quiera, que á mí se me compone mal sumar *quebrados*.

FRAY GERUNDIO HACE UNA PROPOSICION

Á LAS CÓRTES.

Pido que se declare que para los destinos de Jefes políticos, Capitanes generales, Jefes de ejército, y especialmente para Ministros, se eche mano solamente de los *pintores*. Apoyo mi peticion. Duelen ya los oidos de oir decir: este jefe político no ha *pintado* bien; aquel general no *pinta* bien en el ejército; ningun ministro ha *pintado* bien hasta ahora. Soy de parecer que eligiendo buenos *pintores* para dichos cargos, podremos tener el gusto de decir: Estos *pintan* bien. Justamente el gusto del dia se ha pronunciado por las *pinturas*, y si hay la fortuna de que acierten á *pintarnos* bien una *felicidad*, tendremos cuanto pudiéramos apetecer; ó á lo menos no nos moriríamos sin el gusto de haber visto la *felicidad*, si-

quiera *pintada*: porque eso de *realidades*... Dios guarde á Vd. muchos años. Leon, etc., fecha *ut supra*.

Treinta mil Dioses dice la historia que llegaron á adorar los gentiles. No baja de treinta mil los partidos que hay entre los liberales. Aquellos llegaron á adorar por Dioses á los perros y á los gatos, y hasta á los ajos, puerros y cebollas. Los liberales, unos quieren puerros, otros cebollas y otros rábanos fritos. Los gentiles, por último, adoraban *al Dios desconocido*. Algunos liberales no se sabe lo que quieren, ni ellos mismos saben lo que les pide el cuerpo. *Tu autem, Domine, miserere nobis*.

RAZONES DE BOCA DE CAÑON.

El P. Platiquillas.—A mí no me vengas con disculpas, Tirabeque. Los frailes de mi convento serian facciosos, pero ninguno tomó las armas como los del tuyo.

Tirabeque.—Del mio ¿quién? Un lego y un donado; mire Vd qué gente de suposicion.

El P. Platiq.—¿Y por qué no se lo estorbaron el Guardian y los Lectores? Porque serian tan buenos como ellos.

Tirab.—Porque no pudieron.

El P. Platiq.—Porque no querrian; porque harian la vista larga. ¿Hubo algun P. Maestro que se

les pusiera delante y perdiera la vida, si menester fuese, por impedírselo? A los superiores todos de aquel convento les hubiera yo metido en un castillo.

Tirab.—P. Platiquillas, es preciso que Vd. me dé explicaciones sobre lo que acaba de decir.

El P. Platiq.—¿Qué éxplicaciones necesita esto?

Tirab.—Las explicaciones que necesita es que usted coja una pistola y yo otra, y salgamos al campo *á ver quién tiene más razon.*

El P. Platiq.—Qué, ¿se busca ahora la razon á pistoletazos?

Tirab.—Sí, señor; y si Vd. no acepta el desafío conmigo, será Vd. un hombre sin honor, un cobarde, un mal lector. Vamos, nombre Vd. padrinos, y al campo, á ver quién se levanta primero la tapa de los sesos, *así sabremos de parte de quién está la razon.*

El P. Platiq.—¿Y un P. Maestro jubilado, lleno de honores y méritos en la órden, se habia de degradar hasta admitir un desafío con un lego cojo?

Tirab.—Si Vd. es un fraile de honor, debe renunciar todos sus títulos, y hasta las órdenes, quedando reducido á simple lego como yo, y así no disonará el desafío: como que yo soy un oficial de la Guardia, y usted el general Seoane. Conque vamos, nombre Vd. los padrinos que le acomode, y si no quiere Vd. que perezcamos los dos, se sortearán las dos pistolas, una cargada y otra vacía, y *la suerte dirá quién de los dos tenia razon.*

Fr. Gerundio.—¿Qué es eso, Tirabeque? ¿Qué voces son esas?

Tirab.—Nada, señor: que el P. Platiquillas me insultó, *y yo le pedí explicaciones.*

Fr. Ger.—Pues que te las dé, y negocio concluido.

Tirab.—No, señor; yo quiero explicaciones de pistola: que salga al campo conmigo, como el general Seoane y el oficial de Guardias, y veremos á quién le toca perder la pelleja y *quién tenia razon.*

Fr. Ger.—Hé aquí las consecuencias de un ejemplo funesto, y el fruto lamentable de una opinion errada. No tienes tú la culpa, Tirabeque; tú eres un pobre Lego, y no tienes motivo para saber en qué consiste el verdadero honor. Faltaba ahora para acabar de corromper la moral y las costumbres, que cundiese y se generalizase en nuestra España la falsa idea de que el honor y la decision de la razon y la justicia depende de la punta de un florete, de la boca de una pistola, ó de la suerte de tomar lo que está á la izquierda ó la derecha. El verdadero honor, Tirabeque, está en el corazon, en el alma y en la conducta del hombre; y la justicia y la razon no la ha de decidir el plomo ó el acero, sino las leyes y los principios de sana moral. Lamentemos el extravío y la debilidad de hombres por otra parte grandes, á quienes un exceso de delicadeza y una equivocada idea del honor conduce á abrazar las llamadas leyes del duelo, exponiéndose á sí mismos, á sus amigos y á la patria á males y privaciones irreparables. Conque así, Tirabeque, déjate de desafíos y de pistolas, y no seas tan fácil en imitar ejemplos, de que ojalá pudiera yo borrar hasta la memoria.

Tirab.—Corriente, señor; lo dejaré por obedecerle á Vd., y crea Vd. que lo siento porque tenia gana de acabar con este pícaro de este fraile.

EL UNIVERSO.

Tirabeque, tráeme acá ese universo.—Señor, ¡que le traiga á Vd. el universo!—¿Qué: te asustas? ¿Te parece que no podrias con él?—Y me parece bien, señor. Conque hay dias que no puedo con los calzones, y me queria Vd. ahora echar el universo encima: ¿le parece á Vd. que Tirabeque es algun *Atelante?*—Atlante querrás decir; se conoce que has leido algo de historia; pero la has leido mal. Y ahora tráeme ese universo, que ahí está sobre la mesa de fuera; mira, aquel del forrito amarillo es.—Señor, aquel es un libro *en octavas*, ó como Vds. dicen.—Sí; un tomito *en octavo*, obra del Sr. Galli, titulado *El Universo en marcha.*—¿Y á dónde va, mi amo? Porque yo no veo qué camino pueda tomar que vaya seguro de facciosos.—Cada vez eres más material, hombre; no te se puede sufrir. Ese título quiere decir que el universo va haciendo su marcha en progreso racional.—Pues entonces, mi amo Fr. Gerundio, si el Sr. Universo hace el viaje con ánimo de pretender, puede Vd. decirle que excusa de pensar en colocacion por ahora.—¿Y por qué dices tú eso? —Señor, porque si es del progreso, como Vd. dice, mala ocasion es para que pueda colocarse; dígale,

dígale, si tiene confianza con él, que se vuelva atrás, que sacará mejor partido.—¡Qué cosas tienes, Tirabeque! Yo te pedia el librito para anunciarle por complacer á su autor, que me ha hecho la fineza de regalarme ese ejemplar, y veo que con estas contestaciones está hecho ya el anuncio.—Le falta á usted decir lo que cuesta.—¡Ah! sí: diez reales.—Vamos; lo que costamos nosotros por un mes aquí en Madrid. —Cabal.—¿Y dónde se hallará, señor?—Hombre, eso no dice.—Ya se vé, como va de marcha.....

El que no tenga dinero,
que ponga por candelero
el trasero.

O de este otro: Vds. escogerán.

Quien no tenga monetario,
que ponga por relicario
el tafanario.

Buscando andaba mi gerundiano majin, escudriñador de antigüedades, el orígen y significacion del adagio castellano que acabo de citar y parafrasear, porque ya se sabe que los adagios de algo nacieron y algo significan, cuando ételе que pasando un dia por la calle de Barrio-Nuevo me dió gana de echar mano á un libro viejo de esas bibliotecas humildes de la córte que andan tiradas por el santo suelo; y por cuanto este libro no le dió gana de ser italiano, y cate Vd. que por casualidad acerté á abrirle por don-

de decia: «habia antiguamente en Roma este proverbio vulgar: *solvere aut in ære aut in cute*:» que traducido al lenguajé proverbial castellano, equivale á decir:

el que no tenga dinero
que pague con el trasero.

¡Tate! dije yo: pues dí precisamente con la horma de mi zapato. Busqué en seguida el orígen de aquel refran en Italia, y hallé que segun se referia en el susodicho librajo, era costumbre en la antigüedad en aquel país, que cada negociante tuviese su banco en la plaza del mercado, que es como quien dice en la bolsa de la casa de Filipinas aquí en Madrid. Y cuando alguno se perdia en sus negociaciones por la mala administracion de su caudal y no le quedaba para pagar á sus acreedores, se le rompia ó quebraba su banco, que era lo que se llama declararle *en quiebra*, ó hacer *banco-roto*, ó *banca-rota*: en cuyo caso ellos echaban la cuenta del perdido diciendo: *bancarotta é la jiustizia non impicar*. Pero no paraba en ésto la cosa, sino que se les obligaba á sentarse en la plaza con el trasero desnudo sobre una piedra delante de todos los comerciantes, que era verdaderamente lo que nosotros llamamos, poner *aquello* por candelero.

DIÁLOGO *AL SIMIL* DE SONETO,

entre el Fr. Gerundio autor y un Fr. Gerundio impreso.

—¿Cómo estás, Fr. Gerundio, tan ajado?
—Porque estoy, Fr. Gerundio, muy leido.
—Pues mucho, Fr. Gerundio, habrás corrido.
—Cien manos, Fr. Gerundio, me han sobado.
—¿Pues cuánto, Fr. Gerundio, habrás costado?
Creo que á maravedí no habrán salido,
—Solo á uno, Fr. Gerundio, me he vendido;
Los demás me leyeron de prestado.
¿Y por qué, Fr. Gerundio, así te dejas
Leer de mogollon por malandrines?
—Porque ellos, Fr. Gerundio, son muy ruines.
Y dan con suscritores muy mollejas.
—Pues diles, Fr. Gerundio, que se enmienden.
—¡Ay, Fr. Gerundio! no, de eso no entienden.

LA PERRA DE JULIANITA.

¡Vaya que es fatalidad!
¡Vaya que es fuerte desgracia,
que no he de tener amores
que venturosos me salgan!
El diablo me tienta siempre...
ó no sé si es diablo ó diabla,
ó soy acaso yo mismo
quien se tienta y quien se palpa.
Ello es que nunca me inspira

tentaciones ordinarias
mis amores, raros siempre;
mis queridas, siempre raras.
No hablo ya de los antiguos,
de los de épocas lejanas,
allá, cuando no tenia
bigote, patilla y canas.
Hablo de los más recientes:
contaré lo que hoy me pasa
con una linda viudita
más verde que una retama.
Si alguno quiere al objeto
de mis amorosas ánsias
reconocer por las señas,
daré sus señas marcadas.
Estatura regular,
algo más alta que baja,
que yo propendo en amores
siempre al «*Tendimus ad alta*».
Ojos que me representan
dos opiniones contrarias:
liberales por lo negros
y facciosos porque matan.
Nariz progresista neta,
que cuando nadie pensaba
en pronunciarse en Setiembre,
estaba ya pronunciada.
Color, que si Adan lo viera,
de nuevo resucitara
el pecado original
creyendo que era manzana.

De la barba solo digo
que Julianita, mi amada,
ni tiene pelo de tonta,
ni tiene pelo de barba.
Las señas particulares...
pudiera dar las del alma;
las del cuerpo nunca quiso
que en el pasaporte entráran.
Una pasion la domina,
pero no pasion humana,
que su pasion dominante
son los perritos de faldas.
Tres tiene como tres perlas:
un doguito, otro de lanas,
y el imán de sus cariños
una perrita africana,
participio de las perras,
abreviatura con patas,
miniatura con hocico
y apéndice de su falda.
Pero orígen de discordias,
pero principio de alarmas,
pero angustia de doncellas
y tormento de criadas.
Que la perrita no come,
que la perrita no ladra,
que la perrita está triste,
que la perrita está mala,
que no me la habeis peinado,
que no la hicisteis la cama,
que no la disteis bizcocho

con la leche esta mañana.
Y hace cargos, é interpela,
y disputa, y riñe, y rabia,
y anda la paz por el coro,
y la guerra por la casa.
Mas todo me diera un bledo,
todo un pito me importara,
con tal que no trascendiese
á mi amor la gresca y zambra.
Pero es lo serio del cuento
que, cuando voy á su casa,
pienso echar el dia á amores
y echo á perros la mañana.
Pinto á Juliana mis cuitas,
le empiezo á exponer mis ánsias,
y cuando estoy en lo fuerte
de mi amorosa plegaria,
la campanilla que suena.
Lindoro que la oye y ladra,
Pipí que se despepita,
Clorinda que se desgaña,
Julianita que me deja
por correr tras su africana,
y yo me quedo haciendo
un papel como una estátua.
Y vuelve con ella en brazos
y le dice: «¿por qué ladras,
picaruela? ¿no te ha dicho
que no ladres cuando llaman?»
«Toma» y le da por càstigo
una palmadita blanda

y luego le hace caricias
y le dá un beso en la cara.
y á mí me dá..... ¿qué ha de darme?
y á mí dá cien..... palabras
da obsequierme con un perro
cuando su Clorinda pára.
Y ¿usted no ha visto, me dice,
la comedia titulada:
Los perros de San Bernardo?
—Sí, señora: es muy buen drama
—¿Y el *perro del Pirineo*?
—Tambien, señora me agrada.
—¿Y del *perro de Montargis*,
¿qué me dice usted?—No es mala,
pero usted se ha trascordado
sin duda, bella Juliana,
que yo le hablaba de amores
y mis penas le contaba.
—No señor sino que siempre
á este diablo le da gana
de cortar en lo más crítico
la conversacion más grata.
Vaya ¡si es lo más travieso...!
Mire Vd. ¡esta mañana
antes de las once y media
subió trepando á mi cama!
Y lamiéndome en el cuello
y acercándose á mi cara
y haciendo gestos y cosas
como una persona humana...
Ni á Lindoro, ni á Pipí

á nadie subir dejaba
¡porque es lo más envidioso...!
—Señora, y quién no envidiará
¡Si en el caso de Clorinda...!
¡Perro de mi! Soy un mandria;
¡tener celos de una perra
y envidia de una alimaña!
Mas concluye la visita
porque acaba la mañana,
y me salgo dado á perros
y dando al diablo á Juliana.
Pero una sublime idea
me ocurre al llegar á casa;
compro, pues, un collarcito
con cinta de raso blanca.
Y me voy al dia siguiente
lleno de amor y esperanzas,
«á los piés de usted querida:
¿cómo está usted?—Buena, gracias.
—¿Y Clorindita?—Malucha;
hoy no ha comido tostada
con el café.—¡Pobrecita!
Sentiria incomodarla.
Mas ayer precisamente
me ha llegado por la Mala
este collarcito verde,
el cual, si Vd. se dignara
aceptar para Clorinda,
y que su linda africana
le llevara cuando usted
con ella al Retiro vaya.....

—¿No es de París?—No, señora,
pero vino de Alemania,
y la cinta es virginal
como tiene usted el alma.
—¿Ha visto Vd. el que trae
la condesa de la *Palma*
para su perra danesa?
¿Ha visto usted el que gasta
la Pilarcita *Olmo verde*
para su perrita de aguas?
¿O el que lleva para el suyo
Rosarito Santa Clara,
pues todos tres son azules
con cinta color de caña.
—¿Y no me direis, señora
dónde esos collares se hallan?
—Sí, todos son de París
y del almacen que llaman
des petits colliers de chiens,
rue Saint-Denys, tienda cuarta.
—Pues bien querida, es muy fácil
el remediar esa falta,
y éteme que me despido
y que voy corriendo á casa.
Y tomo papel y pluma
y escribo al vuelo esta carta
á un amigo de París,
versado en la diplomacia:
«Mi amigo: se hace preciso,
»y así lo exige la pátria
»y el bien público lo pide,

»y así mi honor lo reclama,
»Se tome usted la molestia
»de pasar presto y sin falta
»á la calle de Saint-Denys
»número 2, tienda cuarta
»almacen de collarcitos
»para perritos de falda;
»y tome usted uno azul
»con cinta color de caña.
»El mejor y de más precio,
»al instante por la Mala
»mande usted.—Suyo siempre
»atento amigo.—*Posdata.*
«Advierto que me va en ello
»el cariño do una dama.
»No digo más; usted mande
»con recíproca confianza.»
Mientras el collar venia,
las visitas continuaban,
y como papel de deuda,
que en la Bolsa sube y baja,
así sufria igualmente
mi amor sus altas y bajas;
pero al cabo un diez por ciento
vine á ganar en la plaza.
Llega en esto el collarcito,
se le presento, le agrada,
se le pone á su Clorinda
que con él está que encanta:
—Amigo es usted muy fino,
le estoy á usted obligada,

mas no esperaba yo ménos
del sugeto á quien amaba.
—¿Me amaba usted Julianita?
¿Merezco ventura tanta?
Y mi mano con su mano
naturalmente se enlazan.
Y luego, que entrando fuimos
en diálogos de confianza,
fuí á cogerla una pulga
que tenia en la garganta:
y se me encrespa Clorinda
y me dá una dentellada
en el dígito derecho
que del corazon le llaman.
—Maldita sea Clorinda,
exclamé lleno de rabia.
—¿Cómo que maldita sea?
¡Maldecir á mi africana!
¡Maldecir á mi perrita
en lugar de acariciarla!
—Hija mia si usted cree
que lo merece la gracia.....
—Caballero, á mi Clorinda
se la míma, haga lo que haga,
la educacion lo aconseja
y es un deber en quien ama,
que quien amor y cariño
á una jóven le consagra,
con todas sus consecuencias
se entiende que arrostra y carga.
—Sí; mas si las consecuencias

son consecuencias que ladran,
son consecuencias que muerden,
y consecuencias que clavan,
Niego yo la consecuencia
señora.—Pues acabada
cuente usted la relacion.
—Muy bien, señora, y mil gracias.
Pero diré en todas partes
«que esto ha sido una perrada.»
Y sin hablar más ni ménos,
tomo el sombrero y la caña,
y á la puerta me dirijo,
y tras de mí se avalanzan
Pipí, Clorinda y Lindoro,
tres enemigos del alma.
Y me escapo entre ladridos
sin saber á quién culpara
si á la perra de Clorinda,
ó á la perra de Juliana.
Si ustedes por acaso un dia,
á Julianita encontraran
con dos perros y una perra
con cinta color de caña,
de mis amores la historia
ven ustedes compendiada
con su exordio y su progreso,
su fin, y sus circunstancias.
Y líbrenos Dios de amores
que por consecuencias traigan
un *Lindoro* y un *Pipí*
y una *perrita africana*.

ÍNDICE.

ÍNDICE GENERAL

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
D. Modesto Lafuente (Fray Gerundio)	V
CAPILLADAS DE LEON.—Introduccion	15
Teresa vete á la M	17
Et proho.—A verla vamos	18
Los historiadores	21
Coplas que se cantan solas y se pueden bailar acompañadas	23
Un genio	25
Una nariz	28
Movilizacion y otras cosas	34
Fray Gerundio invoca á D. Quijote	37
Los Mesones de Castilla	39
Filósofos de Antaño y políticos de Ogaño	44
Romerias	48
Aquí y acullá, arriba y abajo, por un lado y por otro	54
¿En qué pararán?	57
Sobre lo primero que salga	60
Cortaduras del otro jueves	65

Una cosillina. 70
Fray Gerundio y una tapada. 73
El infierno. 79
La filosofía de un buey en venta. 84
Los delirios de Fray Gerundio. 91
Ki kiri kiiiiii. 97
La ropa de mi cama. 102
La mujer zahorí. 104
Maldiciones y sabandijas. 108
La tia Pamplona y el capellan de Villaobispo.. 113
Adicion á la tia Pamplona. 118
Un pelo.. . . . . , ... Id.
La fachada de San Márcos de Leon. 122
La cucharada. 128
Suspension de hostilidades.. 129
Capilladas de Madrid.—Peregrinacion de Fray Gerundio y su lego. 131
El Santuario de las leyes. 141
La tos y el sueño de la felicidad. 148
Ni palabra mala ní obra buena ó una audiencia ministerial. 150
Un suspiro. 162
Santi boniti barati. 166
Certámen poético entre Fray Gerundio y Tirabeque.. 169
A las ruinas de un convento. 174
El obispo de Orihuela.. 178
Profecía de Fray Gerundio. 183
Los juegos. 187
Caerán *Caibunt*.. 191
Ego sum qui sum, et qui futurus sum. 194

A un mosquito.. 200
El botánico y el Prado. 205
¡A los Toros!. 213
Artículos sueltos.—El gusto.. 223
Ex. 224
Un cuentecillo.. . . . . Id.
Estado numérico de las opiniones de España. 225
Fray Gerundio hace una proposicion á las Córtes. 226
Razones de boca de cañon. 227
El Universó.. 230
Diálogo *al Símil* de Soneto. 233
La perra de Julianita. . . . . Id.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE SOON H

Canceled

2148063

CANCELLED

323.62

JA '72 H